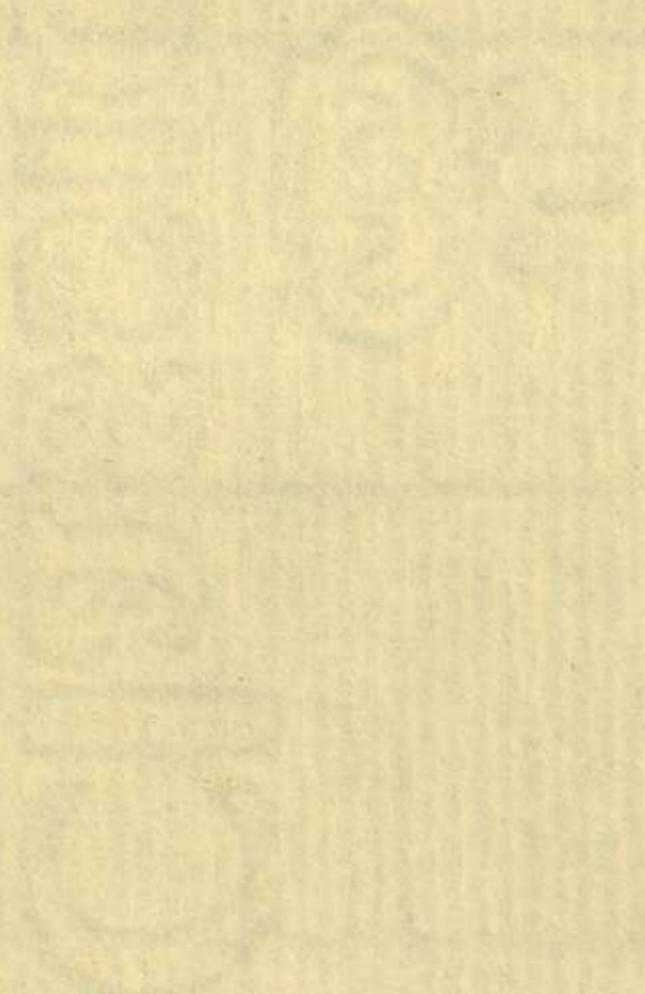


PH



Año VIII

Tomo XVI

Núms. 75-76

Ateneea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

SUMARIO

008 (83)105

Enrique L. Marshall.

Alberto Romero.

Carlos Keller R.

A. Torres Rioseco.

Amanda Labarca.

Carlos Charlin Correa.

M. Picón Salas.

Racionalización II.

Un episodio Grotesco.

Comunidad y Sociedad.

Romances.

Meditaciones breves.

Vicente Izquierdo Sanfuentes.

Fantasmas de la Guerra Criolla.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Ernesto Montenegro. *Escritores iberoamericanos en Estados Unidos.*

Pablo Neruda. *Introducción a la poética de Angel Cruchaga.*

Dominique Braga. *El decorado en la novela*

Henri Barbusse. *La cuestión de la literatura proletaria.*

Ricardo A. Latcham. *La odisea de un novelista*

Julián Sorel. *Los caudillos bárbaros.*

NOTAS Y DOCUMENTOS - LOS LIBROS

LAS REVISTAS

Precio: \$ 2.50 -- Mayo y Junio de 1931

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

004 (83) (09)

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:

Víctor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

REVISTA CHILENA

PUBLICACION MENSUAL

Diplomacia,
Historia,
Artes,
Letras.

Fundador:

Enrique Mátta Vial

Director:

Félix Nieto del Río

DIRECCIÓN POSTAL: CORREO 8,
SANTIAGO DE CHILE

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

INDICE

ORGANO del GRUPO INDICE

Mensuario de cultura
actual, informaciones,
crítica y bibliografía.

DIRECCION POSTAL:

Clasificador 24 A. - SANTIAGO

CHILE

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar
sobre la aplicación del Cine a la
educación en cada una de sus ra-
mas (universitaria, primaria, se-
cundaria, agrícola), así a la cien-
tífica como a la popular, y a la
higiene social. Se publica en cin-
co ediciones: inglesa, francesa,
italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la
edición española: dólares 4;
pesos chileno, 32.

Germano Berner

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VIII

Mayo y Junio de 1931

Núms. 75-76

Enrique L. Marshall.

RACIONALIZACION ⁽¹⁾

II

Concentración de la producción.—Las asociaciones de empresarios para evitar los inconvenientes de la concurrencia, dirigidas contra los trabajadores, ante cuyos sindicatos se sienten desarmados, o contra los consumidores, que gozan de las ventajas momentáneas de la baja de precios que la lucha por el predominio en el mercado engendra, tienen su origen en Inglaterra, el país industrial por excelencia de aquella época, a fines del siglo XVIII.

Las últimas, cuyas formas más importantes son los trusts y los carteles, adquieren considerable desarrollo durante el siglo XIX. Aparece la gran industria, se perfeccionan los medios de transporte y quedan, a consecuencia de la Revolución, abolidas las limitaciones gremiales. Estas circunstancias ocasionan un aumento de la competencia. Las asociaciones suelen dirigirse también contra los productores de materias primas, pero su fin principal es mantener cierto nivel en los precios.

Los creadores de estos organismos quisieron poner término al estado anárquico de la producción, adaptándola a la demanda. Los empresarios asociados dividen territorialmente los mercados, fijan cuotas de producción o de venta, organizan sistemas de ventas en común, etc., para evitar los trastornos que la sobreproducción origina.

Pueden alzar los precios, más o menos a voluntad, y lucrar,

(1) Ver la primera parte en el número anterior de ATENEA.

con criterio individualista, de la situación de monopolio. Si a pesar de todas las previsiones, por causas extrañas se produce una restricción de los consumos, reducen las actividades de las fábricas o talleres hasta que viene la próxima temporada.

Engendradas por la lucha económica, tienen estas asociaciones un carácter bélico. El espíritu de cooperación, que permitió a los empresarios unirse para luchar, no alcanza todavía la nitidez suficiente para que éstos se den cuenta de que a un acuerdo análogo de intereses podría llegarse entre ellos y aquellos para combatir contra los cuales se han asociado. Ignoran que, cuando el interés particular y el interés social aparecen contrapuestos, el primero ha sido erróneamente concebido; todo lo que perjudica a la colectividad perjudica también, a la larga, directa o indirectamente, a las economías individuales. No es difícil a un hombre culto de nuestro tiempo, si observa lo que se ha hecho hasta ahora, principalmente después de la guerra, por la buena inteligencia, imaginar una racionalización de la economía universal, ideal lejano, pero no inaccesible a la razón y a la buena voluntad.

Simultáneamente con el desarrollo de las asociaciones de empresarios, y como consecuencia del reemplazo progresivo de la manufactura por la fábrica y de las ventajas de la producción en grande, paulatina, pero firme, va absorbiendo la grande a la pequeña industria. Se reduce el número de empresas y las subsistentes tienden a asociarse. Además—este movimiento se inicia un poco más tarde—una sola empresa puede reunir bajo su control una serie de industrias, cada una de las cuales representa una etapa del proceso productor o concurre a la obtención de un solo artículo de venta.

La concentración consiste, por lo tanto, en unir bajo un mismo control establecimientos antes separados y en eliminar los de menor importancia por el desarrollo de otros de mayor capacidad productora, tanto dentro del dominio de la industria como del comercio. Lemoine observa, con razón, que el movimiento concentrador tiende a subordinar el comercio a la industria—se suprimen los intermediarios y se crean carteles nacionales o internacionales de ventas—y la industria a las grandes fuerzas financieras orientadoras de la vida de las grandes empresas sometidas, gracias a los poderosos organismos centrales de los carteles y de los konzerns, a su control efectivo.

Generalmente se distinguen tres formas de concentración:

1.º La ordinaria u horizontal, fundada en la similitud de las actividades. El objeto es bajar el precio de venta para influir sobre el mercado. El fin es asegurar a las empresas asociadas

cierta renta y mantener la estabilidad de los precios. Son los carteles de racionalización, como los llama Fourgoaud, para diferenciarlos de los carteles análogos a los trusts, con tendencia al monopolio y de carácter imperialista, de antes de la guerra;

2.º La vertical, llamada también integración, que conduce a la baja de los costos, reduciendo a una utilidad final del proceso la serie de utilidades parciales. El ejemplo más característico lo constituye la Compañía Ford que concentra minas, fuerza motriz, una red ferroviaria, aserraderos, altos hornos, fundiciones, talleres mecánicos, fábricas de cueros artificiales, fábricas de vidrios y una flota fluvial y marítima. El fin es obtener un solo producto principal;

3.º La comercial, por fusión o simple acuerdo para fijar los precios o las cuotas de producción, con el fin de reglamentar la concurrencia y evitar los peligros de la sobreproducción.

Dentro del criterio de lucha económica, propio del siglo XIX, los grandes empresarios se unían para dominar el mercado, para gozar de las ventajas del monopolio, para acrecentar los precios hasta el máximo, sin más límite que la necesidad de no restringir los consumos. A veces, sin embargo, los reducían para disminuir las ventas y los costos hasta un máximo que les permitía elevar la utilidad a una suma fabulosa. El nuevo criterio se abre lentamente camino desde las universidades hasta los centros del capitalismo. De acuerdo con él, la concentración conduce a estabilizar los actividades industriales adaptándolas a las necesidades, con beneficio de la economía nacional y de la economía privada, y a una baja de los costos. Así se origina un margen que, dentro de las nuevas orientaciones, debe aplicarse al cumplimiento del deber social: bajar los precios y alzar los salarios. Las ventajas para el empresario vendrán más tarde, cuando el acrecentamiento de otras economías repercuta sobre la suya. El siglo XIX representa la mentalidad que Sombart atribuye a los judíos; el fin único del empresario es lucrar, obtener la renta más elevada posible. El siglo XX, cuyas tendencias representa mejor que nadie Enrique Ford, es productivista. El fin de la actividad productora es aumentar la riqueza nacional, promover el bienestar del hombre, cumplir la tarea social, tratando de encontrar el propio beneficio en el cumplimiento del deber.

Conviene hacer algunas distinciones para esclarecer el concepto de concentración industrial, para evitar que se le confunda con ciertas ideas análogas, y para poner de manifiesto algunos aspectos curiosos de la vida económica contemporánea.

Hay que distinguir, ante todo, la concentración de riquezas de la industrial. Pueden coincidir, pero no es menos frecuente el caso de que no coincidan. Si una fuerte economía individual adquiere varias empresas para dirigirlas personalmente, hay concentración de riquezas y concentración industrial. Pero si dichas empresas son vendidas a una sociedad anónima, cuyas acciones pertenecen a numerosos capitalistas y que ha sido constituida para explotar la totalidad de las empresas de la misma categoría, hay una nueva y más intensa concentración industrial y una desconcentración de la fortuna. Gracias a la concentración industrial el poder económico es ejercido por unas pocas mentalidades directivas, las cuales no son necesariamente, usufructuarias de una concentración de fortuna proporcional.

En las sociedades anónimas es fácil notar que el derecho de propiedad pierde el carácter absoluto que tiene cuando se ejerce sobre un bien mueble o inmueble individualizados. El accionista es dueño de una cuota del haber social, de una fracción del activo, apreciada en dinero una vez liquidada la sociedad. Esta cantidad virtual de riqueza es lo que se vende cuando se enajena una acción. El poder económico es delegado al Consejo y dentro del Consejo ejercido generalmente por el accionista más poderoso. El gerente, un simple empleado, puede prácticamente, además, llegar a ejercer casi la totalidad de la función administrativa y, por consiguiente, del poder económico.

Hay personas que concentran una cantidad enorme de poder económico y una escasa de riquezas, y a la inversa. Un individuo que posee una fortuna de cinco millones de pesos, totalmente colocada en bonos del Estado, bonos hipotecarios, acciones bancarias, mineras, industriales y comerciales y no forma parte de los directorios de las empresas correspondientes, usufructúa de una cantidad considerable de riqueza, pero no ejerce ningún poder económico, salvo el que origina la inversión de las rentas respectivas. A la inversa, un hombre de negocios que posee una fortuna relativamente pequeña, un millón de pesos, y que gracias al crédito puede disponer de unos trescientos o cuatrocientos mil más, si distribuye hábilmente esa suma en empresas cuyas operaciones le son conocidas, lo cual le permite gozar del prestigio consiguiente, y logra formar parte de los directorios de todas ellas, ejerce un poder económico muchas veces superior al que corresponde a su fortuna particular.

Ciertos convenios no significan concentración del poder económico: cada fábrica conserva su independencia y su autonomía sólo aparece limitada por algunas cláusulas contractuales.

En Alemania, país clásico de las nuevas tendencias económico-sociales, se distinguen dos categorías de concentraciones industriales; las uniones de empresas (los konzerns) y las asociaciones de empresas (los carteles).

Si varias empresas, jurídicamente autónomas, se reducen a una unidad económica, o sea, quedan bajo la dirección de un solo empresario, se constituye un konzern, cuyos caracteres esenciales son, en consecuencia, la autonomía jurídica y la dependencia económica. Esta última puede ser total o parcial, según la forma jurídica que se adopte para realizarlo. La unidad de dirección consiste en coordinar los procesos de fabricación, en el encadenamiento de los diversos grados del proceso productor o en el reparto del trabajo entre las empresas unidas. También hay konzerns para organizar las ventas y para financiar las empresas. Pueden, por último, tomar carácter monopolístico. La construcción se realiza por intercambio de acciones entre las sociedades o por la adquisición de la mayoría de las acciones de las distintas empresas por una sociedad controladora.

La forma más intensa de concentración la constituyen las fusiones: varias empresas se reúnen para constituir una unidad jurídica y económica. Diversas empresas son absorbidas por otra más poderosa o se constituye una persona jurídica nueva. En Alemania, una sola empresa ha absorbido todas las demás fábricas de colorantes y ha llegado a poseer un capital de 1,110 millones de marcos.

Entre los carteles hay distintas categorías. Algunos, sin racionalizar sus métodos, se limitan a influir sobre el mercado, lo cual puede traducirse posteriormente en cambios o transformaciones de la empresa que no fueron perseguidos dentro del plan primitivo.

Otros pretenden llevar a la práctica un verdadero proceso racionalizador de la actividad productora, mediante el empleo de una serie de métodos: división del trabajo entre las firmas cartelizadas, rebaja de los costos y mejoramiento de la calidad del producto, establecimiento de una oficina central de ventas. Sólo éstos constituyen verdaderos procedimientos racionalizadores.

Federico Leitner define los primeros en la forma siguiente:

«Son organizaciones económicas colectivas de empresarios, verdadera asociaciones económicas, que aspiran, por medio de un convenio sobre los precios, de la repartición o de la partición de los pedidos, o por la reglamentación del volumen de la producción, a obtener una estabilización o una elevación

de los precios y, por lo tanto, una mayor rentabilidad de las empresas». Este tipo de cartel constituye una concentración comercial, pero no una racionalización. Se limitan a proteger las economías particulares de los empresarios. Ejercen, sin embargo una acción benéfica sobre la economía general en cuanto tienden a evitar las crisis. Los segundos constituyen el tipo del cartel de racionalización propia de la economía nacional alemana de la post-guerra. Se le encuentra realizado en la industria eléctrica, en la de automóviles y en la de construcciones. En algunos casos pueden llegar a estipular la comunidad de los beneficios. Los carteles alemanes se rigen por la Ordenanza de 2 de Noviembre de 1923, la cual determina jurídicamente el concepto del cartel, reglamenta el establecimiento y las actividades de dichas instituciones, crea el Tribunal de Carteles y fija las normas del procedimiento.

El desarrollo de las sociedades anónimas, que permiten armonizar la concentración industrial con la desconcentración de la fortuna y la aplicación de los métodos racionalizadores con criterio social, son las dos series de circunstancias que, generalizadas, podrán impedir la catástrofe predicha por Karl Marx al capitalismo, el cual encuentra, en el movimiento social de racionalización de las economías, su fórmula de supervivencia. Se necesita que los grandes tenedores de la fortuna se den cuenta de la importancia del movimiento y comprendan que es la última modalidad del capitalismo para adaptarse, como sistema social, a las necesidades de nuestro tiempo. De ellos dependerá, en gran parte,—también de la oportuna acción de los gobernantes—que las sociedades occidentales prosigan su marcha evolutiva hacia formas de vida desconocidas, sin trastornos ni violencias o se produzca la generalización de los procedimientos de la Rusia soviética, que ha emprendido audazmente la racionalización de su economía nacional dentro de los principios que informan su vida administrativa, social y financiera.

Racionalización del trabajo.—Es el aspecto del proceso racionalizador que se ha desarrollado más tarde y queda, dentro de sus dominios, una labor considerable y de gran trascendencia humana por realizar. La racionalización del trabajo fué iniciada con criterio económico individualista, como un simple medio de disminuir los costos y de aumentar las ganancias. Posteriormente ha sido orientada en un sentido social, y ha cambiado así de naturaleza. Se preocupó al principio de reducir al minimum los movimientos, de adaptarlos exactamente a su fin, de disminuir el tiempo y la fatiga, y de seleccionar,

para bien del empresario, el personal que pudiera realizar un *máximum* de labor útil en un *mínimum* de tiempo. Ahora se estudia la manera de aprovechar cada fuerza humana lo mejor posible, amoldando la naturaleza de la faena a las características del individuo, cuyas capacidades y aptitudes son objeto previo de un análisis técnico riguroso. La Política Económica y la Política Educativa se dan aquí la mano; los servicios pedagógicos para orientar y preparar profesionalmente a los jóvenes se relacionan con la organización científica del trabajo. La escuela estudia al individuo, orienta sus actividades de acuerdo con los resultados de las pruebas mentales correspondientes y le da la preparación profesional adecuada. La empresa ocupa al egresado, sin pérdida de tiempo en ensayos innecesarios, de acuerdo con los informes de la oficina técnica educacional respectiva, en las actividades para las cuales haya revelado mayores aptitudes y adquirido una habilidad también mayor. Este vínculo entre la vida escolar y la vida industrial constituye uno de los factores más interesantes de la evolución pedagógica y económica de nuestros días.

Para racionalizar el trabajo hay que llevar su división al más alto grado. Sólo así se puede obtener el máximo rendimiento. Este método tiene sus inconvenientes, el mayor de los cuales es la carencia de aquella satisfacción por la obra realizada, propia del antiguo artesano. El maquinismo y la creación en grande han originado la absoluta subordinación del obrero a la empresa. El criterio social no permite desentenderse de estos aspectos desalentadores de la vida industrial. Hay que armonizar el interés del empresario con los intereses sociales.

Iniciador del movimiento es el ingeniero norteamericano Federico Taylor, fallecido en 1915. Su sistema consiste en eliminar del trabajo los movimientos inútiles o defectuosos, en reducir al *mínimum* la duración de cada movimiento, que es rigurosamente controlado lo mismo que el resto de la faena, en seleccionar los operarios, en individualizar las actividades y en aprovechar el mayor esfuerzo que despliega el hombre cuando hace su labor en un tiempo determinado.

Las ventajas del taylorismo son manifiestas.

Produce una baja efectiva de los costos y el aumento correspondiente de las ganancias. Los resultados no son, sin embargo, igualmente satisfactorios si se les considera desde el punto de vista del trabajador. Taylor elige al hombre más apto para hacer, en un *mínimum* de tiempo, un *máximum* de movimientos útiles. Este hombre trabaja aisladamente en beneficio del empresario, estimulado por el deseo de obtener las primas con que

se recompensan los mayores rendimientos. La actividad creadora y el espíritu de cooperación y camaradería desaparecen. Se estimula la avaricia. Por estas razones los sindicatos norteamericanos de trabajadores han combatido rudamente el taylorismo.

Para evitar estos inconvenientes, algunos autores han recomendado la socialización del sistema. Han dicho que no se debe seleccionar a los trabajadores a fin de realizar un trabajo determinado. Debe estudiarse la manera de organizar el proceso productor a fin de utilizar las fuerzas del hombre tal como es por naturaleza y cómo ha llegado a ser por influencia de la escuela. Así se abre un horizonte nuevo.

Otro norteamericano ilustre, Enrique Ford, reveló en 1921, con su libro «Mi Vida y mi Obra», que los problemas de racionalización del trabajo, a que había buscado solución en su vida de empresario afortunado, no sólo debían ser abordados con criterio social,—igual afirmación podría haber hecho cualquier profesor desde su cátedra—sino que podían serlo y lo habían sido realmente en la Compañía Ford. Se trata de un hombre que cree en la misión social del empresario y la practica.

La mentalidad de Ford, mezcla de espíritu práctico y de idealismo, frecuente en los países sajones, es difícil de comprender para los hombre de cultura y de filiación histórica latinas, entre los cuales predomina cierta tendencia simplista para razonar y el apego a los convencionalismos ideológicos. La asimilación, a menudo verdadera, del espíritu práctico al ansia de lucro y a la sed de placeres suntuosos, y lo corriente que es el tipo del soñador económicamente incapaz — mezcla de fantasía, delicadeza sentimental, pereza y algún residuo de desprecio cristiano o romántico a las riquezas—; la nitidez con que el espíritu los evoca rigurosamente antitéticos, y la idealización sistemática del soñador, influencia del romanticismo y, en los países ibéricos, también de la tradición hidalga, hacen poco menos que inexplicable la personalidad de Ford. Su espíritu destruye la antítesis y armoniza los contrarios. Es un hombre que encuentra placer en la actividad productora, un epicúreo del poder económico, un soñador que cuenta, para realizar sus sueños, con dos poderosos elementos: su capacidad crítica—límite y punto de apoyo—y su fuerte economía puesta al servicio de sus concepciones sociales.

He aquí los principios del fordismo:

1.º No temerás el porvenir ni tampoco idolatrarás el pasado. El hombre que teme al porvenir o al fracaso, limita simultáneamente el círculo de su actividad. Los fracasos nos ofrecen

únicamente la ocasión de reanudar la tarea con más tiento e inteligencia. Un fracaso honrado no es vergonzoso; en cambio el temer a los fracasos es indigno del hombre. El pasado es útil, en cuanto nos indica los medios y los caminos del progreso.

2.º No harás caso de la competencia. El que es ducho en hacer una cosa debe hacerla. Pretender quitar negocios a otro es un acto criminal; y lo es porque con ello se pretende, por pura codicia, rebajar al prójimo las condiciones de vida, y entronizar el poder de la fuerza bruta, en lugar de la inteligencia.

3.º El servicio lo pondrás por encima del beneficio. Sin beneficio sería imposible la expresión del negocio. El anhelo de conseguir beneficios no es, por sí sólo, nada malo. Es más: una empresa bien dirigida debe infaliblemente arrojar beneficio; pero este margen debe ser considerado como la recompensa inevitable por un servicio útil. No debe ser la base del servicio; debe ser sólo su resultado.

4.º Producir no equivale a comprar barato y vender caro. Significa, más bien, adquirir las materias primas a un precio adecuado y transformarlas, con una adición mínima de gastos en un producto útil y entregarlo así en manos del consumidor. Jugar al azar, especular y obrar contra los principios de la honradez, no sería sino poner trabas al progreso.

Expondré ahora, en breve resumen, lo que Ford ha hecho. Sus métodos particulares de trabajo se caracterizan por la justa apreciación de la personalidad humana. Se quiere disminuir en el obrero el sentimiento de dependencia, dándole cierta libertad y haciéndolo, en cierto sentido, el director de su faena. Debe realizar su labor durante el tiempo que la pieza permanece a su alcance; pero no hay la rigidez del taylorismo, el plazo es elástico y el contraamaestre lo puede alterar. Los movimientos se adaptan libremente dentro del plazo. Esta circunstancia y la libertad en que queda la imaginación, porque el trabajo es siempre mecánico, permiten reducir al minimum los factores fisiológicos de la fatiga y hacer desaparecer los psíquicos. El hombre de condiciones intelectuales superiores, único para el cual la labor automática es fatigosa siempre, tiene el camino abierto para dedicarse a actividades de orden más elevado, de acuerdo con las iniciativas que haga llegar a la gerencia. Los más prefieren no hacer esfuerzo intelectual. Las encuestas y las múltiples observaciones de Ford y de los técnicos alemanes confirman lo dicho.

Las relaciones entre el empresario y los obreros se rigen por el sentimiento de la celebración a una obra colectiva, al servicio

de la comunidad. El placer espiritual de realizar una labor útil a los demás es el verdadero fundamento del fordismo. Los obreros están convencidos de que aumentan el bienestar nacional, lo cual hace posible el alza de los salarios. Los empleados deben ser los mejores clientes de la industria. La empresa debe ingeniarse para disminuir los precios y alzar los salarios. Así amplía e intensifica el consumo y beneficia a los demás y se beneficia a sí misma. Hay que aumentar el poder de compra. La empresa debe ser capaz de afrontar las crisis sin gravar la trabajador y sin ahondar el mal. Estas audaces afirmaciones, que darían lugar a un largo debate, suponen un optimismo radical.

El alza de los salarios no depende del deseo de elevarlos ni de las exigencias de los trabajadores. La tasa se determina por la cantidad más alta que pueda incorporarse al costo sin que deje de ser el más bajo posible. Siempre hay por descubrir mejores procedimientos que hacen ventajosos los salarios elevados. Esta teoría contradice bajo muchos aspectos la doctrina clásica. Los salarios dependen de la cuantía de la producción, de la capacidad productora individual y de la del país. Todo otro sistema de mejorar los salarios conduce a un alza concordante de los precios que lo hace ilusorio.

Ford ha provocado con su audacia, dentro de la industria automovilística respecto a los precios, y dentro de la vida industrial norteamericana en cuanto a los salarios, una verdadera revolución. Ha llegado reunir más de 150,000 empleados y a pagar remuneraciones cuya suma total asciende a más de 2,000 millones de pesos chilenos. Paga los salarios más altos del mundo y vende los automóviles aproximadamente más baratos. Los beneficios anuales son superiores a cien millones de dólares.

Con Ford desaparece el predominio absoluto del capital sobre el trabajo. La rentabilidad no es ya la preocupación única del empresario. Hay que producir valores de utilidad social en el mayor número posible al más bajo precio posible y pagando los salarios más altos posibles. Es el productivismo fordiano; la utilidad de la empresa está subordinada al cumplimiento de la tarea social.

Los métodos de Ford se han generalizado rápidamente. Pero no se ha difundido igualmente el espíritu fordiano de confianza mutua y de colaboración entre empresarios y obreros. Difícilmente logran olvidar la actitud de lucha en que han vivido hasta ahora y sus viejos conflictos de intereses. Es necesario que unos y otros se formen una nueva mentalidad.

Una comprensión más amplia del problema revelan los procedimientos psicotécnicos.

Al estudiar el aprovechamiento de las fuerzas humanas, Taylor había prescindido de los factores fisiológico y psicológico, olvidando que el hombre sólo puede parcialmente ser subordinado a los intereses de la empresa porque es una personalidad, un fin en sí, como se diría en metafísica. La Psicotécnica estudia la constitución psíquica del individuo, penetra en los repliegues de la conciencia, determina las cualidades y las aptitudes del obrero para el trabajo, subordinando la técnica a la personalidad humana, la materia al espíritu. Consiste en aplicar la psicología a la determinación de las propiedades, aptitudes y capacidades del hombre para el mejor aprovechamiento de sus fuerzas en beneficio de la colectividad. Cada individuo debe trabajar en la actividad que mejor se adapte a sus condiciones psíquicas.

La racionalización psicotécnica comprende tres procesos: el examen de aptitudes, el aprendizaje y el estudio de los procesos de trabajo a fin de aumentar su rendimiento. El Estado debe intervenir en los exámenes psicotécnicos para evitar posibles arbitrariedades. Por lo menos debe valorizarse la ficha escolar, que contiene los resultados de las pruebas practicadas por el profesor. Los psicogramas permiten clasificar al individuo y dirigirlo en la elección de la carrera, tomando en cuenta los factores económicos y sociales que influyen en la factibilidad del plan. Se puede libertar así al joven de las malas consecuencias de una elección desafortunada, a que lo pueden inducir su ambición, sus prejuicios o los falsos mirajes de los éxitos alcanzados por personas de aptitudes muy diferentes o de condiciones económicas o sociales diversas.

No se puede atribuir un valor absoluto a las conclusiones del examen psicométrico. Graves dificultades obstaculizan el proceso investigador. Aun suponiendo que sus resultados constituyan una base positiva para orientar la vida, hay que preguntarse lo que se haría en caso de conflicto con los deseos de aspiraciones del individuo. La técnica no puede penetrar al campo obscuro donde complejos psíquicos sutiles, inaccesibles hasta para la introspección, orientan espontáneamente al sujeto hacia una actividad que puede no ser la que el examen psicotécnico aconseja. La psicología experimental reúne datos, mejor o peor controlados, pero no abarca la personalidad total, el hombre. Además la exclusión de una o más profesiones o actividades productoras suele ejercer una influencia deprimente sobre el candidato. Sin embargo, es necesario tener presente que, realizando la labor orientadora en la escuela, sobre la base de una observación continuada y sistemática, y siempre que

las fábricas o la oficina de colocaciones aprovechen los psicogramas escolares, estos peligros se reducen al *mínimum*: el influjo del maestro suple las deficiencias de la técnica y evita o debe evitar las depresiones. Los padres y los jóvenes se acostumbran a considerar la opinión del consejero vocacional antes de elegir la carrera. Sin violencia, respetando la autonomía y las decisiones, el juicio del técnico se impone poco a poco.

A pesar de sus imperfecciones y de las dificultades que presenta, ningún procedimiento permite solucionar mejor que el psicotécnico el problema del adecuado empleo de las fuerzas humanas. La colaboración del colegio, a la cual los norteamericanos dan una influencia decisiva, crea, como lo dejé dicho, un vínculo nuevo entre las actividades económicas y las pedagógicas. La escuela aconseja de acuerdo con los resultados de sus investigaciones. La oficina de empleos respeta sus informes. No se limita la libertad. Se abre un camino más fácil, desde el colegio hasta las actividades económicas, a los que siguen la ruta recomendada por los técnicos.

Estos problemas no existen en empresas como la Compañía Ford donde el trabajo está totalmente mecanizado y en que el tiempo de aprendizaje—24 horas—es casi nulo. Hay actividades, en cambio, que requieren aptitudes bien determinadas y un largo período de aprendizaje. Dicho período se produce en algunos individuos varias veces, hasta que encuentran un empleo apropiado. Otros permanecen durante toda la vida desempeñando funciones para las cuales carecen de gusto y de aptitudes suficientes. En ambos casos hay pérdidas efectivas de riquezas. El descontento permanente en que vive un hombre cuando se dedica a un trabajo para el cual carece de inclinación y de capacidad, es una fuente de malestar social. El mismo individuo podría elaborar con gozosa actividad, como quien practica un deporte, en otro campo de la vida económica. Y su puesto podría ser ocupado por otro, mejor dotado que él para desempeñarlo, el cual tendría, a su vez, la oportunidad de cumplir con máxima eficiencia su labor productora. En el nuevo cargo, capaz de despertar su interés y de estimularlo poderosamente—facilidad creciente para desempeñarlo y perspectivas siempre nuevas y halagadoras—alcanzaría una vida de plenitud y de equilibrio psíquicos. Los norteamericanos han hecho estudios concluyentes sobre los perjuicios que sufren las empresas y, por consiguiente, la economía nacional a causa de que los jóvenes egresados de los colegios, por falta de orientación, no van inmediatamente a trabajar allá donde deberían ir.

: Cuando se piensa en lo que significa para la sociedad y para

la vida económica el empleo adecuado de cada hombre, no se puede menos de reconocer que la psicotécnica es el único camino que conduce a una total racionalización del trabajo y no debe vacilarse en aplicarla con las reservas que la prudencia aconseja.

De consecuencias incalculables para la conservación y el mejoramiento fisiológico de las clases trabajadoras son los estudios sobre fisiología del trabajo, que permitirán determinar hasta qué grado se puede intensificarlo racionalmente sin peligro para el mantenimiento de la fuerza vital y de la salud.

La racionalización del trabajo, perseguida como anhelo económico nacional con criterio social, es el aspecto más complejo del proceso racionalizador. Mientras los demás procedimientos miran de preferencia al interés económico, la racionalización del trabajo presenta caracteres humanos superiores que presuponen en los gobiernos no sólo una política económica definida sino también, y en concordancia con ella, una política educacional y una política social. El nuevo espíritu exige una cooperación armónica de estos tres órdenes de orientaciones directivas del Estado.

Racionalización Internacional.—No basta con realizar el proceso racionalizador dentro de las economías nacionales. Como observa el Dr. Elemer Hontos, hay que adaptar la producción total del consumo total—finalidad del proceso racionalizador internacional—único medio de regularizar definitivamente las fluctuaciones económicas. Es necesario racionalizar la economía universal. Este anhelo podrá ser alcanzado cuando las economías nacionales esten totalmente racionalizadas. Hay, sin embargo, industrias susceptibles de ser racionalizadas internacionalmente sin que se cumpla previamente este requisito, indispensable cuando se trata de la racionalización integral de las economías. La política económica aspira a organizar racionalmente los procesos de la vida económica sobre la base del plan internacional a fin de aumentar el rendimiento del trabajo y suprimir o atenuar las crisis.

La Conferencia Económica de 1927 ha dado a la Sociedad de las Naciones un programa económico internacional que tiende hacia la comunidad económica de los pueblos, a formar una «Sociedad Económica de las Naciones». Trata de disminuir el excesivo nacionalismo, justificado siempre cuando es de carácter puramente defensivo, que informa la política comercial de las grandes potencias, contrario a veces al interés de la economía universal. Mucho puede esperarse también de la organización internacional de los bancos centrales, a fin de

extender a la economía universal los beneficios que actualmente reportan desde el punto de vista monetario, a la vida económica de cada pueblo.

La iniciativa de Briand de asociar los estados europeos con fines de unidad económica, idea que adquiere singular relieve por la vigorosa personalidad de tendencia realista del político que la patrocina y por las modalidades dolorosamente anárquicas que revela la actual economía de Europa, sería, de llevarse a cabo—múltiples circunstancias, el Tratado de Versalles y sus derivaciones particularmente, la dificultan— el primer paso hacia la organización de la economía universal. Lo más probable será que no se llegue así, de golpe, como quiere Briand, sino por medio de una serie de procesos parciales de unificación—acuerdos entre grupos de pueblos y combinaciones entre centros financieros—reducciones geográficas y reducciones industriales, continentales o parciales unos, intercontinentales o universales otros, poco a poco, mediante la influencia combinada de múltiples factores, a la racionalización de la economía universal.

III

CONCLUSIÓN

El movimiento racionalizador se funda en la armonía entre el capitalismo y el socialismo y en la mutua subordinación en que se encuentran la vida económica y el resto de la realidad social. Así se piensa en los círculos universitarios; los hombres de negocios han considerado generalmente la racionalización bajo su aspecto económico individualista. El ejemplo de Ford, bien elocuente, hace pensar en un cambio posible de la mentalidad de los grandes gestores de la vida industrial. Vamos hacia una socialización del criterio económico y hacia una transformación del socialismo, que se hace positivo y subordina sus aspiraciones al canon de las posibilidades económicas. El empresario detenta el poder económico mejor de lo que podría hacerlo un empleado del gobierno socialista y es remunerado proporcionalmente a la enorme responsabilidad que pesa sobre los gestores de la vida económica. Intensifica la actividad industrial, enriquece a la colectividad y provoca por medios positivos, sin destruir la estructura individualista de sociedad, el mejoramiento de la vida de los trabajadores. Como premio a sus esfuerzos, acrecienta su poder y asegura su bienestar. La nueva doctrina quiere poner término a la lucha secular entre el capitalismo y el socialismo. Acepta el ideal

de justicia social como aspiración humana, fin último del desarrollo progresivo de las sociedades. Reconoce la fuerza vital del concepto, su capacidad enorme de renovación bovática (1), que le permite incorporar paulativamente, al campo limitado del ser, las formas intelectuales del debe ser. Empleando la terminología de Fouillée, se diría que la idea fuerza actúa sobre lo real y tiende a objetivarse en la medida en que el conjunto de circunstancias que lo constituyen se lo permiten.

Conduce, además, a la solución integral de los problemas económicos. Y si alguno de ellos, como el de la desocupación que tan críticos caracteres presenta, se logra ser resuelto, se sabrá positivamente, por lo menos, que es necesario buscar para ello otros caminos, rompiendo quizás con las fórmulas tradicionales que el movimiento racionalizador ha respetado. Sobre esto nada puede adelantarse. Mientras más alto sea el grado en que la economía universal haya sido racionalizada, más claros se presentarán los fenómenos cuyo devenir constituye su esencia. Aumentará el número de probabilidades de determinar el proceso causal de cada anormalidad, tan difícil de establecer dentro de la economía contemporánea. La economía mejor racionalizada sufriría hoy, por razones de interdependencia económica internacional, las consecuencias de la obra irracional de otras economías y los efectos de medidas políticas tomadas con prescindencia de los principales racionalizadores.

Un cambio tan profundo necesita de la acción directiva del Gobierno. ¿Será capaz el Estado democrático, fundado en el sufragio universal, de asumir la doble función de orientador técnico y de armonizador de las fuerzas económicas y sociales cuya colaboración es precisa para llevarlo a efecto? ¿Habrá, como creen algunos, que comenzar por racionalizar el Estado, por adaptarlo a sus nuevas funciones, buscando, en la organización corporativa o semi-corporativa, la fórmula que permita darle la eficiencia y la fuerza indispensables para llenar debidamente las nuevas finalidades? Son estas, cuestiones apasionantes de Política General que el momento histórico plantea y que están estrechamente relacionadas con los problemas originados por el movimiento racionalizador; pero su análisis nos llevaría demasiado lejos, más allá de los límites dentro de los cuales me propuse comentar la doctrina de la racionalización.

(1) Empleo la expresión bovática en el sentido que le da Jules de Gaultier, filósofo francés contemporáneo, autor de una doctrina sobre el poder que tiene el hombre de concebirse distinto de lo que es y de obrar, en consecuencia, sobre la base del tipo cuya creación ha hecho célebre a Gustavo Flaubert. Este poder constituiría la fuerza transformadora de las sociedades.

Alberto Romero.

UN EPISODIO GROTESCO

COMO nunca falta «un roto para un descosido», quiso su buena estrella que cuando la arrojaron del burdel, por inservible, se hallara con aquel maestro carpintero que fué su admirador infortunado en los tiempos en que ella era la predilecta de los salones del barrio San Pablo.

La Luzmira, muchacha exuberante, alocada y sensual, llegó a ser lo que fué, por vocación, simplemente. Su existencia carecía de historia; su psicología, de complicaciones. Ella, al revés de lo que ocurre con la generalidad de las mujeres de su condición, no tuvo un novio que la arrojara al vicio, ni un amante que la indujera de mala manera a entregarse, ni una madre desnaturalizada que la explotare.

Nada de eso: La Luzmira amaba el placer, la bestialidad. Por eso fué la preferida en los salones. Por eso quemó su juventud demasiado pronto.

Díscola con los que no le caían en gracia, complaciente y desinteresada con aquellos hombres que podían aplacar sus apetitos de chica viciosa, la Luzmira no fingía, no hacía la comedia del amor.

Esta actitud, desusada en las mujeres de la vida, provocó no pocas dificultades a los dueños de casa. Pero la Luzmi sabía hacerse respetar, y no hubo recuerdo de que la impusieran trato con individuos de cualidades que ella consideraba esenciales para merecer su amistad.

El maestro Severino, al que conoció en los días de mayor esplendor, pertenecía a la categoría de los desheredados.

Taciturno, enclenque, con sus pretensiones de niño galante adquiridas en la escuela nocturna donde concurría con asiduidad, el pobre muchacho no logró captarse la estimación de esa estrella huraña del burdel.

La ofreció dinero y hasta un casorio formal, si se le daba la gana. Pero la Luzmi no aceptó nada, prefiriendo eclipsarse entre el montón de hombres odiosos, rudos, torvos que concurrían a los prostíbulos por donde ella peregrinó.

—¿Te acorday?

—Si, claro—añoró la Luzmira con humildad de vendida, sin atreverse a confesarle la razón del rechazo.

De la moza aguerrida, alborotadora y sensual no quedaba ni el menor rastro.

—Una hace leseras que da miedo y después se arrepiente—agregó, clavando en el hombre una mirada opaca.

Algunas tardes don Severino y la Luzmi se encontraron al azar de sus correrías. Hacían recuerdos. El no tuvo suerte. Enviudó; se fué al Norte. Allá perdió el dinero que había economizado, y se dió a la bebida.

Ahora, frente a la Luzmira, el recuerdo del goce vedado despertaba un indefinible sentimiento de atracción.

—Se nos pasó el tiempo de hacer niñerías; pero pa salvarse nunca es tarde, digo yo—exclamó el maestro, acogéndola, sin más ni más, en el cuartito donde tenía instalado su taller y una cama.

Don Severo, como llamaban al maestro los del vecindario, aludiendo a su taciturnidad, a sus manías de solitario, pensó desquitarse del pasado, brindándole hospitalidad a la mujer que perturbó su imaginación de muchacho apocado, débil y un si es no es de pretencioso.

Pero esto no pasó de ser un buen deseo.

—Harto que la hemos corrió, también,—suspiró aquella noche la Luzmi para justificar las deficiencias del pobre maestro.

—Y los años—agregó don Severo, con sincera humildad.

Tres años vivieron juntos ella y él.

La Luzmi, después de un tiempo de honesta reclusión, dió en irse a la calle las tardes enteras, y don Severo, para matar la aprensión, se metía en alguna taberna para beber su litriado áspero con los amigos.

Escuchando el piano eléctrico, fumando cigarrillos, se quedaba hasta la media noche acodado junto a la mesa grasienta.

El tumulto del bar, el vino, los cigarrillos aplacaban su inquietud, comunicándole una embriaguez comprensiva.

—La cabra tira al monte y uno al fin se pone viejo,—pensaba cuando alguna pareja de las que iban al bar le traían el recuerdo de su desgracia.

Don Severo tenía la convicción de que su amiga no le era fiel. Pero ¡qué hacerle! La quería así, y como hay muchas maneras de querer, don Severo se resignó a mantenerla bajo su techo, a tolerarla como se tolera un mueble o un objeto con el que uno se familiariza hasta parecerle imprescindible su presencia.

—Habiendo decencia, lo otro no importa nada—reflexionaba el bondadoso carpintero.

En esa atmósfera de mutua comprensión, la existencia se deslizaba, gota a gota, con lentitud.

El maestro cogía sus borracheras con un estoicismo ejemplar. Nunca un grito, ni un reproche, ni menos un ademán violento.

Cuando lo echaban del bar, se iba a su cuarto con la compostura del buen ciudadano que ha cumplido un deber patriótico.

La Luzmi, al ruido de la cerradura, ganábase del

lado de la pared, cediéndole su parte de lecho para que él reposara su borrachera digna y dolorosa.

El roce con el cuerpo tibio de la amiga jugaba un papel importantísimo en los hábitos del maestro.

De naturaleza precaria, don Severo experimentaba una intensa sensación de bienestar al estirarse sobre aquel colchón caliente y muelle que reparaba su cansancio de hombre desdichado.

Muchas veces, en el curso de esos tres años de amistad tolerante, don Severo pensó con angustia en lo que sería de él el día que le faltara la Luzmi.

—Vivir como un huacho ¡bah!—decía con dejo amargo.

La Luzmi en ese tiempo no excedió el margen de libertad que le concediera el maestro, ni dió pávulo a las habladurías del vecindario.

Junto al piano eléctrico, don Severo aturdía su pena bebe que te bebe, fuma que te fuma.

—Y la señora, ¿qué dice? preguntaban los amigos.

—¿Ella? ta bien—era la respuesta invariable que formulaba el hombrecito, dibujando con las manos una rúbrica temblorosa.

Sufriendo, pero tranquilo, el maestro iba viviendo un día y otro, sin mayor novedad.

Una noche, el «Mandinga», un tuerto de alma ponzoñosa que llegó al bar con uno de los del grupo de Severino, hizo una alusión a la Luzmi.

Don Severo se mordió las guías del bigote y bebió su litriado en silencio.

De vuelta, en casa, perdió la placidez. En el cuartocho hubo gritos, recriminaciones.

—Cuando andan con esas cosas es porque too el mundo sabe que vos seguís en las andadas, Luzmi...

—Y que querís que sepan...

El maestro se contuvo, sin atreverse a mirar dentro de la llaga que laceraba su existencia.

Salió a la calle, a caminar sin rumbo.

El vino malo y la vergüenza fueron infiltrándole un veneno lento que se le escurría hasta el fondo del alma.

Con la voluntad rota, pasábase las horas sentado frente al banco de trabajo.

—Ni que fuerai millonario—objetó la Luzmi, con inquietud, tratando de que él reaccionara.

Pero fué inútil.

—Que se amuele; que más le hace una—dijo, malhumorada la Luzmi.

A la amiga, que unos días se estuvo sin salir del cuarto por complacerlo, la cogió el aburrimiento, la nostalgia.

Y se lanzó por ahí, a vagabundear con los amigos, sin el menor miramiento.

Don Severo, metió sus herramientas en una casa de empeños y tomó la calle, dispuesto a correrla en grande.

Una mañana despertó en la Comisaría.

—Confíesela, amigo, mire que lo va a pasar mal si no dice la verdad.

El pobre don Severo se llevó las manos a la cabeza y como un idiota se echó a llorar.

Entre una serie de impresiones inconexas que se le agolpaban en el cerebro, recordó... Pero ¡qué imbecilidad, Dios mío!

Estaba borracho, atrocemente borracho, cuando en un momento dado se abrió la puerta del bar para dar paso a una pareja que solía frecuentar el establecimiento.

El no supo lo que hacía ni cómo sucedió aquéllo. El piano eléctrico dejó de sonar, de eso sí que se acordaba perfectamente; como se acordaba de cuando en medio de un silencio que a él le pareció monstruoso, glugluteó la sangre escurriéndose por entre los pliegues del camisón que cubría el opulento seno de su víctima. Y recordaba que lo arrastraron fuera, a punta-piés.

—¿Y quién era ella?

—Quien sabe ¡una mujer!—sollozó don Severo a un lado y otro con sus ojitos turbios de borracho.

—¿Usted no la conocía?

—¡No, señor!

—¿Y por qué la a...se...si...nó, si no la conocía de antes?

El pobre don Severo no supo explicarse el por qué de aquello. Tampoco se lo explicarían los jueces ni nadie.

—Matar así a una desconocida, qué atrocidad. A una desconocida, roto animal! subrayó el Comisario.

—Y él, un hombre bueno, diga usted, anotó uno de los testigos.

Como el caso era demasiado obscuro, el magistrado no pudo fallar en justicia.

Por eso don Severo, el tímido y absurdo don Severo, fué condenado a diez años de presidio y perdió el derecho a ocupar cargos públicos durante el resto de su vida...

Una persona incapaz de aplastar una mosca, ya ve, y acriminarse con una desconocida, con una cualquiera.

Que cosa más grotesca.

Carlos Keller R.

COMUNIDAD Y SOCIEDAD

I

ROUSSEAU

LOS tratadistas del siglo XVIII y la escuela individualista del siglo XIX consideraban como base de las relaciones entre los individuos las consideraciones que estos hicieran sobre la conveniencia de unirse. «El Contrato Social» de Rousseau, p. e., parte de la suposición de que los individuos primitivamente vivían en forma aislada y que sólo mucho más tarde, al comprender la utilidad que les podía aportar la organización sistemática, se habían unido en una sociedad humana.

La forma social característica para el espíritu del siglo XIX es la sociedad anónima. En ella, efectivamente, una serie de individuos que apenas se conocen, cuyos intereses concuerdan en un solo punto (el de organizar una sociedad para un fin determinado), se reúnen y se organizan conforme a razonamientos utilitarios.

¿Pero puede considerarse la sociedad anónima como la forma genuina de toda organización social? Los mismos individualistas reconocían, desde un principio, que había que excluir la familia, pues ella se rige por principios muy diferentes.

Más tarde, cuando se comenzó a estudiar la estructura de los pueblos primitivos y cuando decayó la tendencia individualista extrema, la sociología se dió cuenta de que la vida social del individuo se había desarrollado históricamente en una forma muy diferente de la que había señalado Rousseau en su célebre obra.

La sociología moderna llegó a la conclusión de que las relaciones sociales son tanto más íntimas, cuanto más primitivas sean las formas de la organización social.

El primer autor que se ocupó, en forma sistemática, de este problema, fué Tonnies, cuya obra principal lleva el título de *Comunidad y Sociedad* (primera edición, 1887). Para Tonnies, la comunidad representa la forma de organización social en que las relaciones sociales alcanzan a su máximo de intensidad, mientras que en la sociedad aquellas relaciones son de la menor intensidad.

Después de Toennies, una serie de sociólogos estudió este problema, entre los cuales merecen citarse especialmente Durkheim, Simmel y Vierkandt.

Trataremos de exponer las doctrinas de estos autores sobre uno de los problemas sociológicos más interesantes, precisamente en nuestros días.

II

LA COMUNIDAD POR LA VIDA

Las relaciones sociales entre los individuos alcanzan a su máximo de intensidad en aquellas formas en que se trata de establecer una comunidad por toda la vida. A ellas pertenecen la familia, la unión de los vecinos de una pequeña agrupación rural y todo grupo de individuos que se unan íntimamente, siempre que estas formas no hayan sido debilitadas y destruidas por la civilización moderna.

Lo esencial en estas uniones son las relaciones interiores y exteriores que forman un sólido ligamen entre los miembros de estos grupos. Llevan una vida común y tratan de ayudarse en todos los percances de la vida. Todos participan en los placeres y sufrimientos de cada uno de ellos. El grupo se considera como una unidad, como una totalidad, un conjunto. En sus relaciones entre sí, los grupos actúan como un solo cuerpo. De ahí que los actos de venganza por los delitos cometidos por un miembro de un grupo se dirijan contra el grupo a que pertenece como tal y no contra la persona del delincuente. Existe, pues, responsabilidad solidaria. El grupo, por su parte, se considera como una unidad que persigue un fin común, que penetra la vida de cada uno de sus miembros.

Si un miembro del grupo es atacado, se manifiesta una pronunciada solidaridad en este, porque se considera dirigido el ataque contra sus intereses vitales. De otra parte, si un miembro se encuentra en necesidad, el grupo le ayuda.

No debe suponerse, ahora, que esta solidaridad tenga una base caritativa; su finalidad es netamente mutualista.

«Si hoy te ayudo, mañana me ayudarás», dice Garcilaso de la Vega al explicar la comunidad de trabajo que existía en el imperio incásico. La Rochefoucauld dice:

El amor a la justicia proviene, en la mayoría de los hombres, del temor de tener que padecer ellos mismos una injusticia.

En una célebre manifestación de las Trade-Unions de Inglaterra éstas declaran no ayudar a los huelguistas en la intención de no dejarlos en la miseria, sino para impedir que los necesitados aumentaran la oferta de trabajo, lo que bajaría los salarios. Como se ve, en todos estos casos el grupo considera lesionados los intereses colectivos y trata de defenderse, ayudando al miembro en cuya persona se lesionen aquellos intereses.

Por la misma razón, la desgracia de un miembro, en cuanto implique un debilitamiento del grupo, hace participar a todos en ella. Entre nuestros fueguinos, por ejemplo, las ceremonias que se celebran en caso de muerte de un miembro del clan, llegan a tal extremo que los sobrevivientes se ocasionan recíprocamente heridas y dolores.

La comunidad se exterioriza en su forma más pura cuando el grupo se ve en la necesidad de emprender una obra común difícil, como combatir los efectos de una hambruna, luchar por su existencia contra otro grupo, etc. Este mutualismo del grupo tiende deliberadamente al fomento de los intereses colectivos.

La función de un hecho social, dice Durkheim, no puede ser otra que social, es decir, consiste en producir resultados que sean socialmente útiles.

Naturalmente, la solidaridad, si bien en la comunidad se manifiesta en su forma más pronunciada, es común a todas las formas sociales. En la comunidad, el fomento que reciben los miembros es tanto externo como interno: su bienestar físico y espiritual es favorecido por el grupo.

III

OTRAS FORMAS DE LA COMUNIDAD

Hasta ahora sólo nos hemos ocupado de la comunidad por la vida, pero existen numerosas otras formas de comunidad. Desde luego, podemos distinguir entre una comunidad de sentimientos y una de fines. Un ejemplo de la primera categoría

es la amistad, la que se basa exclusivamente en sentimientos que unen a los individuos, sin que se persiga un fin especial. A la segunda categoría pertenece la sociedad colectiva en su forma antigua y que muchas veces se ha conservado hasta nuestros días: los socios están unidos por lazos personales bien pronunciados, pero la base de esta unión proviene de un fin que se persigue.

Las formas especiales de la comunidad son muy variadas. Una de ellas es, p. e., la que se basa en la lengua. El hecho de hablar un mismo idioma, une a los individuos. La lengua comprende valores sentimentales y racionales de un alcance profundo, mucho más importante que el de «hacerse entender». De ahí que hablemos de la «lengua materna». Las palabras de un idioma tienen un valor intrínseco, independiente del contenido racional que expresen (lo cual se manifiesta claramente en una poesía lírica). Resulta, pues, que los individuos unidos por la misma lengua forman una comunidad esencialmente sentimental. Este poder de la lengua de unir a los individuos, se puede observar cuando dos forasteros que hablan el mismo idioma se encuentran en un país extranjero: en el momento en que se expresen en él, se produce un contacto interior entre ellos.

El solo hecho de poder comunicar nuestros pensamientos, nuestras opiniones y observaciones a otras personas, producen un efecto inmediato sobre nosotros mismos. Antes de comunicar una idea a otros, tiene para nosotros un aspecto vago, pero desde el momento en que la «exteriorizamos», se produce una verdadera «objetivación», es decir, adquiere la idea forma concreta, definida. Al mismo tiempo se efectúa una socialización de los valores espirituales: lo que antes pertenecía a un sólo individuo, ahora viene a pertenecer a la sociedad.

Otra forma de la comunidad es la de derecho: los individuos están unidos por la voluntad de mantener el orden y de hacerlo respetar. Un carácter semejante tiene la comunidad moral.

La comunidad puede extenderse más allá de los individuos y comprende a veces valores impersonales. Antiguamente, el menaje de la casa era considerado como parte integrante de la familia. No se le llevaba al remate en caso de sucesión por causa de muerte. Los diferentes objetos que lo formaban se veneraban como algo sagrado, como testigo de la tradición de la familia. Aun hoy en día, el artesano, el campesino y el artista no consideran los medios de producción y objetos que utilizan, como simple materia inerte que les permite ganarse la vida: tienen para ellos un valor sentimental.

En la comunidad, la democracia de hecho se manifiesta en su forma más pura. Existe en ella igualdad casi absoluta de convicciones, sentimientos y voluntades, y, además, se puede observar que los miembros de la comunidad están poseídos de la conciencia de esta igualdad. Si conversamos con otra persona estamos poseídos de la voluntad de hacernos entender y la otra persona quiere entendernos: hay, pues, unidad de voluntades. La conciencia de esta igualdad produce seguridad y fuerza en el individuo. La concordancia de opiniones y sentimientos es considerada por cada cual como aprobación de lo que piensa y siente. Lo que una persona considera justo y exacto se vuelve así objetivamente justificado. De ahí también el poder de la acción colectiva. James dice en su *Psicología*:

Las mismas acciones, ejecutadas en conjunto con una masa, aparentan significar mucho más que ejecutadas por un solo individuo.

Aun las así llamadas obligaciones unilaterales, en que sólo una persona se obliga a algo, tienen una base de comunidad. Para que produzcan una obligación, es preciso que la otra parte acepte, aunque esta aceptación sea tácita. Es preciso, pues, que exista concordancia de voluntades, es decir, que exista una comunidad.

El sentimiento colectivo que la comunidad produce en cada uno de sus miembros, es de cuádruple carácter, a saber:

- 1.º Se produce en él el sentimiento de seguridad, de estar bien protegido dentro de la comunidad;
- 2.º La conciencia de conocer el ánimo de los demás y de poder contar con ellos;
- 3.º La conciencia de encontrar entre los demás una resonancia;
- 4.º Esta resonancia se extiende sobre cosas inanimadas, las cuales despiertan nuestros sentimientos colectivos, en forma asociativa (como la bandera de un regimiento).

IV

EL INDIVIDUO Y EL AMBIENTE

Según la teoría vulgar existe una discrepancia absoluta entre el individuo y el ambiente en que vive. La conciencia que se forma de su personalidad lo separaría de todo lo que no sea su persona. Tendríamos que ver con un «yo» y un «no-yo». En la comunidad, la situación es precisamente la contraria: existe la conciencia de formar, en conjunto con otros individuos,

y aun cosas, una totalidad. ¿Donde existe, entonces, el límite entre el yo y el no-yo?

Algunos limitan el yo (es decir, la personalidad concreta de un individuo) al «alma». Otros le agregan el cuerpo. Otros también incluyen los objetos de uso personal, como armas, joyas, vestuario, etc., pues el individuo muchas veces los considera a menudo como parte integrante de su persona y defiende un ultraje cometido en ellos como dirigido contra su persona. Entre muchos pueblos primitivos, estos objetos no forman parte de la herencia y se queman o entierran con su propietario. Aun más: la ampliación del yo puede extenderse también sobre personas; el padre, por ejemplo, considera a su familia como una parte de su persona. «La esfera personal puede abarcar también objetos de propiedad comunal; el soldado considera, por ejemplo, su bandera como parte de su persona. Aun las mismas costumbres, los hábitos, etc., pueden ser considerados como parte integrante de la persona; el reconocimiento, la estimación que merecen a otros, constituyen para nosotros muchas veces una «cuestión personal».

Como se ve, no es tan fácil definir el radio que comprende la personalidad individual. No coincide de ninguna manera con nuestro cuerpo; no tiene, en buenas cuentas, un límite fijo. Especialmente cuando un grupo se encuentra en situaciones difíciles, como en una lucha por su existencia, desaparecen los límites individuales y el conjunto está posesionado de la conciencia de formar una verdadera unidad. En tales circunstancias, la comunidad se manifiesta en su forma más pura. La personalidad de cada cual desaparece en la corriente que une a todos.

Precisamente la posibilidad de extender nuestra personalidad sobre otros, de hacerlos compartir en nuestras ideas y sentimientos, explica la obra de las minorías en la sociedad humana, la acción de los santos, estadistas y grandes genios militares. Ellos unen a los individuos aislados.

V

COMUNIDAD SUPERFICIAL Y SUBSTANCIAL

Como ya vimos, la comunidad puede manifestarse con menor o mayor intensidad. En el primer caso tenemos que ver con una comunidad superficial y en el segundo, con una substancial. La primera de estas formas se limita a relaciones aisladas o que sólo comprenden una parte de la personalidad de un

individuo (como por ejemplo, la amistad)), mientras que en el segundo caso comprende la personalidad íntegra, por medio de relaciones íntimas y estables entre los individuos. En este último caso, cada cual se considera como parte integrante del grupo. Al referirse a él, habla de «nosotros». El «yo» es ampliado y desaparece en el «nosotros». Existe un sentimiento de dignidad colectivo: todo ultraje y ofensa es considerado como dirigido contra el grupo.

En la comunidad superficial falta esta compenetración perfecta (o, mejor dicho, casi perfecta, pues el individuo no desaparece jamás completamente en el grupo).

No se forma una conciencia colectiva tan pronunciada. La socialización del individuo comprende sólo una parte de él. Un ejemplo al respecto lo constituye el auditorio de un teatro, en cuanto participa colectivamente en la pieza que se representa: la comunidad desaparece en el momento en que termina la función. Si al día siguiente un crítico ataca a la obra, el público no actuará colectivamente en su defensa. Esta forma de comunidad puede considerarse, pues, como un estado transitorio, mientras que la substancial es permanente.

La comunidad celebrada por toda la vida es substancial; la sentimental puede manifestarse en ambas formas. La comunidad superficial es la forma de transición hacia la sociedad.

VI

EL INDIVIDUO Y EL GRUPO

La mayor parte de las formas en que se manifiesta la comunidad comprende más que la suma de los individuos de que se compone: es relativamente independiente de ellos. Las relaciones entre los miembros del grupo están determinadas por la participación que a cada cual corresponde en la vida colectiva. La comunidad participa en la situación de cada uno de sus miembros en cuanto sea de interés para la existencia de la colectividad como tal. Ya habíamos señalado la base mutualista (y no caritativa) de la comunidad. En ella consiste su carácter superpersonal.

Las fuerzas que emanan de relaciones netamente personales no alcanzan jamás, a la larga, la intensidad de las fuerzas colectivas. La amistad no puede substituir a la familia y las relaciones eróticas libres no pueden suplir al matrimonio: las instituciones sociales tienen mayor dinamismo que las formas personales. En la familia, el pueblo, la nación, se manifiesta claramente el carácter superpersonal de la comunidad.

El grupo no coincide con la suma de los miembros de que se compone, es una totalidad orgánica. Es más que la suma de los individuos que lo forman: se compone de formas, fuerzas y relaciones estables que perduran más allá de la vida de los individuos. Toda comunidad es superpersonal.

Existen, también, algunas formas de la comunidad que tienen un carácter impersonal. Así, lo que llamamos «cultura» se constituye de valores objetivos, formas sólidas en que se desarrolla la vida colectiva y que se exteriorizan en el derecho, las costumbres, las creencias religiosas, etc. Estas formas son obligatorias para todos los miembros de una comunidad: el grupo les impone sencillamente su voluntad a sus miembros.

También las creaciones materiales (edificios, símbolos, etc.), pertenecen a estos valores objetivos. Esta segunda forma de la comunidad siempre es substancial, pues comprende la personalidad íntegra del individuo. El «yo» se extiende en estos casos más allá de los límites de su cuerpo, pues los valores culturales son una parte integrante de la personalidad.

VII

LA COMUNIDAD Y LA SOCIEDAD

La sociedad es aquella forma de organización social en que las relaciones entre los individuos son menos íntimas. El caso más común y también el más antiguo de la sociedad es aquel en que los miembros de diferentes grupos sociales entran en relaciones de canje o trueque de productos. El ejemplo más puro lo constituye, como ya vimos, la sociedad anónima, en la que se unen individuos que quizás jamás se llegarán a conocer y que persiguen el fin de obtener una utilidad, mediante la organización de una empresa económica.

Limitándonos, por el momento, a las relaciones económicas entre los individuos, en lo que se refiere al intercambio de productos, podemos distinguir los siguientes casos:

1) Si existen relaciones patriarcales, podemos observar que en la sociedad se forma un criterio sobre lo que corresponde a cada parte. Así, por ejemplo, los escritores medievales hablan de un «justo precio», o sea, un precio establecido de antemano y que cada cual recibe por sus mercaderías. En este caso, se le reconoce reciprocidad a la otra parte y podemos hablar de una «relación de reconocimiento»;

2) Si no existen relaciones patriarcales, cada cual trata de sacar de sus relaciones mercantiles el mayor provecho posible.

El precio de las mercaderías depende del poder de cada parte y de la situación del mercado (la oferta y demanda). Podemos hablar de una «relación de poder», dentro de la que se pueden distinguir dos situaciones especiales:

a) Cada parte trata de explotar a la otra: existe una relación de lucha;

b) Una parte obliga a la otra a aceptar el precio que le dicta: existe una relación de poder en el sentido limitado.

La sociedad siempre se manifiesta en alguna de estas formas que acabamos de conocer. Las relaciones de lucha y de poder no sólo se encontrarán en la economía, sino también en la vida política, espiritual, etc. La relación de poder supone la existencia de fuertes y débiles, de superiores e inferiores. Existe entre ellos una relación de clases. Naturalmente, en todos estos casos es preciso que existan relaciones recíprocas, pues sin ellas no hay sociedad. El individuo, considerado y tratado como objeto, inerme, deja de actuar conforme a sus cualidades humanas.

En la comunidad existe concordancia de voluntades; en la relación de reconocimiento hay igualdad de voluntades (cada cual mantiene una personalidad con voluntad propia e independiente, pero las voluntades de todos los individuos armonizan en un punto, materia de la sociedad que forman); en la situación de lucha existe voluntad de dañar; y en la relación de poder existe voluntad de hacer respetar la diferencia que hay entre la situación y los derechos de las partes.

En la comunidad, los intereses son idénticos; en la relación de reconocimiento cada cual persigue su interés personal, pero sirve a la vez a la otra parte; en las relaciones de poder y de lucha, los intereses son opuestos.

En la comunidad, el individuo está poseído de la conciencia de pertenecer al grupo y de estar íntimamente ligado a él; en la situación de reconocimiento las relaciones tienen un carácter mucho más frío; en la situación de lucha existe aversión interior (no se quiere reconocer ningún valor a la otra parte); en la relación de poder hay conciencia de la distancia que separa a las partes, pero acompañada de un matiz especial: se le reconoce a la parte inferior una participación en los asuntos comunes.

Las relaciones sentimentales son igualmente diferentes en cada una de estas formas. En la comunidad prevalece el amor y afecto entre los individuos; en la situación de reconocimiento, las relaciones están basadas en consideraciones racionales, pero se trata de cada cual en igualdad de condiciones; en las rela-

ciones de lucha se manifiesta el efecto del odio; en las de poder prevalece el sentimiento de la superioridad e inferioridad.

Por supuesto, estas formas se pueden entremezclar y originar diferentes síntesis entre ellas.

La diferencia de las relaciones que unen a los individuos repercuten, a su vez, sobre sus conceptos morales y la filosofía de la vida. En la comunidad existe un marcado solidarismo: prevalece el instinto de la ayuda. La ética del sermón de la montaña, p. e., sólo es concebible en una comunidad. En la situación de reconocimiento, en cambio, existe un sentimiento de honradez con relación al cumplimiento de las obligaciones que corresponden a cada cual. Prevalece el sentimiento de justicia: las partes se someten a la voluntad del derecho y lo reconocen. Los filósofos del siglo XVIII (Rousseau, Montesquieu, Voltaire, Kant) tuvieron en vista especialmente esta situación: para ellos, las relaciones sociales consisten en relaciones jurídicas. El derecho sería entonces, la institución más importante de la sociedad humana, opinión de que no comparten los sociólogos modernos.

Esquemáticamente, se puede representar lo que hemos afirmado sobre las relaciones sociales, en la siguiente forma:

	COMUNIDAD	RECONOCIMIENTO	LUCHA	PODER
Voluntad:	Fomento	Reconocimiento	Daño	Imposición Sumisión
Intereses:	Idénticos	Equiparados	Opuestos	Opuestos
Relaciones interiores:	Unión	Analogía	Aversión	Distancia
Relaciones sentimentales:	Amor y afecto	Consideración	Odio	Superioridad inferioridad
Virtudes:	Amor	Justicia	Valentía	Seguridad, energía. Obediencia, fidelidad

A cada una de estas formas corresponde, a su vez, un sistema económico especial. En la comunidad tenemos la comunidad de bienes: no pertenecen estos a individuos determinados, sino a todos. Existe, sí, cierta división del trabajo.

La situación de reconocimiento está caracterizada por la propiedad individual: se reconoce la propiedad ajena. En las

relaciones de lucha y de poder, en cambio, no existe este reconocimiento: se trata de despojar a la otra parte de sus bienes.

En la comunidad no hay límites entre la propiedad de los individuos; en la situación de reconocimiento se reconocen tanto exterior como interiormente estos límites; en las relaciones de lucha y de poder falta el reconocimiento interior.

La división que acabamos de analizar se refiere a las formas interiores de la sociedad. Sus formas exteriores (derecho, costumbres, etc.) son más o menos independientes de esta clasificación y se manifiestan a menudo en todas ellas.

El matrimonio puede ser materia de una comunidad, de una relación de reconocimiento, de lucha o de poder. La misma lengua, que generalmente es la base de una comunidad, puede tener también a veces otro carácter: puede servir de simple medio para hacerse entender (el esperanto) y puede servir también como medio de dominio (en el caso que la clase subordinada no la comprenda y la dominante la emplee como medio para imponerse. Ejemplo: el latín en la Edad Media y en la Iglesia).

VIII

EL ORDEN SOCIAL

La situación de lucha y de poder es frecuente en las relaciones sociales. ¿Cómo puede mantenerse, entonces, el orden social? Sin duda, para que pueda haber un orden social, es preciso que existan relaciones que unan a los individuos y no que los separen, como lo hacen, al parecer, las de lucha y poder.

Pero no se trata, en estos casos, de relaciones sin orden alguno: también en la guerra existe algún orden. En las relaciones patriarcales no predomina la arbitrariedad. La costumbre y el derecho establecen un orden social determinado. Una guerra sin ningún orden sería sencillamente una caza.

El orden social viene a constituir, pues, la situación normal dentro de la sociedad humana. Aun donde existen relaciones de conquistador y sometido, se establece, dentro de corto tiempo, cierto orden social, como entre los españoles y los indígenas en nuestro continente. Jellinek dice: «Toda situación de hecho trata de normalizarse». Las revoluciones comprueban que esto es efectivo.

Así se explica también que la fuerza sea la última razón que empleen los hombres y los estados, aun donde ella se aplica, se trata de aparentar, al menos la existencia de un orden legal, de conservar la apariencia del cumplimiento de la ley.

Los dictadores, los tiranos, los pueblos en sus relaciones recíprocas, tratan siempre de justificar su actuación por medio de normas éticas, legales, etc. Rara vez se manifiesta, pues, la fuerza bruta como tal.

Las formas más importantes de que dispone la sociedad para mantener el orden, son la costumbre, el derecho y la moralidad individual. Costumbres son aquellas normas de carácter positivo o negativo, cuyo cumplimiento exige la colectividad al individuo. Lo esencial en ellas son sus formas rígidas (de carácter netamente externo) y la fuerza de la opinión pública que reclama su observación. Faltan por completo órganos especiales que velen por su cumplimiento. En los períodos pasados es difícil establecer una diferencia entre la costumbre y el derecho. Para la infracción de normas de la costumbre existen sanciones semejantes a las establecidas para las infracciones de normas del derecho. La sanción se ejecuta generalmente por la ayuda propia, no sólo permitida, sino exigida por la colectividad. Hoy en día las normas de la costumbre envuelven una simple invitación a cumplirlas: si el individuo no las observa, sus prójimos quizá romperán las relaciones con él, pero no será castigado, mientras que el derecho incluya una orden imperativa: si sus normas no se cumplen voluntariamente, la sociedad obliga al individuo por viva fuerza a obedecerlas.

La base de la costumbre hay que buscarla en el instinto de la subordinación y en nuestra inclinación a actuar en conformidad con los demás. En efecto, especialmente entre los primitivos puede observarse una dependencia casi absoluta del individuo respecto del grupo de que forma parte. Por esta razón se somete en todo a la voluntad colectiva, y las infracciones a las normas de la costumbre y del derecho apenas se conocen.

En el derecho, es de gran importancia la distinción entre la forma y el contenido. Lo esencial en la forma reside en que el derecho fija un orden social obligatorio para todos, incluso aquel que dispone del poder absoluto en el estado. Desde el punto de vista formal se trata, pues, de la aplicación de las normas del derecho en cada caso que se presente. Existe obligación de cumplir el orden establecido, de aplicar las disposiciones del derecho.

Desde el punto material, en cambio, consideramos el contenido mismo de estas normas y exigimos de ellas que correspondan al concepto de un orden social ideal: debe haber un derecho justo para todos. Entre el derecho y el poder no hay con-

tradición. El contenido del derecho se establece de acuerdo con la distribución del poder dentro de la sociedad, pero el derecho limita al mismo tiempo el empleo del poder, estableciendo un orden social. Contradicción existe, en cambio, entre el derecho y la fuerza. El estado, que constituye un grupo social caracterizado por la existencia de un poder ejecutivo nacional, supone la existencia del derecho, de manera que no fué él el que creó el derecho: sin derecho no hay estado.

IX

COMBINACIONES ENTRE LAS FORMAS SOCIALES

Como ya vimos, las formas fundamentales en que se manifiestan las relaciones sociales pueden combinarse. Así la situación de reconocimiento (régimen patriarcal) está casi siempre combinada con la comunidad: el patriarca tiene sentimiento de amor y afecto para con sus subordinados y fomenta sus intereses. De otra parte, la relación de lucha y de poder está generalmente reglamentada, es decir, se presenta en combinación con la relación de reconocimiento.

Según la distribución del poder se puede distinguir entre formas sociales señoriales (la distribución es desigual) y formas sociales comunales (la distribución es igual). Tanto la situación de comunidad como la de reconocimiento se pueden manifestar combinadas con ambas formas. Las combinaciones posibles son, esquemáticamente, las siguientes:

RELACIÓN DE:	COMUNIDAD	RECONOCIMIENTO	LUCHA	PODER
Comunidad	Comunidad pura	Comunidad de canje	Comunidad señorial
Reconocimiento	Comunidad de canje	Reconocimiento puro	Lucha reglamentada	Poder reglamentado
Lucha	Lucha reglamentada	Relación pura de lucha
Poder	Comunidad señorial	Poder reglamentado	Poder puro (fuerza)

La comunidad de canje que hemos mencionado entre las formas sintéticas que ofrecen las relaciones sociales, consiste

en lo siguiente: entre algunos pueblos primitivos (y también entre los egipcios) existía el intercambio comercial basado en la comunidad. El respectivo toqui o rey de la tribu o estado obsequia al toqui o rey de otra tribu una cantidad de mercaderías, esperando que aquel le retribuya su obsequio. El intercambio está basado, pues, en un regalo que una tribu hace a otra. Esta forma se denomina «comunidad de canje».

La comunidad forma la base de toda la vida social. Su origen y conservación está basado en el instinto de la sociabilidad. Para que se originen y mantengan las formas sociales es preciso que exista un fomento interior y exterior del individuo por el grupo a que pertenece. Pero la utilidad que el grupo representa para el individuo no es la causa de su formación, sino la condición para que entre en acción una disposición innata del individuo.

Desde otro punto de vista, puede considerarse la debilidad de cada individuo como condición del origen y conservación del grupo. Se puede observar constantemente en la vida que, son especialmente los individuos débiles los que tratan de asociarse. Y viceversa, los individuos que se consideran fuertes, están caracterizados por la tendencia a separarse de la comunidad, o al menos, de independizarse de ella hasta cierto grado.

Se disuelve también la comunidad cuando deja de fomentar los intereses de sus miembros. La emancipación de las colonias americanas se explica, p. e., en gran parte, por este hecho: la madre patria no las fomentaba en la forma que ellas esperaban. El proceso de la decadencia de las sociedades y culturas es un proceso de disolución interior.

La sociedad, a su vez, se originó de dos maneras diferentes:

- 1.º Por debilitamiento de las relaciones de la comunidad;
- 2.º Por entrar en relaciones recíprocas personas pertenecientes a diferentes grupos. En este caso, la comunidad de canje sería la forma de transición hacia la relación de reconocimiento.

La situación de poder puede originarse dentro del grupo (surgen ciertos individuos y les imponen su voluntad a los demás) o también por una causa fuera de él, (por ejemplo, conquista). Dentro del grupo se pueden formar también clases sociales. En todas las diferentes formas que hemos llegado a conocer, el individuo recibe un fomento interior de parte del grupo.

Este fomento consiste en las emociones que las formas sociales producen en él, o sea, en las cualidades psíquicas de estas relaciones, las que están basadas en los instintos sociales y

que vienen a satisfacer una necesidad funcional del individuo. La comunidad está basada en el instinto de la ayuda, la relación de lucha, en el instinto de lucha, la relación de poder en el instinto de la dignidad y de la subordinación, y la relación de reconocimiento en el instinto de obediencia. La comunidad requiere de cada miembro su plena dedicación a la colectividad. Su «yo» es completado y ampliado. La situación de reconocimiento exige sumisión bajo la ley y obediencia a las normas establecidas.

La relación de lucha, al menos en su aspecto defensivo, significa, en primer lugar, una acción colectiva que requiere poner en acción todas las energías del grupo. Su causa es, además, moralmente, valiosa: se trata de conservar al grupo. Así la guerra ejerce sobre los individuos un poder socializador. La muerte pierde su carácter negativo y destructivo: el individuo muere para posibilitar la vida a los demás.

En la relación de poder, la parte sometida experimenta una emoción basada en el instinto de la subordinación. El individuo se somete voluntariamente a valores que reconoce como superiores y que pueden exteriorizarse en una persona o ser superpersonales.

A. Torres Rioseco.

ROMANCES

ROMANCE DE GUILLERMO BECKER

Solo va Guillermo Becker,
solo va, sin compañía,
la barba que era de oro
ya de carbón la tenía;
las manos que eran muy blancas
lánguidas son y amarillas,
hay en todo su semblante
una gran melancolía.
Solo va Guillermo Becker
camino de la Argentina.
Sólo lucen sus espuelas,
blancas son, de plata fina,
caballero a la jineta
en una yegua tordilla;
cubre sus hombros cansados
una manta de Castilla,
y lleva en vez de zapatos
una bota bien curtida.
Solo va Guillermo Becker
camino de la Argentina.
Sobre la montura lleva
terciada la carabina;
con unos anteojos negros
van cubiertas sus pupilas;
se le levantan los brazos

y le tiemblan las rodillas,
puede verse que no es
experto en caballerías.
Solo va Guillermo Becker
camino de la Argentina.
En un recodo la yegua
de repente se encabrita,
se le afilan las orejas
como si fueran espigas,
y da un relincho que quiere
hacer la montaña trizas.
Guillermo Becquer se pone
como si fuera de tiza.
Dos carabineros salen
del amparo de una encina,
en las sus manos morenas
aprietan las carabinas;
se adelantan al viajero
y dicen como sin prisa:
«Dése preso, don Guillermo,
dése, dése a la justicia;
de Santiago esa ciudad
nos han llegado noticias
de que Ud. andaba buscando
el paso de la Argentina.»
Aquí habló Guillermo Becker,
bien oiréis lo que decía:
«Dejadme pasar, amigos,
que voy muerto de fatiga,
os daré cinco mil pesos,
la yegua y la carabina,
que si no os haré pagar
bien cara vuestra osadía».
Aquí habló un carabinero
palabras bien advertidas:
«Mejor que ofrezca a su madre
la plata y la carabina,

que a nosotros no nos compra
gringo de capa caída,
ni queremos otra paga
que la que nos es debida.
Conque levante los brazos
y eche en agua la perilla,
gringo de malas entrañas
sin Dios ni Santa María.»
Diciendo esto, los dos sacan
al alemán de la silla,
le esposan las dos muñecas
y las dos piernas le engrillan,
le quitan una pistola
y una afilada cuchilla;
del miedo que tiene el gringo
se le doblan las rodillas,
le tiemblan las barbas negras,
parece que fuera ardilla.
Daba gritos el malvado
como mujer mal parida,
de tantas veces que diera
se queda como sin vida;
le cogen los dos soldados,
sobre la yegua lo cimbran
y a pasos lentos y graves
se aleja la comitiva.
En los piñoneros andan
maliciosas las sonrisas,
el aire delgado canta
con una voz de corista,
el sol redondo y poniente
tiene apariencia de ficha,
arden brasas en las bocas
frías de las carabinas.
Ya llegan a la ciudad,
ya llegan a esa villa,
salen mujeres a verlos,

copitos de maravilla,
salen chiquillos sarnosos
y perros que es una envidia,
a paso largo descienden
hacia la comisaría.

En duro cuarto le meten,
en fría cama le tiran;
toda la cárcel parece
floresta de carabinas.

Al otro día llegaron
órdenes bien expeditas
que a Santiago le llevaran
bajo pena de la vida.

ROMANCE DEL HUASO RAIMUNDO

Triste va el huaso Raimundo
entre diez carabineros;
olor de sangre que deja
salen a olfatear los perros.
La zarzamora florida
de la orilla del sendero
se enciende de vez en cuando
con unos ojos morenos.

¿Dónde vas huaso Raimundo
desarmado y sin sombrero?

Los pantalones que llevas
rotos están en el medio.

Los zapatos que tú calzas
dejan tu pata en el suelo,
huaso que así se conduce
no merece ser chileno.

El sol lame largamente
las costillas de los cerros;
sopla una brisa caldeada
que desbarata los nervios.

El sudor de los caballos

hace brillar los aperos,
estremecimientos corren
por los flancos y los frenos.
«Ay, morenita de mi alma
que me cogieron durmiendo,
mi corvo estaba en la faja
y la pistola en su cuero,
yo soñaba con mi vieja
que se me estaba muriendo,
llegaron estos cabrones
y allí mismo me cogieron.
Que si no yo ahora andaría
libre por estos potreros
y a las hembras como tú
les daría lo que es bueno.
En cambio voy a Santiago
amarrado como un perro,
dispuesto voy a escuchar
las palabras del Prefecto.»
Los sables de los soldados
andan haciendo arabescos,
las moscas pasan zumbando
como flechas en el viento,
las pupilas del bandido
arden en extraño fuego,
reguero de sangre cubre
cerco de carabineros.
En una vertiente de agua
se han detenido un momento,
no puede beber el huaso
porque no tiene sombrero,
pide la gorra a un soldado
que se le acerca indiscreto;
ya la china le ha cortado
las amarras de los dedos;
con movimiento de gato
agarra al carabinero,

le quita la carabina
y se echa de boca al suelo,
en un santiamén despacha
tres soldados y un sargento,
los otros cinco que quedan
toman las de Villadiego.
Ahora hablará Raimundo
voz de rotito chileno:
«Ya se fueron los cabrones,
ya se fueron, ya se fueron,
por los calzones que llevan
no diera yo cuatro pesos,
en cuanto al pueblo se acerquen
llamarán al lavandero...».
Esto diciendo Raimundo
vuelca a la china en el suelo:
las fazañas que allí hizo
no puedo decir en verso.
Se escuchan en lejanía
los ladridos de los perros,
olores desagradables
llegan, densos, en el viento.
En un lado del camino
se queja un carabinero,
tiene un agujero negro
florecedo en el pescuezo;
otro con la lengua afuera
se ha quedado patitieso,
una mosca verde juega
con los hilos de su pelo;
y casi de pie en la cerca
el cadáver del sargento,
una baba amarillenta
le mancha el azul del pecho.
Desde los pantanos llegan
zumbando extraños insectos
y en el cielo vuelan jotes

*haciendo cómicos ceros.
Y mientras desciende el polvo
por la paz de los senderos
cumple Raimundo labores
de buen rotito chileno.*

Berkeley, California, 1931.

Amanda Labarca.

MEDITACIONES BREVES

PALABRAS ENVILECIDAS

LAS generaciones últimas las izaron como estándares: virtudes cívicas, democracia, fraternidad, honestidad pública, libertad. Hoy, el muchacho las señala con una mueca irónica.

Hace treinta años, tremolaban aún henchidas de prestigio. Habían nacido entre sacrificios como símbolos de aspiraciones altruístas y de luchas de redención. Su hermosura cautivó a las masas y entonces los falsos pastores comprendieron que era un buen medio para medrar el disfrazarse con el manto magnífico de estas grandes palabras.

La VIRTUD—así, con mayúscula y vocingleramente—encubrió a veces mil formas de ruindad. Bajo el vocablo democracia, asomó en múltiples ocasiones sólo un innoble afán de prepotencia. Tras la fraternidad, siguieron los hombres mordiéndose como lobos. Los que más alto ondearon el oriflama de la honestidad pública, solieron traficar con sus conciencias y prostituir las ajenas. Muchos de los que voceaban libertad sólo la emplearon para dejar impune sus licencias.

Al pasar por el cauce de estas vidas, aquellas palabras se envilecieron.

¿Es fatal, sin embargo, es necesario a su esencia que estos grandes nombres concluyan por encubrir la hi-

pocresía? ¿Son rótulos sobrados de ambición y por lo tanto irrealizables?

Nacieron—como dijimos—de un afán altruísta, pequeño David ante los Goliats de los sistemas políticos absolutos en que la voluntad del monarca o del tirano constituía la suprema ley. Lucharon siglos con varia fortuna, hasta que en el XIX lograron victorias que parecían definitivas. Nuevas constituciones políticas y leyes de previsión social sellaron este triunfo. Mas, al mismo tiempo que se sobreponían a un enemigo se levantaba otro formidable: el capitalismo. Al entregar el poder-dinero en manos de unos pocos, creó nuevos amos, muchísimo más despóticos y absolutos que los reyes históricos, porque no tienen que dar cuenta a nadie del ejercicio de su poder. Amos que pagan bien los servicios del fuerte: fuerza del talento mercantil, de la técnica, del arte de servirse de los hombres y que no emplean la virtud ni el altruísmo sino cuando pueden someterlos al mejor interés de sus capitales.

Estos años han visto a la vez que el envilecimiento de las grandes palabras, la prepotencia mundial del dinero y la aparición, aquí y allá, de gobiernos tiránicos. Su coexistencia no es obra del azar.

No tendríamos fe alguna en el hombre ni en la vida, si no creyéramos que el camino de la humanidad conduce desde una barbarie que tuvo por ley sólo la fuerza bruta a una cultura en que los elementos espirituales de cada ser florezcan en toda plenitud. No importa que el advenimiento de tal cultura se halle todavía distante de muchos siglos, ni que sea condición del ideal realizado no satisfacernos, sino darnos alas para un vuelo más potente. Sabemos también que las grandes palabras—porque son signos de anhelo superiores—son concebidos por genios y luego popularizados al nivel del hombre común. Este es siempre inferior—lo somos todos—al ideal que portamos. Y

casi siempre carecemos de humildad para llevarlo. Es nuestro pecado mayor. No somos dignos de llevarlo, pero tampoco podemos renunciar a él.

El muchacho de hoy tampoco es ajeno a esta aspiración. No puede serlo, porque existe aún en el hombre más roído de egoísmo. Ha perdido la fe en las grandes palabras, porque las ha visto enfangadas. Eso es todo. Pero si no las emplea, ha de inventar otras que sean en esencia sus similares. Y tendrá sobre la generación pasada, una ventaja: la de saber qué enemigos se esconden tras su magnífico manto.

Carlos Charlin Correa.

VICENTE IZQUIERDO SANFUENTES ⁽¹⁾

(1851 - 1926)

... los mansos y humildes poseerán la tierra...

Diviso a través de la bruma del tiempo al doctor Izquierdo, allá por el año 1906, como profesor de Histología. Me aparece cual personaje de esos frescos de Puvis de Chavannes en que las figuras a la luz del atardecer o del día naciente se deslizan en actitudes plácidas. El cuadro todo es paz, no hay una pincelada violenta, una sombra fuerte, un movimiento brusco.

No es la realidad o es la realidad tamizada, idealizada por el artista.

Veníamos turbulentos y al entrar al auditorio de Histología nos humanizábamos. El profesor vestido de negro, con su cabeza ya coronada de blanco, su frente tersa, sus facciones de líneas esfumadas y sus ojos humildes, parecía un hombre conventual, que no hubiera conocido las rudezas de la lucha de la vida, entregado por entero al problema de su alma.

Hablaba con una suavidad de abate y sus modales también tenían una unción religiosa.

Caminaba a pasos quedos e inseguros. Llegaba a la pizarra y se animaba: dibujaba los tejidos con una meticulosidad, un ardor que denunciaban pasión. Real-

(1) Conferencia dada a los alumnos internos del Hospital San Borja de Santiago.

zaba su dibujo ayudándose de múltiples colores escogidos con gran cautela; usaba las tizas coloreadas como un pintor el pincel.

Mirábamos con temor el paño que iba a borrar aquella filigrana primorosa.

Allí en esa pizarra, el doctor Izquierdo nos hizo entrever la grandeza de lo infinitamente pequeño y nos tentó con la donosura misteriosa del mundo celular.

Después se acercaba, rodeado de sus alumnos, al microscopio y una llama se encendía en él. ¡Con qué fruición nos describía los detalles particulares de la preparación, el pigmento especialísimo de este núcleo o la vacuola, para él maravillosa, de este protoplasma. Levantaba la vista del microscopio y, la mirada perdida en el vacío, continuaba la descripción empezada, veía en el espacio la célula, seguía sus dentritos localmente caprichosos, que parecía tocar y hubiera querido acariciar.

Nos impresionaba el misticismo científico de nuestro profesor de Histología.

Su exposición era precisa y límpida. Cuando hacía el estudio de un órgano daba la sensación de referirse a una morada que él hubiera habitado.

Esta compenetración del profesor y de la materia enseñada y este santo entusiasmo, unidos a la claridad de la inteligencia y al equilibrio de las facultades, hicieron de Izquierdo un investigador, honra de nuestra incipiente ciencia nacional, y un maestro, orgullo de nuestra Escuela en el último tercio del siglo.

Fuí un alumno distraído de este insigne profesor y ví llegar lleno de inquietud la prueba final.

En el examen se temía a «Izquierdito», como le decíamos con irreverencia, pero con cariño.

Entraba a fondo en la materia de improviso y era imposible a una cabeza vacía atravesar la red de ma-

llas apretadas que cerraba el camino. Afablemente hacía preguntas terribles, de vida o muerte. Algunos pobres compañeros quedaban clavados en el asiento, empalidecían y la mirada angustiosa buscaba refugio en contestaciones ambiguas o fuera de cuestión, como los toreros afligidos buscan amparo en los burladeros. El examinador, sin perder su dulzura, los obligaba de nuevo a pisar la arena de la plaza diciéndoles con cortesía «parece señor que no me ha comprendido bien» y volvía a oírse la pregunta fatídica.

Su fallo se acataba con dolor en el alma y al dejar el banquillo el supliciado maldecía no al juez sino a la fatalidad, al negro destino, a ese espíritu maligno que persigue a los jóvenes distraídos y en el cual creen todas las madres y también todos los padres.

«Izquierdito» era sólo la mano inocente que esgrimía la espada de ese duende maléfico y travieso. El Doctor aquella tarde—no la olvidaré— suavemente me dirigió una estocada al corazón, «histología de la médula espinal» dijo. Esa pregunta y la del bulbo raquídeo, legendarias, hacían estremecer.

Por ventura mía las tenía preparadas (siempre me ha gustado la neurología), y chocó la punta en lo más recio de mi armadura. Fué tal la prontitud de la respuesta, la confianza del ademán, la entonación de la voz que el buen doctor envainó su espada y me dió el pase con la nota máxima.

Creo que ésta ha sido una de sus pocas injusticias y arbitrariedades.

Pasé varios años lejos de mi profesor de Histología.

Lo oía mentar a algunos miembros de mi familia, clientes suyos, y hablaban de él como de un amigo querido, como de un sacerdote, cuya presencia da valor confiado o resignación serena.

Un día fuí llamado por mi profesor. Acababa de enfermarse gravemente de la vista.

Me dirigí a casa de don Vicente con cierta emoción.

Junto con el recuerdo del maestro respetado se agolpaban en mi mente recuerdos dolorosos. Mi padre había sido su compañero de clase, y estudiando, a veces en los mismos libros pasaron los años de una juventud seria y pensadora.

Uno y otro pudieron domar sus sentidos, cuando la sangre en ebullición, con el sol de la veintena, nubla la vista y cuando el viento de la primera pasión hace postrarse, y a veces para siempre, las espigas más hermosas.

Uno y otro, cuando los demás corrían en alegre cortejo, coronados de las flores del festín, a la búsqueda del placer, uno y otro miraban el porvenir y se preparaban silenciosos a la batalla que el mañana les preparaba.

Después en la misma época habían hecho vida profesional en Santiago.

Izquierdo se me figuraba, pues, como una prolongación de mi padre, muerto diez años antes.

La casa del doctor era una casa antigua de un piso en la calle Santo Domingo, de altas paredes, de anchas ventanas y de gran portalón.

No se veía un adorno en la fría fachada. En el zaguán la misma severidad. La muralla desnuda, pintada al óleo de un color indefinido, ceniciento o gris verdoso, no ostentaba un friso, un rosetón, una guirnalda.

Esta desnudez y esta simplicidad tenían algo de claustro.

Indudablemente, pensé, ésta es la casa de un hombre que vive para sí, puertas adentro y no para el mundo.

Después de larga espera la amplia mampara de vidrios empavonados se abrió sobre un jardín de plantas esplendorosas. Aparecieron helechos de la Isla Juan Fernández, azaleas, camelias, jazmines. Algunas, las más delicadas se protegían bajo quitasoles como soberanas orientales, otras apoyaban sus brazos frágiles

y cansados en largos báculos, cual nobles de razas milenarias.

Era aquello un cántico a la pródiga madre tierra.

Desde el umbral penetraba así en otro de los secretos del señor de la casa. Al doctor Izquierdo lo animó desde la juventud, un amor a la naturaleza, que tal vez nació durante su larga estada en Alemania, pasión que, poco a poco, se convirtió en culto.

Fué el culto de su ancianidad.

Entré a una pieza a media luz, modesta y amable. Una biblioteca al fondo, retratos íntimos de familia por doquiera y sobre una mesa, cerca de la ventana, unas rosas magníficas, exuberantes de color y de forma, querían alegrar un microscopio impasible y triste como la realidad misma. En esa mesa se cumplía el voto del bardo portugués, la diafana fantasía dulcificaba la dura verdad, y parecía repetirse una ronda de ninfas en torno del viejo doctor Fausto.

El ambiente me recordaba hogares que había conocido a la orilla de la Sprea o del Rhin. Si, en casas de mis profesores de Berlín, de Freiburg, de Leipzig se respiraba esta misma atmósfera de paz profunda, propia de existencias que transcurren serenamente, sin preocupaciones económicas, sin ambiciones de riqueza o de poder, sin problemas pasionales, dedicadas por entero al trabajo intelectual, y protegidas, consoladas de las penas inherentes al roce con los demás hombres, inherentes a la vida misma, por el cálido afecto de la familia que se mantiene unida, como un haz, alrededor del jefe, del padre, del señor.

Izquierdo pasó parte de su juventud, seis a siete años en Alemania, hasta doctorarse en Medicina en la Universidad de Berlín, fué alumno preferido de Waldayer y en estos años juveniles se moldeó su personalidad definitivamente.

Tenía todas las virtudes del profesor germano: la

laboriosidad, la disciplina, la constancia, el orden, la meticulosidad, el puritanismo, la austeridad...

Yo creo que pocos chilenos se han impregnado en tal forma del espíritu universitario alemán y que pocos, muy pocos han logrado, como él, hacer florecer en Chile la planta espiritual germana.

En estas y otras disquisiciones hallábame cuando entró el doctor. Su barba estaba más blanca y su cabeza quizá menos erguida que cuando dibujaba aquellas maravillas multicolores en la pizarra de la clase de Histología.

Me recibió, no con esa gentileza que se sabe gentil de los hombres importantes y que respira magnanimidad. Hay grandes que hacen el sacrificio de su grandeza cortos instantes para ponerse al nivel del interlocutor, que comprende el sacrificio.

No me recibió con ese ademán paternal que ciertos mayores gastan con los menores y que aumenta aún más la diferencia que los separa.

No me recibió con esa atención amable en demasía que anuncia próximas mercedes por pedir.

No me recibió tampoco con esa llaneza exagerada que revela artificio y que si es espontánea tiene algo de despectivo por la despreocupación que ella significa.

Me recibió con humildad.

El doctor Izquierdo era Decano de la Facultad de Medicina, tenía tal vez y sin tal vez la situación profesional más respetable de la capital y de la República, poseía casas y haciendas, pertenecía a familia patricia.

¡Cuantos motivos de fatuidad para un espíritu hueco y un corazón pequeño!

Una sola persona en Santiago ignoraba todo esto y esa persona era don Vicente Izquierdo.

«Bienaventurados los mansos y humildes, porque ellos poseerán la tierra» escribió el evangelista.

En el primer instante me envanecí con esta acogida

y mientras mi profesor se empequeñecía me veía yo crecido e importante.

Aquello era un efecto de óptica; miraba en esos minutos el mundo con el anteojo al revés.

Cuando me retiré, con el aire fresco de la calle, volví a ver las cosas tales como son y me sentí aplastado por esta modestia franciscana ignorada de sí misma.

Y mientras caminaba y meditaba sobre la lección que, sin quererlo, mi buen profesor había dado a mi orgullo, a mi vanidad, despertados por esta consulta del Decano, tan honrosa para un especialista novel, recordaba a otros, antítesis del doctor Izquierdo, que cargados de bienes y de honores o armados del poder, reciben pleitesía de la vulgaridad y se inflan. Para estos soberbios dejó La Fontaine la deliciosa fábula del burro cargado con el viático. El buen asno se imaginó que lo adoraban y trabajo costó convencerlo del error. Sorpresa fué saber que el incienso y los cánticos eran para el santísimo que llevaba.

Izquierdo fué humilde y esta humildad ejerce una singular atracción por ser virtud rara vez encontrada en los caminos de este mundo.

Veamos algunas anécdotas que lo pintan mejor que toda palabra, tal cual era.

Un día es llamado de casa millonaria a examinar un enfermo que atendía modesto médico de barrio.

«Para qué me consultan, comentó el doctor, está en muy buenas manos, y *el colega sabe más que yo*».

En sus últimos años, la enfermedad lo hacía faltar a veces a su servicio del hospital San Vicente. La administración del establecimiento después de pensarlo mucho, se atrevió a nombrar en esa sala a otro médico con el carácter de ayudante, al Dr. Enrique Dávila, y quedó temerosa de haber molestado a don Vicente.

Pero a los pocos días el Dr. Izquierdo dijo a uno de

los administradores «estoy muy contento con el nuevo colega, *se aprende mucho con Dávila*».

Y el Dr. Dávila había sido hasta hace muy poco su alumno.

Este menosprecio de sí mismo es virtud beatífica; los más se sobreestiman, y algunos, no pocos, cuales Narcisos se miran en las aguas del estanque.

Muchos pavos reales encontró en su ruta el sencillo Dr. Izquierdo y como avecilla, se acurrucaba para dejar pasar finchados personajes de arrastrada cola, de roja y enhiesta cresta y de cabeza diminuta.

Su humildad no era de esas excelencias heroicas del poverello de Asís, espontánea brotaba del fondo de su alma como en el fondo de la quebrada brota la violeta silvestre.

Recibía distinciones, honores, beneficios, sorprendido y atribuía a caprichos, a veleidades del destino, y miraba en su derredor agradecido porque, en su ingenuidad, sospechaba que todo aquello fuera efecto de la bondad de los demás. No conocía a los hombres y se desconocía.

Otro rasgo dominante de su personalidad es un profundo buen sentido, fruto del equilibrio de sus facultades.

La sensatez y la prudencia nacieron hermanas.

Era un médico muy prudente.

Llegaba al diagnóstico despacio, a pasos medidos y una vez hallada esta primera solución, solución previa, que plantea todo caso clínico, extremaba su prudencia en la segunda etapa, la más delicada, cuando el médico se encamina de la observación, de una actitud pasiva, a la terapéutica, es decir, a la acción.

Por eso el Dios Esculapio de los griegos tiene dos símbolos: una serpiente y un gallo de cuello ágil y ojo vivo en acecho. La observación alerta y la prudencia tímida, la observación en el momento en que se está incubando el diagnóstico, y la prudencia cuando el

médico Interviene sobre el organismo e intenta cambiar el rumbo torcido que con la enfermedad ha tomado la naturaleza.

El Dr. Izquierdo era muy tímido en su terapéutica.

Los específicos con nombres sonoros, la última novedad llegada por el último barco, los ponía en cuarentena y a la postre rara vez los usaba. Prefería recetar los medicamentos conocidos, probados por la experiencia de los años y en fórmulas simples.

En su virtuosa sensatez. le bastaba tener al frente el misterio del organismo sin complicar el problema con otro misterio, el del específico de fórmula ignota.

Parecía tener siempre presente la definición de Voltaire «La medicina, decía el terrible castellano de Fernel, con una sonrisa diabólica, es el arte de introducir algo desconocido en algo aun más desconocido».

El sentido clínico, si no significa buen sentido es algo que se le parece mucho.

Esta sabia cordura, unida a sus otras cualidades, imponía su presencia en todo caso serio de la clientela de Santiago. No había junta importante sin él. Y a este propósito recuerdo otra anécdota. Caballero muy importante enfermó gravemente. La familia provocó una junta magna. Hablaron todos, menos él. Se expusieron las recientes teorías sobre la materia y se discutió a porfía. Al fin dijo «yo ignoraba muchas cosas interesantes que aquí he oído, pero si disentimos en varios puntos, en algo estaremos todos de acuerdo: el enfermo se nos muere y no sabemos de qué». Y no se habló más.

Pero no debe creerse que, en su cordura y en su modestia tuviera él ojeriza a los petulantes. Los oía y los dejaba hablar sin el asomo de una burla. Poseía un caudal de benevolencia inagotable.

Una vez se comentaba un error clínico muy sonado y todos procuraban dar un alfilerazo al colega desgra-

ciado. Don Vicente entonces a media voz recordó este pensamiento de Goethe: «Der mensch irrt so langt er lebt» (el hombre yerra mientras vive) y todos nos quedamos cabizbajos recordando nuestros errores pasados.

Cuando sorprendía un desacierto y corregía un diagnóstico buscaba circunstancias atenuantes y solía decir, su frase ya conocida *es que los colegas no tienen paciencia* queriendo significar que el error no era imputable a torpeza ni a ignorancia, sino sólo a la rapidez del examen.

Cuidaba de los enfermos del hospital con interés sumo.

Si no podía verlos el Domingo llegaba por la tarde a casa de su ayudante a indagar noticias de tal o cual caso grave.

Daré otro detalle al parecer fútil, pero de hondo alcance en verdad, porque demuestra su espíritu de fraternidad con los desvalidos.

No usaba escuche para auscultar y aplicaba directamente su cara sobre el cuerpo desnudo del paciente, en el temor que el paño blanco protector aminorara la percepción auditiva.

Fuí su médico durante varios años y tuve la crueldad de condenar a este hombre, amigo de la lectura, a no leer, y a este apasionado microscopista a olvidar para siempre su microscopio.

—¿Qué voy a hacer entonces? Me decía anonadado con unos ojos muy tristes.

Era dejar en medio del mar a un pescador sin red, sin velas y sin remos.

No leía en su casa. Se hacía leer, observaba al parecer estrictamente la recomendación médica, pero cuantas veces lo sorprendí en bibliotecas, lejos de la afectuosa tiranía del hogar, probando a hurtadillas de nuevo el placer prohibido.

Me daba disculpas, inventaba alguna mentirilla cual colegial cogido en cimarra.

Después de haber publicado valiosos trabajos sobre la flora microbiana de nuestras aguas y haber descrito especies nuevas de Infusorios, dejó el estudio de lo infinitamente pequeño y se entregó entonces al estudio de la botánica y de la zoología. Sus últimos años fueron alegrados por el entomólogo Fabre, el Homero de los insectos.

En su propiedad de campo, durante sus eternas vacaciones forzadas, repetía las experiencias del sabio francés.

Un día me contaba, animado, su última experiencia.

Conocía muy bien una especie de mariposas, pero sólo había visto hasta entonces la hembra y todos sus esfuerzos durante meses resultaron infructuosos para descubrir el macho. Sabía cuál era la forma de su cabeza, la forma de sus patas, los colores que en pintas caprichosas salpicaban sus alas, pero nunca este aparecía.

Cierta noche de verano, colocada una luz en medio del prado de su parque de San Jorge a las dos de la mañana llegó el Don Juan con su real manto a visitar a la niña que el buen doctor tenía aprisionada en un bocal de vidrio al lado de la lámpara. «Era como yo lo suponía, hermosísimo», me decía sonriendo. Y aterrizaron muchos otros tenorios caídos de las estrellas, en medio de la oscuridad silenciosa a golpearse y herirse contra la muralla de cristal. El eterno drama del amor.

El Don Juan alado sólo a altas horas de la noche salía en aventuras y estas costumbres licenciosas sorprendían mucho a don Vicente.

Otras veces me hablaba de sus plantas. Un helecho que tenía alguna de sus ramas caída y las hojas un tanto marchitas, lo preocupaba. Me llevaba a examinarlo como si se tratara de un enfermo.

La última vez que lo ví iba en viaje a su fundo; lo acompañaban dos de sus hijas; tenía apuro en llegar

para cuidar rosas recién plantadas y ordenar mariposas no clasificadas aún en su colección.

Al cabo de existencia activa como la que más, dedicada a la cátedra, al hospital, a la Beneficencia, al ejercicio profesional, a la Dirección de la Escuela de Medicina, vivió sus últimos días rindiendo culto a la naturaleza.

Después de estudiar la vida humana en todas sus fases, no se quiso ir de esta tierra sin rendir tributo a las plantas y a los insectos.

Y la naturaleza agradecida le procuró sus últimos entusiasmos, sus últimas ilusiones.

El 26 de Julio de 1926 a los 75 años de edad, se apagó la vida ejemplar de este varón justo.

Partió inmaculado, y en su túnica, después de larga caminata, ni una desgarradura, ni una sombra y sí sus pies hiriéronse en guijarros de ásperos senderos, no lo supo, no lo quiso saber o lo olvidó.

Nunca viento de pasión mezquina agitó su alma, nunca sombra de vanidad nubló su frente, nunca la ambición dió a sus ojos extraño brillo.

La serenidad residía en él como en esas cabezas de Phidias que expresan la paz profunda. La belleza que ha creado el artista está en el reposo; la armonía está en el equilibrio del alma.

Las pasiones yacen dormidas y vive sólo el hombre pensante.

¿Cómo pudo llegar Vicente Izquierdo a la cima de la colina augusta de la serenidad del poeta? ¿Cómo alcanzó esa quietud que hermoseó su vida desde la mocedad hasta la senectud?

En este mundo continuó modesto; rodeado de malicia, de la vulgaridad maliciosa, siguió con una ingenuidad de adolescente; observador atento del loco afán de lucro, como hace cincuenta años dió al dinero valor relativo.

En medio del lujo vistió como un pastor protestante.

Ante la ignorancia sentenciosa, guardó silencio; más aun, escuchó con atención la palabrería y miró sin impaciencia el énfasis del mediocre leído.

Sintió posarse sobre su hombro la mano protectora de la zonza fatuidad y no se sonrió.

Ante el círculo más y más numeroso de la envidia murmuradora no se detuvo, pero ante el error y el pecado ajeno, habló y los disculpó.

Se mantuvo incólume y el torrente corrió a sus pies sin salpicarlo.

Sólo una fuerza interior invencible pudo defender su personalidad de todo contagio.

Y esa fuerza interior, su fuerza, era la bondad y ante ella, como ante una roca, se deshacían en espuma los sentimientos bastardos que entristecen la vida de los hombres.

Para él los conocidos eran sus amigos; los rivales sus compañeros de trabajo y los enfermos eran sus parientes.

Y el noble caminante partió envuelto en su túnica blanca, dejándonos una huella; pero ¡qué difícil es seguir sus pasos...!

Mariano Picón-Salas

FANTASMAS DE LA GUERRA CRIOLLA

La guerra tropical a diferencia de otras guerras que la literatura viste de detonante púrpura emerge de mi recuerdo con un rostro lívido, amarillento como el paludismo y el kaki sucio que cubría a los soldados. Y la gente sentía venir la guerra como oliendo la atmósfera. Mi abuela que había visto ya la guerra federal, la revolución azul, la del continuismo y otras guerrecillas locales que ni alcanzaron a tener nombre, siempre la estaba pronosticando y la relacionaba con sucesos cósmicos como la aparición de los cometas, un año de malas cosechas o esos veranos largos achubascados de lentos nubarrones que de tiempo en tiempo dan al clima de Cumbres inusitada destemplanza. Pero extensa es Venezuela y la guerra puede irrumpir en Oriente o en Occidente, en la Cordillera o en el Llano. La causa de estas guerras es tan imprecisa, que Estanislao Zamora la hizo porque sufrió cuando joven del vejamen de un jefe godo y la venganza de Zamora se acubiló muchos años como jaguar que espera; la pasión contra el godo tornóse en pasión contra los godos, y por obra de los insultos que Zamora recibió el año 46 tuvimos esa guerra de los cinco años, que hizo de las ciudades de la sabana yermos rastrojos. Los propios prisioneros cavaban su sepultura. Guerra sin cuartel como esos poblachones llaneros donde la naturaleza sufre también de malaria; las casas son de un barro leproso, en la abandonada plaza que invadió la maleza rastrean unos animales, rencos caballos o flacos burros llenos de úlceras. Todos hablan del tiempo que fué, de la agricultura desaparecida, de cuando azuló el añil en los grandes tanques de mampostería de las haciendas. El tiempo pone sobre estos poblachones sus lacerantes mediodías, su cenital luz sin tregua y sus noches sobresaltadas de fuegos fatuos, de presagios, de apariciones. Os

hablan de Estanislao Zamora, de José de Jesús González, alias El Agachao, de Matías Salazar. Explican estas guerras.

Todavía a Matías Salazar le sigue por esos llanos, oscura y sofocante como un hechizo, su insatisfecha justicia de neurasténico. Matías Salazar no puede conocer el reposo; una inquietud que parece lastimarlo como verano sin lluvias, espolea su caballo, distiende al viento de la sabana su chamarreta, dobla el ala de su sombrero jipijapa y hace que los tremendos ojos negros donde se consume en combustión su energía nerviosa, se fijen en una perspectiva inalcanzable. Ese hombre pequeño y magro fué más que los altos y rubicundos caudillos de las cordilleras, el más temido para el General Guzmán Blanco. En él se da la fuga y el renunciamiento. En tierra menos eléctrica, menos nómada y propicia a la contemplación, Matías Salazar fuera ermitaño. En Venezuela le aulla un demonio de guerra, sacrificio y errancia. Un día se le ve abandonar la gran casa que tiene en Valencia, el gobierno rico del Estado, para ir a buscar la guerrilla de los matorrales. Habla a los hombres harapientos que le siguen con pasión de iluminado. ¿Pero que quiere el General Salazar? preguntan en los pueblos. ¿Qué pretende Matías? inquiere su inmediato Jefe el General Guzmán Blanco. ¿O es que cree que con cincuenta hombres palúdicos me va a quitar el mando?—Matías Salazar no quiere nada; cuando está cómodo le hacen falta las privaciones, cuando vive en la ciudad añora la estepa. Una voluntad de tragedia le aprieta en sus nudosos bejucos. Y este pobre Matías es cazado como un animal, como una bestia demoníaca y agobiada de tristeza por las tropas de Guzmán Blanco. Quienes lo apresan son sus compañeros de armas: Pulido, Pulgar, Colina.—¿Pero Matías; qué te ocurrió Matías? Matías nada puede explicar. Cuando era niño Matías en la nativa sabana lanzábase a colear los toros más bravos; atravesó los ríos de la llanura erizados de rayas e hirvientes de caimanes, la vida no tuvo para él el halago de otros caudillos: mujeres, fiestas, burbujeantes bebidas. Guzmán Blanco nos quiere comprar con sus fiestas; y Matías Salazar, el sombrío, se evadió de ellas. Nadie se preparó al sacrificio y la muerte con mayor decisión. Ahora el General Guzmán Blanco tomará venganza del díscolo Matías. Si Guzmán Blanco fuera sólo su compañero de armas podría dispensarle clemencia, pero representa la causa de la «Regeneración Liberal», cae sobre su pecho de caudillo la inmensa responsabilidad de la patria.—¡No es por mí; es por la causa! ¡Es por la causa!—exclaman disculpándose los generales que cumplirán la orden de muerte. Y

Guzmán Blanco se agazapa detrás de la celosía de una casa de Tinaquillo para ver pasar el macabro cortejo. En la plaza del pueblo se detiene la comitiva: están formados los soldados con sus máuseres enhiestos.—¿Matías Salazar, no tiene nada que pedir?—pregunta uno de los generales.—¡Que no se me vende y que se toque el Himno Nacional!

En el momento de morir Matías Salazar quería escuchar el Himno Nacional. No es que el Himno Nacional represente ninguna cosa efectiva, pero surgió de un grito de la masa; tiene esa materia caliente del pueblo levantisco, no lo ha estilizado ningún músico y conserva ese paso de marcha presuroso, anhelante donde las cornetas dan su alarido rojo y el tambor flamea como una bandera amarilla.

La seca descarga de los máuseres cierra marcialmente, como dejando el alma suspensa, los acordes del Himno Nacional. El General Guzmán Blanco desaparece de la ventana.

—¡Otro engañado!—dice después de un rato el General Guzmán Blanco. Porque lo hecho por Matías es transgresión divina, atentado irredimible contra la causa de la Regeneración Liberal.

Sin el estorbo de estos hombres nerviosos, hombres que son climas como Matías, el General Guzmán Blanco puede establecer su sólido caudillismo. Es la paz de Guzmán Blanco estacada contra el viento tempestuoso de la tierra, casi quince años. Generales, chafalotes, peinillas criollas que llevan enlazados los vivos colores de la bandera nacional. Amarillo, azul y rojo. A Guzmán Blanco se le compara con el Padre Eterno. Del Padre Eterno son las haciendas de cacao, los primeros ferrocarriles que empiezan a trepar como trenes de juguete las montañas boscosas; hasta la Iglesia, la Santa Iglesia cae en el perímetro de sus barbas. Y un día ya no quiere Arzobispos, ni Obispos ni Nuncio del Papa porque como un Califa va a poseer también el poder espiritual. Es entonces cuando estudiantes revoltosos lo adornan con el oriental título de Gran Manganzón. Cuando por fin cae, todo vuelve al Caos. Los propios hombres civiles están en nostalgia de caudillo. Hasta que acude sobre su caballo blanco un nuevo dominador. Se llama Joaquín Crespo y también es General.

Cuando Crespo murió en La Carmelera. Como la frase no es musical la voz del negro cantador alcanza diapasones im-

posibles; hace una pausa en la segunda palabra, cobra aliento y parece fundir en un calderón las cuatro últimas:

murió en La Carmelera.

Se trata de uno de esos corridos que cantan siempre en el cuartel de Cumbres. Y tengo en los versos que son prosa bárbara, oscura floración tropical del Romancero, la visión objetiva de aquel día memorable. Saboreo esta palabra tan criolla: La Carmelera, en que cabe la llanura con sus matas, la noche que llega y el pequeño caney plantado en medio de leguas y leguas de vacío horizonte.

Argimiro, el asistente mulato, ensilló el caballo de su Jefe como todos los días: y siguiendo la tradición, buen jeque de sus sabanas, el General escanció el guarapo fuerte, se terció la flotante chamarreta y clavó como para una volatería incontenible las espuelas de plata sobre la barriga del chúcaro animal:

—No se adelante mi Jefe, le dijo Argimiro, pero el panorama de sus llanuras nativas devolvía al viejo caudillo el brío juvenil.

Era ese llanero que cada tanto tiempo parte de la estepa nómada a la conquista de las ricas ciudades agrarias, de los valles fértiles, del poder civil que se alberga a la sombra de las cordilleras. En la vida venezolana ese hombre se llama José Antonio Páez, José Tadeo Monagas, Joaquín Crespo. Llega cualquier día conduciendo como un patriarca sus rebaños de hijos y de ganados; los sedentarios hombres de la ciudad le hacen las leyes que el rubrica como si disparara al aire la fulgurante espiral de un lazo, invita a los doctores capitolinos, graves y ceremoniosos, a comer el picante ajiaco o la novilla a la llanera, y en el propio palacio presidencial hace ordeñar su vaca favorita que naturalmente se llama Clavellina o Maravilla.

Pero un día cuando el caudillo llanero ya está rico y el país bajo su látigo de domador es un ható sumiso, y los hijos o los nietos al contacto de una sociedad más urbana se descastaron, el viejo General vuelve a sentir el llamado de su estepa bárbara; quiere como en su juventud galopar en caballos chúcaros, pacer sus ganados, beber el café tinto y amargo de los amaneceres llaneros, montado frente al botalón, antes de iniciar la jornada del día. Deja esa capital que según sus ideas feminiza a los hombres: y trae las barbas crecidas, esas barbas que parecieron arropar como tienda de patriarca los intereses y pasiones del clan. Bajo las barbas del caudillo, ¡qué insignificante pa-

recía el leguleyeo de los doctores, la retórica de los escribanos que traducían en frases tímidas de eutrapelia, la áspera voluntad del Jefe! A estos hombres, hombrecitos según el General, él se los apartaba con la cola como un toro bravo, los tábanos!

Y una fama que en la naturaleza del Llano se hace legendaria, le sale al paso, vuelta religión y folklore del fondo de los ranchos y los caneyes llaneros.

En la Mitología del Llano Joaquín Crespo fué el muchachito pobre que llevaba a bañar los caballos al estero: se hizo grande, fué guapo y se metió en el bolsillo a los godos. Ahora en todo rancho cuelga su litografía a la que encienden lámparas de corozo, le rezan como a un santo para que extirpe el abigeato o se descubran las onzas que enterró Macedonio Ortiz, llanero famoso.

Todo muchachito que va a bañar los caballos al estero piensa que puede ser un Joaquín Crespo.

Su nombre anda en los corridos con el nombre de Páez y del Negro Primero, y cuando sale de la jeta morada del cantador se sacuden estruendosamente las maracas, palmean las manos y alguien pide a gritos una carabina. ¡Una carabina! Guarapo con aguardiente

—Pero si mataron a Crespo en La Carmelera fué porque se había hecho masón, dice un viejo. Esos doctores de Caracas lo desgitaron. Un buen llanero aunque no tolere a los curas, debe creer en Dios o cuando menos llevar la Oración del Justo Juez prendida en la camisa.

Argimiro que se había quedado detrás arreglando su capotera, encontró al Jefe tumbado del caballo, entre la apretada macolla de las matas.

—Leguas anduvo Argimiro con el cadáver auestas, hasta que se proyectó en la desierta perspectiva infinita, el caney de las pasionarias. Suben por los pilotes del caney, como crucificándose, las flores de la pasión de Cristo. Una vieja del tiempo de Estanislao Zamora y del Agachao, agrietado el rostro como esa tierra de terremotos, cuida el caney. Pregunta quien es el muerto, y cuando rendidamente Argimiro exclama: ¡Mi General Crespo! la vieja cae en tierra santiguándose.

Se recobra para decir su arcaica alabanza:

—¡El amigo de los pobres, el llanero de más cotonía que ha salido de la sabana desde los tiempos del otro que apelaban Páez! ¡Se murió la flor de los llanos!

A las frases y oraciones de la vieja confía Argimiro el sagrado depósito, mientras parte al pueblo más cercano a descargarse de su noticia.

Aquel día Argimiro, como oscuro Angel Gabriel de nuestra Democracia, vaticinó desastres.

El nombre de Crespo tiembla en los alambres del telégrafo, llega a las ciudades hendiendo conjeturas, oscureciendo el porvenir como pesado nubarrón salido del Llano.

Propósitos y proyectos se postergan. La gente ya pregunta por el Jefe de la nueva Revolución. Y en un horizonte dudoso el año 99 despunta su rostro lívido.

El año 99 se asocia con aquel cuartel de Cumbres, la Revolución de Castro y la corneta de El Chavalo. Era esta corneta la que henchía el anuncio clamoroso de las entradas triunfales, y cuando no había guerra, la diana vigilante de todos los días que en las ciudades de provincia suele reemplazar al reloj público. Conoció El Chavalo a Castro y al General Espíritu Santo Morales—el tremendo patón Morales,— y permaneció en su oficio, modesto heraldo, que toca o anuncia lo que los demás realizarán. Para ello el arruinado Estado le pagaba la no menos ruinosa suma de ciento veinte bolívares. Cada comandante que se hacía cargo del cuartel a la cabeza de nuevas tropas, recibía como ancestral herencia un viejo loro duchado en pronunciar las más escatológicas interjecciones; un loro de horrenda imaginación sexual, y El Chavalo. Y para hacerse necesario a sus Jefes El Chavalo no sólo tocaba la corneta de insustituible manera, sino también sabía lavar y medicinar con aséptica creolina los gallos de pelea de los militares. Todo lo cual no impedía que como todos pasaban y el permanecía, El Chavalo llegara a pensar que era un hombre de influencia. Fuera testigo de tantas guerras, que en las circunvoluciones de su cerebro se imprimirían como en blanda película la entrada de las tropas, el rostro de los caudillos, los días de saqueo en la ciudad, las escenas del hospital de sangre. Parihuelas que llevan heridos, tiros de mauser que rasgan la noche, gente que se descuelga fugitiva por las altas tapias de los solares de Cumbres, labriegos que conducen amarrados a la recluta, cuadros del sitio o la ocupación, todo en el cerebro del El Chavalo se mueve fantásticamente. Último testigo que va quedando de todo suceso porque lo vió oculto tras su biombo imaginativo, que es la mejor manera de mirar. Parten las tropas, pero siempre permanece en el Cuartel de Cumbres un loro blasfemo y El Chavalo. Se destiñe el trapo tricolor en su asta bandera, mas la diana de El Chavalo no

cesa de sonar matutina, meridiana, nocturna, casi tan isócrona como el largo clamor de los gallos en los verdes solares cumbrenses. Y a El Chavalo hemos de pedir la anécdota desaparecida, el dicho gracioso o revelador, eso que no es historia, pero que arraiga en la fantasía de los hombres, más firme que toda historia. Y del Cuartel de Cumbres sale como de un sueño, El Chavalo. Es en mi evocación alto y flaco como una caña brava; viste una cerrada blusa azul, la manzana de Adán en el cuello largo emerge como una proa, el cráneo se fija en anguloso recorte; cubre sus fosas nasales un verde y menguado vello que parece acentuar la sensación de enfermedad y frío. De pronto se pone a toser.

—Está tísico de tanto tocar la corneta.

Pasa algunos días por la acera de ladrillos de mi casa. Mi madre siente piedad del pobre hombre enfermo. Invítalo conmovida a una taza de aromático café caliente. Y al amor del café, la lengua farsante de El Chavalo despliega historias.

El Chavalo pasea ese día por los corredores y pasadizos de un cuartel abandonado. Ante la proximidad de Castro, un Castro ya vencedor, escaparon hasta los presos. Tiene el recuerdo de haber tocado su diana nocturna y de haberse ido a dormir. Vió al Comandante que arrellenado en la silla de suela y enfundado en su cobija de pellón porque el frío nocturno de Cumbres suele ser muy cortante, fumaba el último Capadare de la noche.

—Buenas noches, mi Comandante.

—Buenas—rezonga aquel.

—¿Y hay noticias de la revolución? se atreve a insinuar tímidamente.

—Que Castro no pasará de Bailadores. Ud. no conoce a mi General Espíritu Santo. No en balde lo apodan El Patón. Es hombre que no afloja, tigre para el plomo y que les hará mascar el polvo a los tachirenses de Castro.

—Así sea, mi Comandante.

Pero al amanecer, un silencio profundo reina en el Cuartel. Falta ese matutino olor del café hervido en jícara que es el signo de todo día normal. Y está abierta la gran reja de hierro del Rastrillo. ¡Dios Santo, el Rastrillo! ¿Qué se habrán hecho los presos? Porque estos cuarteles provincianos son a la vez prisiones. El Chavalo teme encontrarse de pronto con uno de los salteadores que se custodiaban en el Rastrillo. Como

a tientas, para no tropezar con ninguna sombra importuna, va avanzando. Amarrado a una horqueta, en el patio interior, está un gallo. «El Flor del Apure». ¡El gallo de mi comandante el que ganó más de cuatro onzas en las últimas peleas del pueblo de San Juan! Graves deben ser las noticias para que mi Comandante haya escapado sin llevarse el gallo.

Mas el hombre debe ser filósofo. Es sentencia que El Chavalo se repite en todo decisivo instante. Y ya nada sacaría con marchar detrás de las tropas que huyeron. Es mejor esperar a Castro. El Chavalo tiene una corneta; la corneta está sucia como que hace ya cuatro o cinco años que ningun general victorioso entra en caracoleado pasitrote por las calles de Cumbres. ¡Humilde corneta de El Chavalo que en el último tiempo sólo tocó en domesticados acordes, la hora vulgar del rancho! Una épica decisión de aventura se alza en ese momento en el ánimo de El Chavalo. Empieza a limpiar la corneta; es preciso que su bronce brille festivalmente. A falta de marcial uniforme—porque los cornetas de estos cuarteles provincianos no lo requieren—El Chavalo vestirá su blusa de paño azul cerrada hacia el cuello con dos dorados mediecitos y su blando jipijapa. Desde la torrecilla de la Garita oteará el horizonte, y cuando la polvareda del Ejército de Castro ya destaque en la lejanía, los habitantes de Cumbres escucharán inflada por el hombre que está en la torre, la trompeta del Juicio Final.

Por todos los pueblos donde pasa, Castro va repartiendo títulos de Coronel. Cualquiera que le haga un servicio puede merecer tan desvalorizada gradación militar. Verdad que estos títulos si no aumentan merecimiento, lucen muy bien en los programas azules o rojos de las fiestas patronales cuando se designan capitanes de curso en las coleaduras y corridas de toros. Para ser Capitán de estas fiestas conviene el título de Coronel. Y El Chavalo en ese momento tiene ambiciones. No siempre pasa por aquellos mediterráneos pueblos andinos, repartiendo galones y preseas, un caudillo glorioso.

Piensa ahora en la frase con que concluyen todas las proclamas de Castro y que sin duda es hermosa y justifica la nueva Revolución. Castro ha dicho: «Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos». Al fervor de esas palabras mágicas se echaron a andar las multitudes. Y ya el errante polvo que remolinea en el aire y movibles sombras a la distancia, anunciaron la llegada del Ejército Restaurador.

Vive El Chavalo su momento más serio.

La entrada de las tropas siempre parece menos épica que lo que aconseja la poesía. A más de que las tropas semi nómades de Castro se han abastecido con esa hererogeneidad que produce el saqueo. Es ejército de todas las armas, desde el «chopo» de piedra, el chafalote y la peinilla hasta el mauser modernísimo. Armas blancas y armas de fuego. Y las piezas de paño de que se apoderan en las tiendas de los pueblos se desgarran para vestir a los soldados. En encontrando objeto que les guste y relumbre ante sus primitivos ojos, ya lo agregan a su indumentaria. Batiendo su ronco tambor de cuero, marcha adelante un híbrido pelotón de soldados. Rosados «guates» de la tierra fría y rostros amarillentos de las tierras cálidas. Blancos, indios y mulatos, razas indefinibles. Después, Castro y el Estado Mayor sobre briosos caballos de paso que resallan en el agudo pavimento sus sueltas herraduras. Generales cubiertos de ruanas y anudado al cuello el detonante pañuelo de madrás, no difieren mucho de otros sedentarios viajeros que atraviesan la cordillera. Si acaso la bizarría militar, se fija en la profusa labor de criolla talabartería que son sus monturas, y en el largo freno de bocado con buena obra de plata. Al centro Castro, cuyo ancho sombrero enmarca en el rostro barbado y oscuro el contorno extraño de una figura oriental. A pesar de su pequeña estatura compréndese entonces y mirándole los movibles ojos, que él debe ser el caudillo.

Por último y custodiados por cabos y sargentos de enhiestos máuseres, marchan como cortejo de reyezuelos sobre sus anchas mulas, los hacendados que Castro hizo apresar en las haciendas vecinas y que mientras suministran dinero a la Revolución, son denominados los facciosos.

Ya acampan frente al cuartel de Cumbres. Desciende Castro de su alazán y mira con orgullo el desordenado tropel que busca en la plaza provisorio acomodo.

Sobre sus mulas, casi inmóviles entre la amenazante floresta de chafalotes y fusiles, esperan los hacendados la turbia resolución que se les imponga. El carácter de Castro está hecho de sorpresas.

Uno de los custodias pregunta:

—¿Qué hacemos con los facciosos?

—Bájenlos y llévenlos bien vigilados a la Sala de Banderas, mientras yo me lavo los pies.

Entraba Castro a tan linajuda e histórica ciudad como pretende serlo Cumbres, con el plebeyo designio de lavarse los pies. Tantas leguas de abrupta cordillera le tenían magullado.

Fué en tan poco psicológico momento cuando irrumpió es-

tentórea, la corneta de El Chavalo. Cuando a la sombra de la plaza todos querían acampar, la nerviosa corneta de El Chavalo se alzaba como una orden de partida. Advierte Castro al pobre hombre que sobre la torrecilla de la garita cumple con prescendencia del mundo exterior, su decorativa función de heraldo.

—¿Quién es ese hombre? pregunta a uno de los andinos que lo rodean.

Pero el delgado Chavalo con su chaqueta azul, no estuvo antes en su experiencia visual.

—Que se calle entonces y háganlo bajar a planazos, por intruso—ordena Castro.

Y alígeros andinos, armados ángeles de la Restauración, suben a cumplir el mandato. De su épico ensueño El Chavalo despierta entre desenvainadas peinillas.

—Al General no le gusta su musiquita—díjeronle—y mejor que ponga los pies en polvorosa.

Las peinillas de los andinos venían a rasgar su sueño. Como animal ahuyentado El Chavalo desciende de la garita.

Y no pudo ser Coronel ni marchar con las tropas de Castro. Recordaba éste y otros sucesos, mientras envolvía la atmósfera gris de Cumbres en sus acordes quejumbrosos.

De pronto empezaba a toser y recostaba filialmente, contra el pecho, su vieja corneta. El Chavalo y su corneta, descoloridos náufragos de nuestras aventuras democráticas.

—Señores. La Revolución Restauradora. La causa santa de la Restauración.

En las alineadas sillas de la Sala de Banderas, donde las siete estrellas de la Federación venezolana esplenden en campo tricolor, Castro habla a los hacendados, los mismos que sus sargentos apresaron como facciosos. Había reunido allí a la más respetable delegación agrícola de la provincia, caballeros de leonadas barbas y grávidas leontinas de oro que se cruzan con decisión sobre el cuadrado chaleco. Se ven sonrosados rostros españoles que contrastan con la blancura de las barbas, figuras que parecen escapadas de los daguerreotipos. Y dominan en campos de caña dulce, de café, de cacao; disponen del agua de las vertientes montañosas. De entre ellos sólo responde don Eleuterio, el hacendado más rico y provento, cuyas frases llenas de campechana malicia tienen para los demás el sagrado sentido de un oráculo. Y al discurso de Cas-

tro—y en la imposibilidad de otra protesta—opone su rural astucia, los vocablos soltados como con indolencia, pero pican-tes de intención.

—Si, pues, General. Estamos acostumbrados a estas requisas. Ocurren en todas las revoluciones. Nos las hicieron cuando el Continuismo, cuando el Legalismo; ahora cuando la Restauración. Los agricultores damos dinero a los generales para que ellos suban a la Presidencia.

Y la manera lenta, enérgica, de mesarse las caudalosas barbas, parecía acompañar como una mímica, aquellas pala-bras.

Castro entonces se puso de pie. Daba miedo el pequeño, pero muy peludo caudillo, cuando saltaba ágil como un mono y como si fuera a precipitarse sobre las palabras de su con-trincante. La fuerza de Castro estaba en esta rapidez: otros vacilan, piensan, el se resuelve. Se le comparó con un mono, con una ardilla. Los oscuros ojos se fijaban, cargados de deci-siones indescifrables, como los ojos de un autómeta:

—Pero Uds. me confunden con otros vulgares caudillos. Si continúan en ese terreno, muy a mi pesar, los consideraré facciosos. Olvidan Uds. que a diferencia de otras tropas, las mías son muy respetuosas de la propiedad privada. Lo que pedimos es sólo en calidad de préstamo.

—Ud. perdonará, General, si por nuestra ignorancia de las cosas de la política, no siempre hacemos las debidas diferencias. Y ahora para ahorrarnos palabras, Ud. dirá en cuanto podemos servir a la Revolución Restauradora.

—Ya nos vamos entendiendo, respondió Castro, A mi tam-bién me gustan las cosas claras. Las cosas claras y el chocolate oscuro, como dicen los colombianos. Y en cuanto al préstamo, supongo que no les sería oneroso a cada uno de Uds. darme unos diez mil pesos. Como necesito asegurar el préstamo a la causa de la Restauración, ustedes se quedarán aquí conmigo mien-tras los entregan. La guerra, caballeros, impone estas medidas desagradables.

Y unos hombres de gacho sombrero pelo e - guama, sirvien-tes y espalderos de Castro, adscritos a su Estado Mayor, unos hombres a quienes el llamaba intencionadamente los «niños», marchaban a los domicilios de los hacendados conduciendo las llaves y las cartas patéticas, en demanda del dinero.

Corre el tiempo anhelante, en la Sala de Banderas. Como propaganda de la Revolución y para que los ánimos se man-tengan en tensa actitud revolucionaria, cada tanto tiempo suena un tiro de mauser.

—Si no, mis muchachos se me acobardan, dice Castro. Oír los tiros produce un efecto tónico.

Y ya llega como el tributo para un conquistador bárbaro, el dinero de los hacendados. Viene en saquitos de cáñamo que en Cumbres llaman «marusas»; en bolsas de cuero, en pequeños cofres metálicos. Como en el Cumbres de 1899 no existían Bancos, todo se apretaba en los cuatro nudos de la avaricia familiar. Ahora sobre la mesa de la Sala de Banderas, derraman los saquitos abiertos su amarilla cascada.

Llama Castro a uno de los escribientes que ponían en clara caligrafía de idioma relativamente lógico, sus atropellados designios:

—Escribiente, haga un pagaré para cada uno de estos caballeros en que reconozca la deuda que con ellos contrae el Ejército Restaurador.

Y dirigiéndose a los hacendados, en caudaloso tono de proclama:

—Caballeros: El Erario Nacional cumplirá fielmente este compromiso, cuando triunfe la causa de la Restauración y yo Governe en el Capitolio. Cada pagaré irá autorizado con mi firma.

Y puso sobre los documentos que le alargaba el Escribiente, las intrincadas curvas de la rúbrica que parecían dibujar una hamaca para que se meciera en ellas el nombre de Cipriano Castro.

Dichos pagarés, nunca cumplidos, amarillecieron como muchos papeles históricos, en los escritorios y cajas de hierro de los hacendados provincianos.

Los hombres en la tierra tropical pueden parecer insignificantes, pero las palabras son bombásticas. En la peripecia de Castro hay que buscar el efecto que le producía este nombre: Capitolio Federal. Cuando subía las cuestas y los páramos andinos, el nombre lo reconfortaba: «Cuando yo esté en el Capitolio». Y el indiecito seguía andando, bajo su ruana. Verdad que los soldados reclutaban la gente de los campos y llevábanla descargando planazos, hasta la línea de fuego. Con estos hombres de la tierra, labriegos de abultados pies por las miasmas palúdicas, masa que sigue sin preguntar y come cuando hay comida, y ayuna cuando atraviesan por un campo de cactus y pisan la dura tierra amarilla, triunfó Castro. Eran los andinos; el buen soldado andino de sus primeras proclamas.

Callados, nunca discuten las órdenes de su Jefe. Se sienten contentos cuando después de dar la batalla y ocupar el pueblo, su General los premia con una cobija de pellón. La cobija por un lado es azul, por otro es roja. El labriego habla a su cobija como a una persona: «Mi cobija; mi cobijita». Y piensa que cuando vuelva al rancho la llevará a su mujer como detonante trofeo. Con la cobija se sufren bien las fiebres tercianas; y cuando es día domingo, puede extenderse como tapete para que rueden los dados de la apuesta. Con su cuchillo, su cobija y sus dados, está satisfecho el recluta.

Ya han llegado a la capital, y mientras el General los premia, esperan tendidos en calles y plazas. Hacen su pequeño perjuicio porque son muy traviesas las manos, y el amor o una cuchillada o el robo a aquel musíú tendero, son para ellos leve distracción. Y no conocen el mezquino valor de la vida o el dinero. El peligro o el placer son las únicas cosas apetecibles. Ahora que triunfaron con su General Castro pueden festejarse. El escaso dinero o el hurtado objeto van pasando a las manos de las mujeres que les regalaron amor. ¡Que hay mujeres en Caracas! Entran a las casas de amor con sus grandes sombreros de cogollo y el chafalote siempre asido de la cintura con la banda tricolor.

Castro, entre tanto, se mantiene invisible en El Capitolio. Dicen que cuando lo observara por primera vez con su cúpula redonda y sus masas de mezcla criolla donde detrás de las cariátides en yeso aflora el barro aborigen, exclamó el caudillo:

—Se parece a la Iglesia parroquial del pueblo de Táriba donde fuí confirmado.

Y dirigiéndose al doctor que en ese momento hacía de Ministro de Hacienda:

—Doctor, me va a destinar un millón de pesos para hacer otro Capitolio. No me gusta este que los caraqueños pintaron de amarillo. Detesto ese color que es el color del miedo. Mi Capitolio ha de ser rojo como la sangre de los andinos que consumaron la Revolución Restauradora.

Pero estos andinos piden tanto, interrumpen el orden público, afean con sus trajes y rotas alpargatas la belleza de plazas y paseos, que Castro un día pronuncia una frase famosa:

—Ni cobro andinos ni pago caraqueños.

Los sofistas que ya rodeaban al General Castro hallaron en esa frase gran perspicacia política:

—El General—dijeron—pospone ante los intereses de la patria todo estrecho regionalismo.

En realidad la frase significaba otra cosa. En castellano menos retórico quería decir:—No me importa que ustedes mueran o que ustedes maten.

—¡Nos abandona el General!—dijeron los harapientos soldados.

Y como a pesar de ser pobre, no han perdido el orgullo (esto lo recuerdan a cada paso), iniciaron aquel mismo año la vuelta penosa a sus lejanas provincias. Vióseles ese año y los que siguieron por el camino de Occidente en larga romería de espectros. Entran a las pulperías del camino, sedientos de la camaza de guarapo fuerte que se les da por misericordia. Muestran a la altura del estómago una faja de sudado y deshecho cuero o una rota canana que contuvo balas. No conservan la cobija de pellón porque la dieron en pago en una posada del camino. Y os repiten la frase gloriosa:

—Yo mi blanco, pertenezco al Ejército Restaurador. Fuí de los que pelearon en Tocuyito.

Las veladas campesinas, en las distantes provincias, cuando hierve la melcocha en los rojos fondos de cobre del trapiche, se puebla merced a ellos de fantaseosos cuentos.

Pero ninguno: pies hinchados, amarillos rostros palúdicos, lacios bigotes, sentido del honor muy quisquilloso, quisiera volver a la guerra.

Sin embargo, volverán cuando nuevos caudillos aparezcan.

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

ESCRITORES IBEROAMERICANOS EN ESTADOS UNIDOS

CREO que tendrá algún interés para los lectores de ATENEA, e indudablemente lo ha de tener para los escritores que hay entre ellos, una descarnada relación de mis experiencias y observaciones personales sobre la suerte que han corrido algunos autores iberoamericanos en Estados Unidos.

Nuestra literatura era totalmente ignorada en ese país hasta no hace más de veinte años atrás. Los críticos que curioseaban en las letras extranjeras y que se asomaban, de tarde, a las de la Península, se detenían invariablemente en Cervantes y Camoens y sus contemporáneos, ni más ni menos que si se tratase de la literatura de una raza extinta, de la Atlántida, por ejemplo. Lowell, el pontífice máximo de la crítica norteamericana por más de medio siglo, no hace mención de los escritores de habla española o portuguesa de su tiempo.

La resonancia de «Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis» puso otra vez a España en el mapa de la literatura universal, por lo que se refiere a Estados Unidos. Pero fué ese un triunfo de circunstancias, un triunfo partidista preparado con más habilidad que arte, por un maestro de la publicidad, que era además un vigoroso escritor. Así vino a probarlo el hecho subsecuente de que ninguno de los mejores libros de Blasco Ibáñez, incluyendo «La Barraca», alcanzara más allá de la primera edición. Pero debe ser dicho, en honor de la memoria de Blasco, que por el ancho surco abierto por él en la áspera corteza de Yanqui-landia, se desparramaron luego otras semillas: Benavente, Eça de Queiroz, Martínez-Sierra, Valle-Inclán; y, por último, los cuatro o seis escritores iberoamericanos de que vamos a ocuparnos.

Esta manera de razonar sobre la propagación literaria no parecerá muy clara para aquellos de los lectores que no conozcan la literatura como profesión. Pero mis colegas saben de sobra cuánto influye la demanda del mercado en ciertas bogas literarias y en la orientación comercial de los editores. Antes de la estrepitosa publicidad que le trajo a Blasco en Estados Unidos el éxito de su novela de la Guerra, ni un sólo editor norteamericano se habría detenido a considerar la posibilidad de publicar una traducción de autor iberoamericano, y ni siquiera peninsular, por la sencilla razón de que no vería cómo interesar al público en nombres y aún en países ignorados por su clientela.

De ser aceptada esa explicación, deberá aceptarse también que afirme que la razón de que no haya más demanda por libros iberoamericanos en Estados Unidos, no es otra que el hecho de que ninguno de los autores traducidos hasta hoy haya tenido siquiera un mediano éxito. Comencemos cronológicamente con la novela «Canaán», del brasileño Graça-Aranha, traducido al inglés por C. Lorente y publicado en Boston hará unos quince años. La traducción es bastante aceptable, si se considera que la vibración lírica, el poder de la imaginación y el colorido del estilo del neo-lusitano sólo podrían ser adecuadamente vertidos al inglés por un Swinburne. Era la primera obra de aliento con que probábamos fortuna entre anglosajones, a menos que se incluya entre éstas la «María» del judío colombiano Isaacs, de la cual se me confesó traductor un día el redactor-jefe del «New Times», Mr. Rollo Ogden.

En cuanto a «Canaán», cayó *flat*, como ladrillo que se precipita al fondo de un pozo, entre aquel inmenso público devorador de magazines de patrón convencional. La crítica pasó por alto la obra; y una vez más la creación febril de un artista fué a parar, reseca y descolorida, en los escaparates de las librerías de ocasión, a lo largo de Madison Avenue. Allí encontré yo mi ejemplar en 1923.

Vinieron luego los «South American Tales» del uruguayo Horacio Quiroga, traducidos al inglés por Arthur Livigston. El libro apareció ilustrado, y bajo el patrocinio de un buen editor; pero aunque esos Cuentos de la Selva, trazan en la maraña de Misiones un rastro paralelo al de Kipling en la *jungle* de la India, por una razón u otra las fábulas del suramericano no interesaron a los mismos muchachos rubios que deletrean en su original las aventuras de Baghera y Riki-Tiki-Tavi. Los revis-teros de prensa acogieron generalmente bien a Quiroga en lengua inglesa, y su libro le sigue pagando una modesta renta en

dólares; pero no es esto ni la sombra de la popularidad del escritor en tierras de nuestra América.

III
La tercera tentativa toca a «La Gloria de Don Ramiro», del argentino Enrique Larreta. El libro, traducido y publicado primero en Inglaterra, llegó a Estados Unidos por intermedio del editor Dutton, el mismo de Blasco-Ibáñez. Esta meticulosa reconstrucción arcaica, tenida por un clásico de la literatura del Nuevo Mundo, no dejó rastro en Norte-América. Cuando conocí al autor en Buenos Aires, en 1927, me anunció una nueva traducción inglesa por la marquesa de Clermont-Tonnerre, que iría ilustrada por Sirio, para ser publicada en Estados Unidos; pero está a la vista que el campo no está más propicio hoy que ayer para esa clase de novelas.

Y me adelanteré a decir que ojalá el lector suspicaz no vea en esto las resultas de la indiferencia, la prevención o el menosprecio del editor norteamericano por nuestra literatura. Me bastará insistir en que los editores no son otra cosa que comerciantes deseosos de encontrar mercadería vendible, cualquiera que sea su procedencia, y que el norteamericano dedicado a la industria del libro está en esto también entre los más emprendedores y arriesgados del mundo. Autores como el mismo Blasco, el italiano Papini, el alemán Wassermann, el judío francés Maurois, el polaco Raymont, la novelista sueca Siegrid Unsedt, el noruego Hansum, el ruso Ivan Bunin (incluyendo su «Gentleman from San Francisco»), hasta las escritoras surafricanas Olive Schreiner y Ethelreda Lewis, junto con una veintena de novelistas, ensayistas y poetas inglesas de hoy, son suficientes ejemplos para probar la acogida que espera al escritor afortunado en Estados Unidos.

IV
1927
A mi paso por Buenos Aires, aquel mismo año 1927 a que ya aludí, el editor de Ricardo Güiraldes me dió un ejemplar de «Don Segundo Sombra», a fin de que lo diera a conocer en Estados Unidos. La obra estaba en toda su resonancia; su autor acababa de morir, y la conciencia argentina, desprendida de las preveniciones y rivalidades que suscita en vida el escritor, lo consagraba ya como su autor más criollo, émulo en la prosa, del Hernández del «Martín Fierro». Hice pues con él lo que había hecho con una docena de autores de nuestra lengua, dedicándole una página en «Suplemento Literario del New York Times». Conforme con lo que consideraba mi objetivo, por el momento, describí minuciosamente el ambiente donde se mueven los últimos gau-

chos, dejando tecnicismos literarios y puntos de estética para cuando el público norteamericano esté algo familiarizado con nuestro espíritu.

Al día siguiente de la publicación, recibí un telegrama y luego un llamado telefónico del consultor literario de la firma Doubleday-Doran, una refundición reciente de dos poderosas casas editoras de Nueva York. Se me pedía con anormal cortesía, que, si no era esto ponerme en grave molestia, les hiciera el favor de decirles dónde podrían procurarse un ejemplar de la novela de Güiraldes. Sabiendo que yo tenía probablemente el único ejemplar existente en dos mil leguas a la redonda, Juan de Buenalma, me apresuré a ofrecerles el mío. Pasaron días y semanas y ni noticias. Al fin, urgido por la petición de otros editores, traté de hablar con mi primer solicitante. Ni éste ni el libro parecían por ninguna parte. Tras mucho investigar, recibí carta del editor del «Bookman», John Farrar, *doctor en letras* de Doubleday-Doran, carta que guardé por mucho tiempo, y en la cual se dolían copiosamente de que todo el personal de la casa no hubiese sido suficiente para desenterrar el libro prestado. En realidad, la obra había sido desechada al primer vistazo, por no tener suficiente *kick*, vale decir, guitarreo a la española, raptos, violencia. Seguramente Mr. Farrar prefirió no guardarse la respuesta mía. La minuciosidad con que cuento estos menudos incidentes debe servir para revelar trazos de psicología nacional hartos reveladores, o déense por no escritos.

En romance claro, lo que ocurrió fué que el *lector literario* de Dutton se fué como perro a bofe sobre la novela gaucha, creyendo asegurado otro «Sheik» por el estilo del intrépido y amoroso beduino de la solterona Miss Hull, que sirviera a Valentino para encarnar una de sus creaciones cinematográficas más devastadoras entre jóvenes y viejas, y que diera a sus editores no menos pingües ganancias. Pero visto que el libro de Güiraldes era apenas una obra maestra de pintura local, algo idealizada en el hombre, pero admirablemente fiel en la naturaleza, la cordial simpatía del autor por su protagonista no podía servirle de mucho en tierras extrañas. Imagínense ustedes un jeique de poncho deshilachado, que no tiene una sola aventura amorosa a lo largo de las cuatrocientas páginas en que va recorriendo esa «pampa de velluda frente» de que nos habló su compatriota Sarmiento.

Creo necesario insistir en que sería absurdo esperar que los norteamericanos tuvieran una apreciación parecida a la nuestra en materias de arte o en cualquiera otra que no toque a los sentimientos fundamentales del individuo común. Lo que acabo

de contar va más bien a delatar su desconocimiento de nuestras características verdaderas, profundas. En «Don Segundo Sombra» no hay sin duda la suficiente acción inmediata, los incidentes espeluznantes que serían de esperar en un rincón de las Tierras Vírgenes. Todo es allí afanes cotidianos, acendrados y embellecidos en la imaginación de un escritor de raza por los capitosos recuerdos de la niñez. Hasta es posible que, de ser Güiraldes un escritor de genio, hubiese dado a esos incidentes groseros trascendencia universal y eterna, hasta donde es humanamente posible, tal como ocurre, por ejemplo, en Tarass Boulba, en Don Quijote o en Homero. Y aun así, es dudoso que sea una regla general absoluta la de que los más grandes escritores se aclimatan en todas las tierras y en todas las zonas del espíritu, y que su obra tenga la misma elocuencia en cualquiera lengua. Disquisiciones abstrusas aparte, no sería mejor hacerse esta simple pregunta: ¿Será que el genio literario del Nuevo Mundo no ha llegado todavía a esa madurez que agrada al paladar de todos los hombres?

V Poco después de lo que llevo contado, un amigo de Nueva York me prestó un librito que yo andaba buscando desde hacía tiempo: «Los de Abajo», del mejicano Mariano Azuela. Al fin, me dije, tenemos algo que les vendrá como el guante al dedo a aquellos norteamericanos cultos que gustan de un realismo concentrado, de las aguas-fuertes en la literatura! Y como el redactor de «The Nation» y el «Herald-Tribune», Mr. Lewis Gannett, me hubiera pedido varias crónicas bibliográficas, le escribí para ese diario una noticia literaria entusiasta sobre aquella pequeña gran novela de la revolución mejicana. Esta vez anduve más afortunado o más advertido en la rebusca de editor, y le facilité el libro a Knopf. Publicado al cabo de pocos meses en inglés, «Los de Abajo» tuvo buena prensa, pero sólo un mediano éxito de librería.

El triunfo de un libro de autor iberoamericano en Estados Unidos no podrá llamarse tal sino el día en que lo apadrine alguno de los tres «clubs» libreros de Nueva York. Estos grupos ofrecen al público suscripciones anuales que incluyen de doce a veinticuatro libros escogidos por un consejo literario de firmas bien acreditadas de entre el fárrago de los libros nuevos. Lo más próximos que hemos estado a ese triunfo fué cuando «El Puente de San Luis Rey», novela introspectiva y retrospectiva de asunto criollo limeño (tomado en préstamo de Merimée), alcanzó esa

distinción del Literary Guild, lo que significaba para comenzar una circulación asegurada de más de cien mil ejemplares.

Este triunfo pudo haber sido de José Eustasio Rivera, el malogrado novelista y poeta colombiano, muerto casi repentinamente en Nueva York en 1928. Allá por Junio de ese mismo año, habíamos trabado conocimiento con él en una reunión literaria y artística en que se cantaron canciones típicas mejicanas por niñas vestidas de chinas poblanas y mozas tapatías, y en el curso de la cual Rivera nos sorprendió cumpliendo al pie de la letra su desafío de poder completar de memoria cualquier párrafo de su novela «La Vorágine» con que sólo se le endilgara en la primera palabra.

Era un hombre de unos cuarenta años, fornido, ágil. Lo moreno de su cara provenía de haber sido retostado por los soles de las grandes jornadas hasta el linde de las selvas del Amazonas. La voz cadenciosa del colombiano, sus ojos velados por la melancolía, cubrían blandamente los arranques de un temperamento impulsivo y arrogante. El hombre encuadraba bien en su obra. Ese relato novelesco, desordenado y truculento, de una correría por los llanos y las marismas del Río Negro, el Casiquiari y el Orinoco, con su crueldad salvaje y sus pasajes esplendorosos—una persecución a que ponen fin los caimanes de un pantano; unos viajeros sorprendidos por un vendaval en medio a la llanura ahogada; un vuelo de garzas de dorado plumaje como vistas al trasluz de un atardecer del Trópico—no podían haber sido escritas sino por un hombre en quien la sensibilidad y la fuerza armonizaran, influenciándose recíprocamente.

Se veía que Rivera había vivido su libro antes de escribirlo. La propia anécdota que ya he contado revela que lo llevó adentro hasta que cada uno de sus rasgos se plasmó en su memoria. Y, sin embargo, cosa curiosa aunque no rara, Rivera, hombre de acción, naturaleza vehemente, sacaba más satisfacción de amor propio de su breve vida política como diputado que de su acierto como escritor. Alcanzó a presidir una comisión investigadora del petróleo en la Cámara de Diputados de Colombia; y su energía en estrujar a los que vendían el patriotismo nacional, le daba aún inmensas satisfacciones al relatar sus incidentes, si bien con ello cortó en seco su carrera política. Entonces, sintiéndose aislado en un ambiente hostil, fué cuando decidió su viaje a Nueva York.

Grande fué mi asombro del primer momento cuando vine a darme cuenta en el curso de una estrecha amistad de que el poderoso temperamento que había trazado los cuadros calientes y deslumbrantes de «La Vorágine», no tenía nada más adentro:

ni el bosquejo de otra novela, ni un cuento siquiera. Autor de un libro que igualaba por su áspero vigor y su colorido lo mejor de Horacio Quiroga, y que acaso le sobrepasaba en *élan* poético y en elocuente interpretación de las fuerzas sordas y ciegas de la naturaleza, Rivera se había vaciado literariamente en un sólo libro, se había quedado con su mente en blanco, como una recién parida después de una hemorragia mortal... Apunto el caso porque es sintomático de la breve vida literaria de la juventud iberoamericana.

Pronto hablamos con Rivera de las posibilidades de una traducción de «La Vorágine» al inglés para ofrecérsela a un editor neoyorquino. Me pidió inmediatamente, con su decisión característica, que la emprendiera yo mismo en compañía de Earle James, otro chileno, ahora redactor de la revista *Chile*. Así convinimos, pero cuando yo indiqué la conveniencia de cortar aquí y allá, torciéndole a medias el cuello a la oratoria, cuyos ecos van rebotando por todos los ámbitos de la novela, Rivera se encastilló en su intangibilidad. Yo desistí entonces, muy a mi pesar, de intervenir en la traducción, convencido de la imposibilidad de hacer pasar en pleno siglo XX y en la tierra del jazz, tiradas a lo Chateaubriand.

En una velada que le ofreció poco más tarde el capítulo español de la Universidad de Columbia, Rivera compuso para los oídos yanquis una rapsodia en prosa en que puso su declaración de fe literaria. Entonces me convencí de lo errado de mi pretensión de que un escritor ya maduro se aviniese buenamente a despojarse de sus defectos conservando todas sus cualidades intactas. Rivera estaba entre los escritores que han desarrollado su facultad auditiva por encima de las otras, como le ocurre a la mayoría de los oradores.

Como su prosa, sus versos. Heredia y Leconte de l'Isle le habían sugerido el gusto por las vastas evocaciones de la naturaleza comprimidas en la intensidad de un soneto. Nada de sutileza ni de reconditeces psicológicas en este hombre hecho de una pieza, maciza y recia como un tronco selvático. En sus evocaciones se amontonan horrores sobre horrores en una sucesión de pesadilla. La naturaleza y el hombre conspiran para hacer de la selva un cerco en que la criatura humana es alternativamente la presa y el cazador. Los hombres y mujeres de «La Vorágine» son poco más que esbozos de un Juicio Final co-torsionado por el dolor y la ferocidad.

Piénsese entonces en la dificultad de hacer a semejante escritor comprensible para un público norteamericano refinado, como es el que busca autores extranjeros. Aquellos de mis lec-

tores que conozcan la literatura inglesa, pueden tomar como punto de comparación o de contraste «The Sea and the Jungle», de H. M. Tomlinson, y podrán apreciar al instante la diferencia en el calibre de la sensibilidad y en disciplina artística entre uno y otro temperamento.

No es, pues, tan raro que un editor tras otro fueran rechazando la traducción de «La Vorágine», y que, pronto como siempre en sus resoluciones, Rivera le diera vuelta la espalda un buen día y se pusiera con igual empeño a preparar una cuarta edición de su novela en castellano. Ayudado por amigos de todas partes, reunió millares de direcciones, y solo en su departamento en una pensión rusa de la calle 73, fué amontonando las circulares y boletas de propaganda, compuestas una a una por él mismo en su maquinilla de escribir, mientras una victrola le iba recitando acompasadamente al oído sus lecciones de inglés. Planes editoriales más vastos, que abarcaban ediciones neoyorquinas de los mejores escritores de América, le comenzaban a preocupar.

El fin vino de repente y puede ser contado en pocas palabras. Fatigado por esta labor mecánica, acaso secretamente desalentado por los contratiempos de la traducción, Rivera hubo de madrugar un día desapacible de Noviembre para ir hasta las ciénagas de Nueva Jersey a despedir a su compatriota, el aviador Méndez, que debía comenzar allí un viaje que no terminaría en parte alguna conocida. De allá se trajo Rivera el germen de un resfrío, que a los tres días daba entrada a una aplopegía maligna. Gérmenes latentes en su organismo desde sus correrías por las selvas tropicales, debieron colarse por esta brecha abierta en su vigoroso organismo; y a los dos días de ser sacado inconsciente y entre convulsiones para el hospital, Rivera moría solo e ignorado en la ciudad más populosa del mundo.

—En Diciembre volveré a Colombia, me había dicho aquella primera vez que hablamos, y terminamos la velada en un cafetín de Washington Heights. Efectivamente, en los primeros días de Diciembre de ese mismo año de 1928, salía mi infortunado amigo en hombros de unos cuantos colombianos para su tierra natal, que había de recibirle en póstuma apoteosis como a tanto profeta desterrado en vida. — ERNESTO MONTENEGRO.

† 1928
N York

INTRODUCCION A LA POETICA DE ANGEL CRUCHAGA

NI el que impreca con salud de forajido, ni el que llora con gran sometimiento quedan afuera de la casa de las musas poesías. Pero aquel que ríe, ese está fuera.

La residencia de las señoras musas está acolchada de tapices agrios, y comúnmente van las Damas aderezadas de doloroso organdí. Duras y cristalinas, como verticales y sólidas aguas, son las murallas de la vivienda solemne. Y las cosechas de sus jardines no dan el resultado del verano sino que exponen la obscuridad de su misterio.

Esta es la manera, forma y sacrificio de comenzar a frecuentar las estancias de Angel de Cruchaga y de Santa María, y el modo de tropezar con sus números angélicos y dirigir sus obstinadamente lúgubres alimentos.

Como un toque de campanas negras, y con temblor y sonido diametral y augur, las palabras del mágico cruzan la soledad de Chile, tomando de la atmósfera substancias diversas de superstición y lluvia. Devoluciones, compras, edad, lo han transfigurado, vistiéndolo cada día lunar con un ropaje más sombrío, de tal manera, que repentinamente visto en la Noche y en la Casa, siniestramente despojado de atributos mortales. parecería, sin duda la estatua especial erigida en las entradas del gran recinto.

Como anillos de la temperatura del advenimiento del alba del día del otoño, los cantos de Angel se acercan a uno llenos de helada claridad, con cierto temblor extraterrestre y sublunar, vestidos con cierta piel de estrellas. Como vagos cajones de bordados y pedrerías casi abstractos, aun enredados de fulgurantes brillos, productores de una tristeza insana, parecen adaptarse de inmediato a lo previsto y presentido y a lo antiguo y amargo, a las raíces turbiamente sensibles que agujerean el ser, acumulando allí sus dolientes necesidades y su triste olvido.

Esos cajones dulces y fenomenales de la poética de Angel guardan sobre todo ojos azules de mujeres desaparecidas, grandes y fríos como ojos de extraños peces, y aun capaces de dar miradas tan largas como los arcoiris. Substancias definitivamente estelares, cometas, ciertas estrellas, lentos fenómenos celestes han dejado allí un olor de cielo, y al mismo tiempo gastados materiales decorativos como espesas alfombras destruidas, amarillentas rosas, viejas direcciones, delatan el paso muy inmóvil

del tiempo. Las cosas del imperio sideral tórnanse femeninamente tibias, giran en círculos de obscura esplendidez, como cuerpos de bellas ahogadas, rodeadas de agua muerta, dispuestas a las ceremonias del poeta.

Las vivientes y las fallecidas de Cruchaga han tenido una tiránica predisposición mortuoria, han existido tan puramente, con las manos tan gravemente puestas en el pecho, con tal acierto de posición crepuscular, detrás de una abundancia de vitrales, en tan pausado tránsito corpóreo, que más bien semejan vegetales del agua, húmedas e inmóviles florecencias.

Colores obispales y cambios de claridad alternan en su morada, y estas luces duales se suceden en perpetuo ritual. No hay el peso ni los rumores de la danza en los atrios angélicos, sino la misma población del silencio con voces y máscaras a menudo tenebrosas. De un confín a otro el movimiento del aire repite sonidos y quejas en amordazado y desesperante coro.

Enfermedades, y sueños, y seres divinos, las mezclas del hastío y de la soledad, y los aromas de ciertas flores y de ciertos países y continentes han hallado en la retórica de Angel, mayor lugar extático que en la realidad del mundo. Su mitología geográfica y sus nombres de plata como vetas de frío fuego se entrecruzan en su piedra material, en su única y favorita estatua.

Y entre los repetidos síntomas místicos de su obra tan desolada, siento su roce de lenta frecuencia actuando a mi alrededor con dominio infinito.—P A B L O N E R U D A.

Batavia, Java, Febrero de 1931.

EL DECORADO EN LA NOVELA

NO os habeis preguntado nunca cómo un escritor consigue darle a sus personajes la apariencia de la vida, a volverlos, como dice horriblemente el señor Paul Bourget, «credibles»?

Pues, por la exactitud, por la minucia y la lógica de los sentimientos que les atribuye, por la oportunidad de las reacciones en una acción inventada precisamente para realzar sus caracteres.

Convenido. He aquí, en efecto, la impresión que sacamos de un concienzudo análisis, el fruto de una serie de indicaciones convergentes que alcanzan su pleno rendimiento al final del volumen.

¿Pero antes? ¿Pero en el comienzo? Cuando aun no sabemos

lo que va a hacer el personaje, cuando no lo hemos visto actuar todavía, cuando el autor dice: *hé aquí a fulano, o fulano entra, o fulano interviene.*

Encontráis en la calle a un señor que no conocéis. Al mirarlo no se os ocurrirá ni por un segundo dudar de su realidad. Justamente porque la calle es un medio destinado al encuentro de toda suerte de seres, nuestros semejantes, a quienes no conocemos porque estamos acostumbrados a esta idea: de que en la calle, nos cruzamos con desconocidos vivos; en otros términos, porque el cuadro obra sobre nosotros de tal suerte, que nos coloca en un estado tal que todo ser humano que se presente en conformidad a ese cuadro es inmediatamente insertado en él con todos los atributos de la realidad. Es tan cierto, que la realidad del personaje está determinada, en gran parte, también por el cuadro material, que al encontrar a un amigo en un medio que no es el suyo, dudamos de su existencia, no podemos creerlo a nuestros propios ojos: «¡cómo, eres tu!» decimos.

Los hombres de teatro al presentarnos personajes de carne y hueso han sentido la necesidad de hacerlos aparecer dentro de un cuadro. Levantaron lo que llamamos *decorado*, gracias al cual el protagonista que entra en escena se siente envuelto y físicamente asegurado en esa *realidad ficticia* que crea el decorado y cuyo desarrollo no depende ahora sino de él.

Hay un decorado en la novela, hay un decorado en esas páginas pálidas, ennegrecidas de álgebra psicológica, decorado tanto más importante cuanto más delicado de establecer, puesto que los seres descarnados que por él pasean están sin apoyo, sin contactos sensibles y no gozan de ninguno de los beneficios groseros del espacio, de ninguna complicidad visual, táctil, olfativa o auditiva. ¡Creaturas inmateriales que parecía difícil situar!

Los primeros grandes novelistas atendieron a lo que más urgía. Yo hablaba hace un instante, de la calle, donde encontramos a cualquiera. Fué precisamente la calle lo que eligieron como primer decorado, o el camino; en fin, un decorado al aire libre.

Esto se debe a que, no teniendo en vista pintar personajes muy especializados, o más bien, no poseyendo un conocimiento psicológico muy avanzado de sus personajes, se quedaban en lo más general. Contaban de sus gestos, no aun de sus estados

de alma. Los gestos fácilmente se sitúan afuera, en los campos. Las canciones de gesta en las que nos place descubrir el origen de la novela, sucedían en los valles, sobre los campos de batalla, alrededor de las fortalezas, en las lizas. La más sublime de las novelas en prosa de la época feudal, *Don Quijote de la Mancha*, se desenvuelve casi siempre en los bosques, por los grandes caminos, y a menudo en los patios de las grandes posadas. Este *Don Quijote* inspira una inmensa literatura silvestre y rústica, una literatura de «camping» en la que los protagonistas se pasean sin descanso, sea que vayan hasta la isla de Robinson Crusoe, de De Foe, sea que corran en posta como en las novelas de Fielding. En Francia vemos prolongarse esta veta hasta el siglo XVIII con Lesage y el vagabundo Gil Blas.

Para el héroe simbólico conviene el decorado simbólico a la vez natural e intercambiable, un decorado típico y de gran comunicación como también lo encontramos en los novelistas de los siglos XVI y XVII. Los autores secundarios no han menester de grandes espacios para una acción que no desean demasiado movida; extreman sin embargo el convencionalismo del paisaje, alcanzando en la novela pastoral, en la de los jardines, una verdadera «esotérica» de la naturaleza. Pero así como en el cine el «metteur en scène» después de sus *extérieures* acerca más y más su máquina al personaje, hasta la intimidad; el «metteur en scène» literario presenta a su héroe cada vez más reducido, y asistimos así, en el desarrollo de la novela europea, a la localización progresiva del decorado.

Balzac es un gran novelista moderno porque en su arte sustituye al decorado anónimo y simbólico de los pastores, decorados determinadamente designados y como si dijéramos *ad hoc*. Víctor Hugo en los *Miserables* y *Notre-Dame de París* y Balzac en todas sus novelas les dan nombres a las calles y a todos los paisajes. Y no aquellos imaginarios de algún mapa de lo tierno y poético, sino los muy reales de una geografía y una topografía exactas. El cuidado excepcional, y que hoy día puede parecernos en cierta medida fastidioso, que Balzac le da a las descripciones arquitectónicas, muestra la importancia que le atribuye al decorado. Pintará larga y metódicamente las casas «(La maison du chat qui pelotte», «Le père Goriot», etc.), como Hugo pintaba monumentos «(Notre-Dame)». Stendhal, por su parte, describirá detalladamente por todos sus costados, la prisión de Fabricio en «La Chartreuse de Parme». Hacia la mis-

ma época, del otro lado de la Mancha, Carlos Dickens se singularizará en la pintura de las escuelas inglesas, de las habitaciones populares. (Nicolás Nickleby, David Copperfield, Little Dorrit.) En este caso la imaginación ha precedido a la reflexión. Estos novelistas que levantan las casas antes de los habitantes como si se pudiera decir: «tal casa, tal personaje», han previsto la famosa teoría de Taine: «el arte es un producto como el vitriolo o el azúcar».

Pero esto no era sino el primer paso. Esa fijación de los antiguos decorados naturales movibles, esa *petrificación* de los decorados a la que acabamos de asistir no hace más que encaminarnos hacia una mayor singularidad.

A fines del siglo XIX los novelistas psicólogos, aquellos que se las dan de más refinados en materia de análisis, se ponen a pintar las piezas de sus héroes y hasta sus muebles. Paul Bourget, ya nombrado, se ha hecho célebre por la seriedad con que describe un «boudoir» femenino o un salón mundano. Marcel Proust ha usado este método con mayor elegancia.

En otro orden de decorados, Zola bosqueja trivialmente cuadros de «*Assommoirs*» o de pozos de minas. Guy de Maupassant fotografía cuartos de prostíbulos.

Toda una escuela decadente de novelistas que toman el procedimiento, el medio literario por un fin, ha llegado aún hasta especializarse en el dibujo de *los objetos*, de las vitrinas, de las chucherías que suelen adornar una pieza, o de las joyas, peinetas, y abanicos que llevan sus heroínas. Todo eso ha constituido una modalidad en el arte novelesco.

No nos detengamos. Estamos ya cerca del personaje, puede decirse que casi lo tocamos.

Existen y tenemos sus trajes, sus pieles!... Ahí están. Marcel Proust los ha descrito (vestidos de Madame de Guermantes).—Hay todavía la piel del personaje, sus huesos, sus músculos!... Todo eso, sin embargo ha sido construido. La literatura deportiva se ocupa de ello.

¿Qué es lo que queda entonces?

Pues, el personaje mismo!...

Y hémos aquí en el umbral de *la última literatura*.

Este trabajo de acercamiento, esta manera de ir enfocando más estrechamente, tenía por objeto, a pesar de que lo ignoran aún los que a ello se dedican, acercarnos al héroe de la novela. Quiero decir: al héroe de novela en su realidad fundamental,

no héroe figurado, o como nos lo figuramos mirándolo desde el exterior.

Llamo autor moderno a aquel que al desistir de todo artificio de fotogenia se coloca en lo *interior* de su héroe. Y que, al colocarse y colocarnos en el interior del héroe no necesita ya de decorados para situarlo.

La aproximación histórica atestiguaba una gran timidez del novelista para acercarse a sus personajes. ¿Se podía acaso, de buenas a primeras, poner manos sobre estas nobles gentes, arriesgando espantarlas? ¿No acostumbramos saludar al monarca con genuflecciones y respetuosas inclinaciones, apenas pasado el umbral, antes de llegar a su intimidad? Procedimiento anticuado. La etiqueta es ahora superflua y hénos aquí en el corazón de la audiencia.

Confieso que me es imposible leer sin grandes risotadas las novelas del señor Paul Bourget, en las que son minuciosamente examinados todos los detalles del decorado físico o genealógico de un personaje. ¿Para que tantas reverencias?—me dan ganas de preguntar—¿No se atreve Ud. a acercársele franca, directamente? Quizás sea yo injusto, (aunque no lo creo), quizás si en la época en que escribía Paul Bourget se necesitaba todavía de cierta prudencia. En todo caso el joven escritor de nuestros días que se entrega a tales muestras de cortesía pueril me hace pensar en una nueva especie de *plesiosauros de la literatura*, monstruos prehistóricos henchidos de pesadez.

El autor moderno reemplaza la descripción del decorado por la *alusión al decorado*. Ya no encontramos en él aquellos interminables inventarios, aquellas exposiciones y exhibiciones caras al antiguo narrador. Por lo mismo que el viejo narrador le ha abierto la vía, ha desembrollado el fondo de antigüedades de la tienda literaria. Es inútil, mi buen señor,—le gritamos al neo-naturalista que aun se pierde en enumeraciones circunstanciadas, en explicaciones previas—¡es inútil! ¡ya sabemos! Sabemos por el señor P. Bourget que tal dama de sociedad vive en un «boudoir» de tal color y de tal precio, por E. Zola que la burguesita hace sus compras en «Au bonheur des Dames» y por el señor Henri Bordeaux que la beata habita en provincia a dos pasos del presbiterio. ¡Basta! Basta con que nos lo indiquéis al pasar. Hénos ahora informados, podéis enseñarnos vuestra habilidad y lucir nuevas gracias.

La rapidez, el conocimiento de lo sobrentendido, de lo que no ha menester ya ser enunciado y de lo que debe, al contrario, ser recordado, caracterizan al escritor del siglo. En el cuento de Paul Morand que se publicó en «Le Crapuinllot» del 16 de

Agosto (1924) el autor siente tan evidentemente que la descripción del decorado no es sino una *precaución oratoria*, que al fijar aquel en que se mueve su celeste Julie, lo coloca al comienzo entre paréntesis. Y el relato comienza sólo después.

Hablo seriamente. Si mi teoría es justa deberá ella facilitarnos lo que en matemáticas llamamos una demostración por el absurdo, o por lo irreal.

Héla aquí:

Declarábamos hace poco que el personaje dependía del decorado al que estaba estrechamente ligado. Si ahora se ha realizado en sí mismo, si se ha libertado del decorado, para gozar plenamente de la independencia conquistada, para desarrollar todas las posibilidades de existencia que siente en él y que acaban de serle reveladas, no estará acaso tentado de sustraerse más completamente todavía a la huella del decorado y, dando vueltas del revés la situación, en vez de seguir la imagen de un decorado, suscitar decorados a su imagen?

Es exactamente lo que pasa en los libros de Giraudoux, de Arnoux, de Supervielle y otros, donde vemos al autor, no ya crear personajes en función de un decorado, sino hacer variar los decorados en función del personaje, imaginando, pues, paisajes de anticipación, de cuento, o de pura fantasía.

Paralelismo.—La evolución del decorado que acabamos de seguir en la novela, se verifica igualmente en el teatro, con esta particularidad: que sus etapas preceden a las de las novelas, ya que el teatro es un género anterior.

El decorado teatral se levanta primero al aire libre, en la plaza pública. Es el «Milagro», luego el «Misterio» de la Edad Media (época vagabunda de la novela).

En la época clásica el teatro penetra en la casa. El autor se mueve en un escenario de corte, mezclado a los espectadores.

La utilización del proscenio va a aislar al actor del espectador. Ella corresponde a la claustración del personaje de novela en el cuarto o el salón.

Los «metteurs en scène» más adelantados suprimen los decorados fijos y minuciosos de los realistas. Un cortinaje, una mancha de color figuran la alusión al decorado que observamos en la novela.

En fin el cinema viene a darle al «metteur en scène» la posibilidad de una infinita movilidad de decorados puramente imaginarios.

Quizá la importancia creciente del papel del hombre sobre la tierra, y la manera como procede sobre el planeta le inspiren esta idea: que puede también formar a su antojo los decorados de sus acciones ficticias.

Y tal vez este estudio de apariencia gratuita, arbitraria, «literaria», se funde por consiguiente sobre una vista prosaica y bien real de la historia, presentando el arte a la vez que como un reflejo y como un fin de la vida, como su sombra y su luz.

En cuanto a esto, el lector, más malicioso que yo, lo ha adivinado antes que lo escriba.—DOMINIQUE BRAGA.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

LA CUESTION DE LA LITERATURA PROLETARIA

MIS lectores de la América Latina están suficientemente informados acerca de los movimientos de ideas que se producen en Francia y en Europa y que le han permitido conocer la notable importancia que tiene actualmente en el viejo mundo la cuestión de la literatura proletaria. Yo quisiera, sin embargo, aportar a este tema algunas consideraciones.

Así, hay mucha confusión en los comentarios que suscita esta nueva modalidad de la literatura y del arte. Es curioso constatar que no estamos aún bien de acuerdo sobre los caracteres fundamentales de la literatura proletaria ni aun sobre su definición precisa.

Es necesario, desde luego, observar que la crítica se ejerce por lo común en obras realizadas sobre un movimiento cuyo desarrollo ha arrojado ya algún resultado. Luego la literatura proletaria está aún, si así se puede decir, en el estado de sueño o por lo menos de bosquejo. Está en formación. Es más o menos explícitamente la expresión de una modificación social virtual, en poder y en gestación, en la mayoría de los países.

Por lo demás estas consideraciones preliminares no están integralmente aceptadas por todos los que disertan en nuestra época sobre literatura proletaria. Por lo tanto, es de urgencia tratar de limitarla en una fórmula clara.

No hay que confundirla con ésta nueva escuela que llaman el *populismo* y que los críticos serios consideran demasiado artificial y superficial. El programa del populismo es inconsistente y parece haber sufrido ya modificaciones según las oportunidades. Se puede decir que esta secta, al rededor de la cual se hace una propaganda desproporcionada para el interés que ofrece, tiene por directiva un retorno bastante tímido, bastante vago y bastante banal a las «clases populares», en oposición al snobismo de las clases ricas, tratado por la literatura de los Paul Bourget, de los Marcel Presvost, de los Marcel Proust, etc., etc... El populismo preconiza igualmente una cierta simplificación en el estudio psicológico y analítico de los personajes. Todo esto no dice gran cosa y no constituye un cuadro suficientemente preciso para un movimiento que pretende ser nuevo y original.

Una revista «*Le Nouvel Age*», pretende defender la literatura proletaria. Está dirigida por un escritor audaz y perfectamente leal, Henri Pulaille. Pero es extremadamente difícil determinar la posición de «*Le Nouvel Age*», después de la obra de crítica de Pulaille, libro del cual la revista en cuestión no es más que el prolongamiento periódico, una fórmula satisfactoria de la literatura proletaria. Sólo se desprenden de ella ciertas tendencias obreristas y de simplificación de fórmula.

Sin embargo las diversas discusiones que ya se han producido permiten fijar algunos puntos de esta literatura proletaria cuya necesidad se advierte y cuyo empuje se vislumbra, se prevee, pero no se consigue encerrar en una definición. No parece sino que cada cual tuviera su literatura proletaria particular.

La literatura proletaria no es exclusivamente aquella que haría un obrero, y no puede ser sólo esa, como «*Le Nouvel Age*» se obstina en creerlo. No se puede decir tampoco que sea aquella que describe la vida de los obreros. Estas dos restricciones son tan pueriles la una como la otra, porque un escritor obrero puede imitar el arte burgués y el más refinado burgués puede describir la vida de los obreros. En cuanto a la forma, al estilo, —simple, sin sutileza,—es una condición indispensable, pero no suficiente.

Así, pues, tenemos que no hay medios de determinar con alguna precisión lo que puede y debe ser la literatura proletaria, sin considerarla como aquella que se dedica a describir la *vida colectiva*, a ser una literatura «de montón», reaccionando contra el individualismo exagerado de los escritores de moda de nuestro período de decadencia. Es igualmente manifiesto que uno de sus rasgos característicos debe ser el de

adherir al movimiento social y de adquirir, por ese aspecto, significación y peso en la lucha de reivindicación de las multitudes contra la explotación de las clases privilegiadas. Por consiguiente, literatura revolucionaria, en reacción contra la conformidad de los autores académicos y la anarquía de los campeones del arte por el arte.

En consecuencia, la literatura proletaria debe ser aquella de las grandes uniones humanas. Es imposible describir las multitudes del trabajo y de la guerra sin mostrar sus aspiraciones profundas y sus objetivos. Además hay leyes que rigen a las multitudes y no se puede hacer vivir a éstas por la evocación artística sin que de esas leyes se desprendan las propias multitudes. De grado o por fuerza la literatura toca a la sociología, a la moral social, y por ese lado, a la política, por lógica y lealtad.

Por lo demás esto es la consecuencia racional del progreso mismo de la literatura y del perfeccionamiento de los modos de expresión. Cada día con mayor fuerza, a través de la historia del hombre, el realismo ha penetrado en el arte como ha penetrado en el espíritu humano, cuyos procedimientos de investigación y fuerzas creadoras ha disciplinado y organizado poco a poco, en el transcurso de las edades.

El desorden de las épocas primitivas ha sido sustituido, poco a poco, por un orden inteligente. El conocimiento se ha hecho cada día más científico, y el positivismo de los sabios ha penetrado cada vez más en todas las manifestaciones del espíritu. La literatura se ha vuelto cada día menos desordenada y fantasista. Ha encontrado cimientos mediante métodos de observación y de destrucción, sentido experimental, noción del lugar que ocupa una manifestación de la vida en el conjunto de la vida misma y de las relaciones de las diversas costumbres. Asistimos hoy día a la influencia del espíritu científico en la literatura, influencia que ya ha dado el realismo y el naturalismo. Vemos igualmente que el escritor se siente dueño de una misión moral y social, después de la ola desordenada y brillante de la literatura ficticia de estos últimos años.

Es necesario comprender, cuando se evocan así las grandes líneas esenciales de esta eclosión, de la cual sólo tenemos ciertos signos precursores, que se trata de un perfeccionamiento que está en el orden de las cosas, y que, como el resto, las creaciones del espíritu se unen cada día más rigurosamente a las grandes fatalidades positivas que dominan y empujan a la humanidad.—HENRI BARBUSSE.

Exclusivo para *Atenea*, en Chile.

LA ODISEA DE UN NOVELISTA

MARIANO Picón Salas es el novelista más representativo de la tragedia civil de Venezuela. Sin la intensidad ni el patetismo de Pocaterra, el terrífico relator de peripecias dantescas y de tragedias brutales, lo aventaja por su técnica nueva, por su concepto audaz de la novela, por la raíz poética de su prosa.

La literatura venezolana es tremendamente romántica. Ni el propio Pocaterra se desprende de tal caparazón, que le da un colorido arcaico a muchas páginas que salvará el hondísimo acento doloroso. Nadie se escapa en Venezuela del imperativo civil; unos se sacan la túnica cívica y se colocan el uniforme del plumario como el decrépito Gil Fortoul y Vallenilla Lanz, a quien el inverecundo Blanco Fombona apellida Bacinilla Lanz; otros, los más representativos, comen el pan magrísimo del destierro. Colombia está llena de venezolanos, hasta el extremo de que en Cúcuta, pueblo fronterizo, hay más deportados voluntarios o reales que habitantes nativos. En París se hallan los criollos de abolengo, los rígidos «*patiquines*», en cuyos cenáculos pontifica sobre mundología la señora Teresa de la Parra. Por fin, en el vasto continente americano, sobre todo en las universidades yanquis, permanece la flor de la juventud venezolana al aguaito de la tierra abrumada por el despotismo más brutal que recuerda la historia.

Picón Salas, nuevo Ulises de cultura humanística, experimentó la odisea que en su novela entrega más de un secreto nativo.

Ha preferido para hacerla una nueva técnica de planos superpuestos, donde, poco a poco, se justifica históricamente el advenimiento de Juan Vicente.

Primero fué Venezuela un sitio de porfiadas luchas hasta que un régimen civil conservador de hombres letrados y juriscultos, reemplaza a los padres de la patria. De paso diremos que, en América, los padres de la patria fueron tentados por la autoridad y solían terminar sus días como arbitrarios mandones que se colocaban bandas presidenciales sobre los andinos ponchos y los raídos uniformes que marcó el balazo español.

Picón explica admirablemente la manera propia de su libro al decir, en el prólogo, que le agradaría verlo leer «*de adentro hacia afuera*». Y eso es lo mejor que podemos hacer al penetrar en esta apretada área de pasión, cuya fibra americana es inconfundible. Picón prefiere a la crudeza y al dramatismo ten-

dencioso de Pocaterra, romántico de origen como su actitud vital, una postura que podría definirse como la *geografía lírica del trópico*. Los planos del relato sucedense en tal forma que llegamos sin sentirlo al riñón político y a la medulosa pasión del cuadro inicial.

Relación con las Antillas tiene algo barroco, propenso al costumbrismo, pero sin el costumbrismo. Ahí sacan su genealogía los personajes. Se avivan estampas valleinclanescas en unos parajes donairosos, con finas palmeras y criollas aguitarradas. Lo negro tiene un colorido donoso que Picón aprovecha con su avizor sentido de las proporciones. Es subjetivo y poético. Hinca sus raíces y logra atisbos certeros en el preambiente de los postreros relatos. Va justificando con el doble instinto del artista y del literato lo que vendrá después: el drama civil, el desplazamiento del criollo rico y letrado por el soldadote andino, de amplia ruana y de sombrero agresivo.

Nótase en el relato primero un dominio de la técnica novelesca que destiñe a la narración de todo lo episódico, de cuanto signifique anécdota manida, abuso del costumbrismo, simple dependencia a las tres unidades clásicas.

La geografía lírica tiene allí su lugar. Se combina finamente la referencia pintoresca, el dominio de lo histórico y hasta la geografía humana, v gr: «la evocación de Cartagena», con su larga sequía y el inaguantable calor; Río Hacha, ciudad campamento, poblada con improvisados edificios; Saint Thomas, islote de contrabandos y el Caribe, con su prodigioso contenido, sus alevés enfermedades y sus recuerdos piráticos.

En tiempos federales surge un poeta sugerente, que evoca tiempos muy duros de la Venezuela republicana, ya semi ahogada entre los militares *fotutos*.

El estilo de Picón cobra allí ese acento tan suyo, mezcla ardiente de trópico sanguinoso y de firmes disciplinas clásicas. Un adjetivo valleinclanescos aparece al lado de cuatro líneas sobrias como una visión de Humboldt.

Tintinean sobre el pavimento, *aferrallan* el pavimento, las grandes espuelas del viejo Juan Araújo. El viejo Juan Araújo viene arrastrando su cobija paramera, alto y barbudo como la montaña, seguido de sus diez hijos, a pedirle justicia al Presidente del Estado un día de 1882....

Nuestro novelista busca el color y hace incursiones en la botánica. Evoca la malagueta, la vainilla y saca partido del frondoso mundo tropical con sus variadas aves y sus inagotables arbustos.

¡Cuán sincero es el tono de este relato, que se tiñe de drama-

tismo o se desvanece en íntimo fervor patriótico! El aleve criollo saca su cabeza hirsuta y contrasta con esas doncellonas católicas y solteras, que huyen de la furia federal. Bien graduada la emoción entre el paisaje llanero y el primer paisaje andino. Entre estos dos paisajes, en pugna, con dos climas y dos actitudes vitales, parece girar, en ocasiones, la historia de Venezuela.

Entre andinos y llaneros, como el «pinto» y el «paro» de los arrieros que se encuentran en el alto de la cuesta, se desmontan, se afirman el puñal en el cinturón y extienden sus dados sobre la cobija como en un tapete, se había echado a rodar nuestro destino civil.

Picón trasiega en el habla popular, vibrante de contenido tendencioso. Busca su intención, labra vocablos finos y saca adjetivos de una americanidad capaz de convencer hasta a los tozudos críticos parisinos de Chile.

La piedra montañesa es más firme y hostil. Los hombres, más reconcentrados.

En dos palabras se crea un paisaje psicológico.

La casuística andina es terrible. Una revolución se llama «hacer una travesura» y matar a un enemigo político «despachar el asunto». Las montañas de Venezuela están llenas de estos sumarísimos episodios que despueblan de adversarios y hacen tremolar el machete como único principio indiscutible.

De repente salen a relucir los cuchillos. «Cuidado; lo perjudico con el palillo de dientes», dicen a los pulperos... Y el pulpero suelta la mercancía sin chistar, mientras en una revuelta del camino se ha perdido el sombrerón domeñador de hirsuta pelambreira.

Los andinos son terribles y de sus inexpugnables montañas suelen bajar a «hacerle la travesura» a don Juan Vicente, cuya psicología astuta tiene los secretos del andinismo político, como la tuvo también el brioso «Cabito» Cipriano Castro.

Picón exhala un quejido de hombre civil cuando ve el estéril sacrificio de los que luchan por una inalcanzable legalidad y por un derecho agujereado por los machetes y balazos. Es admirable y poético ese personaje Don Juan de Dios, viejo hombre de principios, que se mete en cama cuando ve naufragando toda la constitucionalidad de Venezuela. Y se queda en el lecho, sin ver y recibir a nadie, fuera de Verónica, viejísima criada, que le sirve tisanas, hasta su muerte. El novelista cierra ese maestro capítulo con esta frase vigorosa evocadora:

Muerte apacible y sin agonía de los hombres que trabajaron por la ina-

sible justicia; muerte que llegaba sin angustia ni afán, como el sueño a los ojos cansados de vigilancia.

Odisea de un novelista es este pletórico libro de Picón. Su sensibilidad lo lleva por un laberinto de evocaciones, preñadas de plasticidad y así, deriva en la terrible época contemporánea en que el odiseo máximo, Riolid, deja a su patria, después del estéril fracaso del General Cachete e' Plata.

Los soldados de la revolución arrasan con todo. Los villorrios se despueblan, las mujeres huyen despavoridas, las que se quedan son violadas brutalmente. Venezuela retorna al régimen feudal, del ható. Un caudillo inmisericorde se ha trepado a la suprema magistratura. «Donde llegan esos «paisas»—ha dicho un personaje de la *Odisea*—, nadie más «pelecha». Así esta hoy la patria de Bolívar y de Bello. Nadie «pelecha» sino el General y su abigarrado y cortesano cotarro de mulatillos, de doctorcitos y de escribidores áulicos. Los métodos de expoliación son variados y fecundos en terrorismo. He aquí uno: la sagrada. El novelista nos lo explica: «La sagrada» es una institución que sólo podían inventar los macheteros andinos. Un tropel de soldados se instala en la hacienda, con amplias facultades de gastar y destruir lo que exista. Pertenecer a la «sagrada» es vivir en permanente festín, los soldados se reponen de su ordinario y mal rancho. *Donde ellos pasan, el barbecho se convierte en rastrojo.*

¿Y qué decir del creador de la suprema «sagrada», de la que hoy tiene domeñado al país bajo una expoliación ilímite como un llano de la patria? El novelista se encarga también de pintarlo cáusticamente: «El General Gómez, como buen hombre de montaña, es prolífico; todo su fósforo se transformó en descendencia.» (Pág. 145).

Sus hombres de confianza son abogados famélicos, criollos ávidos, explotadores ambiciosos. Riolid, el protagonista, los define así: «Y las leyes en Caracas las explicaban unos hombres hepáticos y entristecidos por la sumisión y hasta por el clima».

Odisea de Tierra Firme constituye un nuevo diagnóstico de América. Es una novela hermana de *Sangre en el trópico* de Hernán Robleto y de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra. En sus páginas hay acentos coloristas y sinceros y una hábil mezcla de fantasía y de realismo, vigorosamente condimentado con una prosa moderna e imaginista. En cuanto a la técnica revélase Picón un sagaz entendido en esa superposición de planos que aleja de la anécdota infecunda y que saca del ensueño el fino esmalte poético. Técnica de arabesco y de bordados, de volutas y decorados del buen barroco.

Barroquismo es el suyo que tiene de lo clásico unidad de intención y lo eternamente actual que es su esencia.

La novela de Sud-América se acrecenta con un relato de fantasía y de ensueño, que a la vez levanta una poderosa protesta: la de esos blancos de Tierra Firme, que aun aguardan los hombres nuevos.

Hombres nuevos como éste son los que necesita América y también libros novedosos y eficaces por su sentido social, hermano de un arte deleitoso que anima páginas de un relieve insuperado en el relato actual del continente.—RICARDO A. LATCHAM.

LOS CAUDILLOS BARBAROS

EN el libro de Alcides Arguedas, *Los Caudillos Bárbaros*, hay un copioso material para el estudio de las revoluciones bolivianas. Los dos caudillos más bárbaros y sanguinarios, Mariano Melgarejo y Agustín Morales, cuyos estudios componen este libro, están tratados por el escritor boliviano con nutrida documentación. Para fijar el cuadro en que deben moverse, Arguedas es implacable con su raza.

La característica principal del cholo en Bolivia—dice—es obrar bajamente como la del burgués en Francia, según Flaubert, es pensar bajamente. El cholo de levita o de chaqueta—lo hemos dicho en otra parte—el cholo en suma, jamás en ningún momento turba su conciencia, preguntándose si un acto es o no moral.

La deslealtad, la mentira, la cobardía, el engaño y la simulación son todos los recursos que en su ingenio encuentra el cholo para llegar donde se propone.

y más adelante:

Los rasgos fundamentales de la casta criolla en Bolivia son de tal manera enrevesados y complejos que cuando un personaje vistoso o un caudillo invoca los conceptos de honor y lealtad para dar explicaciones de su conducta en un momento dado, o cuando bajo la fe de caballero, escribe afirmando una cosa o la proclama en documento oficial, es signo inequívoco de que justamente va obrando o ha obrado en sentido opuesto y contra el honor, el deber y la lealtad...

Con estos trazos, de carácter general, en que se adivina un poco la psicología de Sud-América. está pintado Melgarejo. La característica principal de su temperamento era la deslealtad. Su ascensión al poder está jalonada de traiciones y de emboscadas. Tenía una audacia loca y fulminante. Sublevaba los

regimientos y las guarniciones y una atmósfera temeraria envolvía ya como una leyenda su prestigio de soldado. Se le tenía por la columna más firme del régimen en el instante en que los partidos *belcista* y *rojo* se hacían cruda guerra. Bolivia había visto sucederse en el gobierno a una serie de caudillos que no habían sido elegidos por el voto plebiscitario de los electores, sino por la simple audacia. De los caudillos militares gobernantes, sólo Santa Cruz, expresa Arguedas, tuvo una concepción más o menos cabal de la delicada misión y de la alta responsabilidad que pesa sobre los conductores de pueblos. Los otros ejercieron el mando con la misma desenvoltura con que podrían administrar una hacienda heredada, imponiendo siempre a su capricho las necesidades públicas, preocupándose más de satisfacer las exigencias de su vanidad pueril de ostentación, que de preparar elementos para el manejo acertado de los negocios generales.

Melgarejo era rudo, ignorante, violento, sensual, arbitrario. Abandonado en la adolescencia a la fuerza de sus instintos, tomó el camino del cuartel. En Bolivia no había por ese tiempo otra perspectiva, para los mozos ambiciosos que sentían al mismo tiempo, la necesidad de hacer fortuna. En su aspecto físico, Melgarejo tenía marcados los rasgos de su ascendencia mestiza: color moreno y pálido, la nariz ancha y aplastada, los ojos de color indefinible, entre pardos y castaños, medio hundidos en las órbitas, de párpados carnosos y arrugados, los labios gruesos y sensuales, los pómulos salientes; una frente de simio, deprimida y estrecha en lo alto y una barba espesa, larga y abundante de pelo áspero.

No le importaba al caudillo sino su satisfacción personal. En una reunión alguien había insinuado una vez que la situación de fuerza que el detentaba, tendría término. Melgarejo respondió con brutalidad:

—«Mandaré en Bolivia hasta que me dé la gana y al primero que me la quiera jugar, lo hago patalear en media plaza...»

Otro día en un banquete oficial, interrumpió con descaro a un miembro del tribunal superior de la Paz que tuvo la osadía de insinuar el respeto a la Constitución:

—«Oiga Ud.: el que manda, manda y cartuchera al cañón...»

Porque para Melgarejo, la Constitución era un simple papel, aun cuando a veces solía aparentar que le interesaba mucho.

El sexenio de Melgarejo es una de las páginas más atroces de la vida política americana. El alcohol y la sensualidad fueron los vicios predominantes en la vida del bárbaro iletrado. En estado de ebriedad, que era lo frecuente, cargaba en los com-

bates o asesinaba. Sin embargo cuando conservaba el equilibrio de sus facultades y los contratiempos no turbaban su espíritu, se mostraba expansivo, afectuoso y hasta chispeante. Así lo vió Carlos Walker Martínez al que Melgarejo distinguía con especial afección.

Arguedas carga la mano sobre la misión diplomática chilena en Bolivia que en ese tiempo presidía don Aniceto Vergara Albano. Ese período de nuestra historia diplomática, está pintado por el escritor boliviano con trazos rudos y desdeñosos, y hasta pintorescos. En realidad todo en el período de Melgarejo es trágico y pintoresco. Las tiranías suelen no dejar otra cosa a los países que un montón de anécdotas y una porción de mentiras sabiamente urdidas, que la historia desenreda, poco a poco, y pone a luz en toda su desnudez.

Llevaban su espíritu de condescendencia—escribe Arguedas refiriéndose a Vergara y a Walker—y de sumisión hasta prestarse a seguir en todos los saltos de humor del soldado, variable como sus modales, sometidos, a su vez al número de copas bebidas y realizaban actos de excentricidad explicables en gentes de una misma esfera social, pero que chocan aun cuando se explican también, en aquellas revestidas de carácter representativo.

Y añade una anécdota en un almuerzo en palacio:

Era el Jueves Santo y en los salones del palacio había los representantes diplomáticos de Chile, es decir, Vergara Albano y su Secretario Walker Martínez, todos los Ministros de Estado y muchos generales y jefes del Ejército: y Melgarejo, lleno de entusiasmo, contaba al Ministro chileno las proezas reales o imaginarias de su *Holofernes*, un magnífico caballo chileno, bello de estampa, aunque voluntarioso y nada educado.

—Doctor—le dijo animándose y como si hubiera de referir algo verdaderamente prodigioso—mi *Holofernes* sabe beber cerveza y lo verá Ud.

Hizo una seña y el caballo fué conducido de su cuadra al patio de palacio y un edecán mandó llenar un balde de cerveza, «y el caballo tomó realmente aquel licor».

Vergara Albano aparentando admiración y entusiasmo dijo:

—Este hábil bebedor no debe tomar solo; yo le acompañaré.

Tomó un vaso de cerveza y tricó con el hocico de *Holofernes* y bebió. Su secretario no quiso quedar sin ese honor y siguió tan baja demostración a su jefe.

Más tarde, entre dos viajes de pacificación que el caudillo emprendía al interior del país y que no eran más que excursiones de robos y de asesinatos, nombró a Vergara Albano Ministro de Hacienda de Bolivia. El decreto lleva fecha del 19 de Junio de 1867. El Decreto decía entre otras cosas:

Es declarado Gran Ciudadano de Bolivia y Benemérito de la Causa Americana, condecorado por el Presidente Provisionario, con una medalla de honor guarnecida de brillantes, queda nombrado Ministro de Hacienda.

Entre borracheras y robos Melgarejo, desmembraba el territorio, imponía el terror, asesinaba a sus adversarios por su propia mano, y en las grandes orgías que eran frecuentes, les quitaba las *rabonas* a los soldados, y se divertía con ellas. Muchos de sus crímenes los consumó por celos y rivalidades. Y en verdad, nada había por lo pronto que se opusiese a sus planes. La prensa, animada otrora de furor combativo durante el año de la campaña de Arguedas, estaba ahora convertida al favor de Melgarejo o había enmudecido de espanto. Los pocos periódicos que salían en las principales capitales, únicamente se preocupaban de alabar los desvaríos del amo con repugnante impudor, y eran papeluchos de aspecto miserable, mal escritos y peor impresos. Sotomayor Valdés, el historiador chileno que sucedió a Vergara Albano, escribía:

No hay absolutamente en Bolivia un solo periódico de empresa libre o particular. No hay, por consiguiente, un órgano que sirva ni a la más tímida discusión de los asuntos políticos y de administración pública.

Los salones del palacio resultaban a veces estrechos para servir de teatro a la hazañas groseras del héroe y entonces se echaba a la calle ansioso de correr aventuras y jugar alguna mala pasada a los raros noctámbulos. Envuelto en una capa roja de amplio vuelo, que le caía hasta las rodillas y que dejaba ver la franja de oro de su pantalón, avanzaba seguido de sus edecanes y rifleros con el arma al hombro, provocando el terror o apaleando a los que no alcanzaban a huir o fusilándolos, pegados a la pared, cuando el amo así lo disponía. A doña Juana, su concubina, la hizo mostrarse enteramente desnuda, una noche de orgía, ante sus ministros y edecanes. Era tal el envilecimiento de sus favoritos y paniaguados, que todas sus depredaciones y barbaries eran toleradas y celebradas. El ambiente entero de Bolivia era una charca pútrida. Nadie se atrevía a levantar la voz. La prensa estaba servida por vividores que tenían la consigna de cantar loas cada día a sus hazañas, y plumas torpes y venales inspiraban la conducta de los pequeños satrapitas instalados con alguna autoridad en pueblos y aldeas, donde al lado de unos cuantos cholos leídos o con letras vegetaba la masa densa de indios que nada sabía de nada.

El libro de Alcides Arguedas muestra con vivos colores el cuadro espantoso de esa tiranía bárbara y bestial que afrentó a América durante seis años. Su documentación es nutrida y las páginas constituyen una interpretación psicológica y social de Bolivia, de un interés extraordinario. La historia de América cuenta con muchos tiranos pintorescos que hoy sirven de tema

para libros de historia o ensayos psicológicos que ayudan a comprender el carácter de estos pueblos. Pero ninguno alcanza el relieve del tirano Melgarejo, cuyos instintos desatados no tuvieron control, mientras gobernó a Bolivia. El bárbaro boliviano es una parte de la trágica historia política de América, que ha contado con tantos personajes siniestros, dignos de la patología. Sólo cuando triunfó la revolución liberal del General Rendón, Melgarejo huyó a Lima y allí fué asesinado a balazos por su propio cuñado. En realidad todos los que se decían sus amigos y habían gozado de sus favores, le abandonaron a última hora. Es la historia de todos los tiranos. Todos los hombres se inclinaban ante él, todos le rendían acatamiento; pero ninguno era su amigo verdadero. Usufructuaban de los dineros públicos mientras podían. En la hora de prueba, ni uno solo se mostró generoso. Es que eran tan ignorantes y tan bestiales como él.

—JULIÁN SOREL.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Damos a continuación el interesante informe del Profesor de la Universidad de Concepción, Dr. Alberto Herrera Arrau, quien se trasladó a Europa con el fin de estudiar en Francia la organización y funcionamiento de los Seminarios de Derecho Civil y de los Altos Estudios Jurídicos.

SEÑOR DECANO:

En cumplimiento del encargo recibido del Directorio de la Universidad y del Decano de la Facultad de Derecho para trasladarme a Europa con el fin de estudiar en Francia la organización y funcionamiento de los Seminarios de Derecho Civil y de los Altos Estudios Jurídicos, vengo en manifestar a Ud., que dicha comisión la he dejado terminada durante los seis meses de mi permanencia en el extranjero, pudiendo informar a Ud. los siguientes sobre sus resultados:

Desde luego, debo hacer presente para evitar confusiones, que la palabra «Seminario», empleada entre nosotros para designar ciertos métodos de enseñanza del Derecho, es desconocida en la Universidad de París, o por lo menos, está absolutamente fuera de uso en el lenguaje ordinario de alumnos y profesores,

como así mismo en las disposiciones legales pertinentes. Lo que aquí se llama Seminario de Derecho, en Francia se llama «Conferencia». Tales conferencias, voluntarias para el alumnado, son el complemento práctico de los cursos que hace cada profesor. En ellas, bajo la forma de interrogaciones, de discusiones, de exposiciones hechas por los alumnos y de trabajos escritos, los puntos del programa son comentados, explicados y puestos al alcance de las personas que asisten.

La importancia de estas sesiones prácticas, en las cuales los estudiantes aprenden a hablar el lenguaje técnico del Derecho, al par que a redactar sus tesis, es tanto más notoria si se considera que en los cursos que hacen los profesores y que consisten sólo en una exposición continuada y sistemática de doctrinas, no interrogan a sus alumnos ni les toman lecciones, ni se informan por ningún medio de si sus oyentes han comprendido las ideas vertidas. En realidad, son estos cursos teóricos los que deberían llamarse conferencias, en lugar de los trabajos prácticos como hoy se hace. Pero tales denominaciones son las que consignan los programas y las que emplean las leyes.

Aunque las conferencias fueron instituidas en Francia por los decretos Supremos de 10 de Febrero de 1855, 27 de Diciembre de 1881 y 30 de Abril de 1895, estas disposiciones no fijan de un modo preciso las reglas a que deben someterse los profesores en tales tareas, exigiendo sólo que ocupen en ellas una hora de ejercicio oral o escrito por semana. De hecho existe un amplio margen dentro del cual pueden los profesores escoger los procedimientos más adecuados para su mejor éxito pedagógico, considerando en cada caso la importancia de la materia, el grado de aprovechamiento de sus alumnos, el tiempo de que se dispone, etc.

Las conferencias son semestrales o anuales, según sea la duración de los cursos a que corresponden, y son dirigidas generalmente por los profesores mismos, pudiendo también encargarse de ellas a otros doctores que toman el título de agregados y que designa en cada caso el Consejo de la Facultad. Además, el Ministro de Instrucción Pública puede también confiar anualmente estos trabajos a personas que hayan alcanzado una versación jurídica notoria, aunque no posean títulos facultativos.

La organización de las conferencias se prepara cada año en el mes de Junio para el año siguiente por la Asamblea de la Facultad, sometida a la aprobación del Ministro y publicada por medio de affiches. El número de alumnos asistentes está limitado a treinta, los que deben inscribirse en la Secretaría cada seis meses y satisfacer un dere-

cho de 50 francos por semestre. De hecho esta restricción no se cumple porque el número de asistentes a las conferencias es siempre mayor.

Según la circular ministerial de 21 de Noviembre de 1895, están dispensados del derecho de inscripción cierta categoría de estudiantes, como ser los hijos de los maestros, donde el padre profesa o donde ha muerto en el ejercicio de sus funciones, los alumnos de los liceos que han obtenido en los Concursos Generales de París o de los Departamentos, los premios de honor de Retórica, Filosofía o de Matemáticas Especiales y el primer premio de Historia Literaria. Además están exentos de esta carga los aspirantes al Doctorado que han obtenido un primero o segundo premio en el tercer año de la Licenciatura de Derecho.

Al término de cada semestre o al fin del año, según que la conferencia sea semestral o anual, los directores de ellas deben dirigir al Decano una comunicación acerca de los trabajos realizados por cada uno de los alumnos participantes, y las notas obtenidas en las conferencias deben ponerse en noticia de las comisiones examinadoras a fin de que las tomen en consideración en estas pruebas.

Como ya he dicho, los ejercicios prácticos no son obligatorios, probablemente en atención a los derechos pecuniarios que se exigen; pero a ellas asisten la mayor parte de los alumnos, convencidos de la inapreciable ventaja que de este modo obtienen, en especial ahora que los exámenes comprenden trabajos es-

critos para los cuales ellos deben prepararse en el curso del año.

A fin de interiorizarse lo más posible en los métodos de cada profesor e imponerme personalmente del desarrollo de los estudios, me hice matricular como alumno libre en los cursos de Derecho Civil correspondientes al Doctorado, obteniendo del Decano M. Barthelemy la autorización necesaria para asistir a todos los demás cursos que deseara, en mi carácter de Delegado de la Universidad de Concepción. De este modo, asistí a los cursos de M. Julliot de la Morandiere y M. Demogue, encargados del primer año, de M. Hemard, encargado del segundo y de M. Capitant del tercero. Cada uno expone sus materias por medio de disertaciones que duran una hora entera, sin ocuparse para nada, como ya dije antes, de la asistencia y de la atención de los alumnos.

De igual manera proceden los señores Niboyet y Ripert, encargados del Doctorado de Derecho Civil, con quienes seguí cursos regulares sobre «Responsabilidad Jurídica» con el primero y sobre «Liberalidad» (Testamentos, Donaciones) con el segundo. Estos maestros, reputados como los más eminentes de Francia en su especialidad, por su saber y elocuencia, me manifestaron particular simpatía por la Universidad de Concepción, que ya conocían, como asimismo por el acuerdo de su Directorio de enviar a Europa su personal docente en misión de perfeccionamiento. Las mismas ideas me expuso Mr. Geouffre de Lapradelle, agregándome éste que había visitado la ciudad de Concepción y

conocido personalmente a varios miembros de su Universidad.

Además de los cursos a que acabo de referirme, me hice inscribir en los de Derecho Internacional Privado, con Mr. Bartin y en Contencioso Administrativo con Mr. Mestre. Por desgracia, el primero sufrió un gran atraso por causa de enfermedad y el segundo empezó sólo a partir del segundo semestre. Debo agregar también que en las horas disponibles frecuenté las conferencias de Mr. Rouast, profesor que tiene la dirección de los estudios de Derecho Privado, de Mr. Maunier, profesor de Economía Política, de Mr. Barthelemy, de Derecho Administrativo, de Mr. Cassin y Mr. Scarra, estos últimos encargados del Derecho Civil en los cursos de «Capacidad».

Los catedráticos nombrados proceden generalmente interrogando a los alumnos sobre las materias ya tratadas con anterioridad o hacen leer trabajos escritos sobre temas elegidos de antemano, disponiendo que uno de los oyentes haga la crítica. De este modo se establecen debates de gran provecho, donde cada cual muestra la preparación alcanzada como fruto de sus estudios particulares y de las lecciones recibidas de labios del profesor.

Mr. Julliot de la Morandiere dirige de improviso preguntas colectivas que todos los alumnos deben contestar por escrito con su firma en el término de cinco o diez minutos, sistema a mi juicio muy práctico que permite formarse una idea muy aproximada del grado de adelanto de cada estudiante.

Acerca del espíritu de trabajo que se observa entre los alumnos, no tengo sino motivos de admiración. Todos cooperan a los esfuerzos del profesor asistiendo regularmente a clases, escuchando en silencio las explicaciones, tomando apuntes y preparando con empeño los trabajos encomendados. De este modo se ha podido alcanzar un progreso en la cultura jurídica que causa asombro a todos los extranjeros que visitan la Universidad. En una de las últimas conferencias de Mr. Rouast, tuve oportunidad de oír a un alumno de más o menos 19 años, disertar brillantemente por espacio de media hora, sobre un tema tan abstruso como las Donaciones a Título Universal, sin tener siquiera un papel para ayudar su memoria. Y este caso no parece allí extraordinario porque a nadie causó extrañeza semejante esfuerzo.

Los estudios de Derecho de la Escuela de París, están hoy día repartidos en cuarenta y tres cátedras servidas por otros tantos profesores. El número de alumnos matriculados en el año escolar de 1930-31 ascendió a 9,700, correspondiendo tres mil al primer año. De estos tres mil asisten diariamente entre 700 y 800 a causa de la estrechez de los locales.

La Licenciatura en Derecho, exige tres años. Al final del segundo se discierne el Bachillerato y al final del tercero la Licenciatura. Pero los estudios para obtener estos títulos son accesibles solamente a las perso-

nas que han obtenido su diploma de Bachillerato en la enseñanza secundaria (humanidades). Para los que no lo tienen, se han establecido cursos denominados de «Capacidad» en Derecho», por medio de los cuales se logra el diploma de «graduados en derecho», que no tiene el valor de la Licenciatura y no permite inscribirse en el Foro ni en la Magistratura. Estas personas, sólo pueden optar a ser procuradores en provincias (*Avoué*), *huissier*, *greffier* y otros empleos de categoría secundaria.

En cuanto al régimen del Doctorado, se rige por el Decreto de 2 de Mayo de 1925, que reglamenta prolijamente las asignaturas sobre las cuales se otorga diploma y los requisitos para obtenerlos. El grado de Doctor en Derecho se confiere a los candidatos que son declarados dignos después de presentar una tesis impresa (95 ejemplares), siempre que estén en posesión de la Licenciatura, y hayan tomado dos inscripciones semestrales. Los exámenes de Doctorado son orales, se rinden ante comisiones de cuatro miembros y duran una hora para cada postulante.

Antes de poner término a este informe, me permito manifestar al señor Decano que en mi concepto existe manifiesta conveniencia para la Universidad de Concepción en reformar sus métodos de enseñanza, ajustándose a las normas de la Universidad de París, en los que se refiere al sistema de trabajos prácticos cuyos excelentes resultados he tenido ocasión de comprobar. Inútil me parece reiterar al señor Decano

el ofrecimiento de mi modesto concurso para colaborar en tan importante materia, que según he sabido a mi regreso, acaba de ser reglamentada también en Chile en forma muy

semejante a la que existe en Francia.—(Fdo.).—A. Herrera Arrau.

Concepción, Marzo 11 de 1931.

LOS LIBROS

BIOGRAFIA

AVIRANETA, O LA VIDA DE UN CONSPIRADOR, por Pío Baroja

Cuando estuvo en Chile don Pedro Sáinz y Rodríguez traté largamente con él de Pío Baroja y de su obra; constituye ésta para mí un tema de atención casi constante desde hace más de diez años, de modo que la opinión del erudito escritor español íbame a servir para contrastar mi personal enjuiciamiento. Así fué en efecto: Sáinz y Rodríguez no es en absoluto un incondicional de Baroja, como he sido yo, en cambio, en días más juveniles, y a mis expresiones, siempre respetuosas y admirativas para el autor de *Las horas solitarias*, oponía un temperado escepticismo. Una de sus definiciones me pareció la más radical, y aun cuando al fin de cuentas no la he encontrado muy justa, me ha dado que pensar muchísimo. En efecto, Sáinz y Rodríguez me dijo:

—¿Qué clase de novelista es éste que coge un ser humano, un hombre de carne y hueso, que existió, don Eugenio de Aviraneta, y al cabo de escribir diez y ocho o veinte volúmenes sobre él, lo tiene más muerto que antes? La misión del novelista

es precisamente infundir vida en las creaciones de su imaginación, es decir, en entes desprovistos de ella. Baroja ha seguido el procedimiento opuesto, y en lugar de hacernos pasar por hombre una ficción, ha muerto a un vivo.

Refutar a Sáinz y Rodríguez sería larga tarea que no habría precisamente de hallar su coyuntura en esta ocasión, en la cual lo único que me interesa es dar cuenta del último volumen que Baroja dedica a su antepasado, personaje de tantas novelas suyas, don Eugenio Aviraneta e Iturgoyen(1). Este libro, que se aparta en más de un aspecto de la manera de escribir habitual en Baroja, tiene un mérito fundamental: en él, por primera vez, el novelista concreta las referencias que obran en su poder sobre Aviraneta en un relato coherente, ordenado y no pocas veces feliz desde el punto de vista literario. Los que han leído los volúmenes que componen las *Memorias de un hombre de acción* saben a qué me refiero. En esas *Memorias* la figura central no es siempre Aviraneta, a quien a veces se menciona sólo de paso, y cuya existencia se presenta de tal modo fragmentada, que reconstituirla a lo largo de la se-

(1) Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1931.

rie es empresa del todo imposible, sobre todo si se atiende a que, primero, el autor no ha seguido el orden cronológico de los sucesos de la vida de Aviraneta en la redacción de esos episodios y a que, segundo, algunos hechos de cierta importancia en esa vida no han sido conocidos por él, sino después de escritos muchos de los volúmenes de las *Memorias*.

Desde el punto de vista del estilo, este libro de Baroja, aun cuando no conserva toda la frescura que tienen los libros de su mejor época, es digno de su autor. Quiere esto decir, que se hallan en él todas las imperfecciones propias de su genio improvisador y que los mejores efectos son fruto del humor del momento, antes que producto de una alquimia retórica que proceda por recetas y por dosis. Así lo vemos decir:

Un vez subieron un macho cabrío con un cencerro al *balcón de una vieja* muy beata y muy enemiga de los aventinianos; otra noche taparon, escalando el tejado, el agujero de *la chimenea del alcalde* (pág. 30).

expresiones que mueven a risa puesto que no es posible hablar del *balcón de una vieja*, por muy beata que sea, ni de *la chimenea del alcalde*, so pena de que el lector reemplace la palabra *casa* en los sitios en que falta. Otro rasgo gracioso es el que nos muestra en la pág. 137, donde hace viajar a unos hombres intrépidos desde Burdeos (Francia), hasta el golfo de México, y para probarnos que no tiene idea de donde se halla el Ecuador ni qué representa él en el mundo, hace al buque

atravesar precisamente el Ecuador en un trayecto en que esa línea nada tiene que ver.

Dentro de la serie en que se enfila este libro de Baroja no son muchos los que muestren, como él, tal compenetración del carácter del héroe por el autor de las páginas destinadas a resucitarlo; menos son todavía los que bastan para saciar el deseo que el lector siente de conocer íntegramente los hechos del biografiado, desde el principio hasta el fin de su existencia. Pues bien, estos dos requisitos se cumplen por Baroja, y aunque su libro no esté a la altura de algunas de sus novelas de hace veinte o quince años, siempre su lectura habrá de parecer agradable y digna de ser cumplida por todos los que reconocen méritos al novelista vasco.

No; don Eugenio de Aviraneta no ha muerto a manos de Baroja; por lo contrario, si revisamos atentamente las *Memorias de un hombre de acción* y si leemos esta biografía de Aviraneta, entenderemos cuán profundo ha sido el amor de Baroja a este personaje sombrío. No se justifica de otro modo dedicar tanto tiempo, tanto entusiasmo, tanta dedicación y el aporte de todos sus dones literarios a la traducción literaria de las hazañas menudas de un héroe de segundo orden.—R. Silva Castro.

VIAJES

ITINERARIO DE LA INQUIETUD, por Ricardo A. Latcham.

El título está robado a Ricardo A. Latcham, uno de los escritores

más originales, valientes y cultos de Chile. *Itinerario de la Inquietud*, (1) señala el derrotero de un viajante ávido. La inquietud le conduce de Santiago a Buenos Aires, de Buenos Aires a Río de Janeiro, de Río al Africa, del Africa a España, luego a Francia, a Alemania, a Inglaterra...

Latcham llevó por medio mundo su curiosidad impenitente. Del viaje volvió con una biblioteca en diferentes idiomas y un emocionario esperantista. Se erizó de metáforas el estilo agresivo y alusivo. Metáforas todas ellas intelectuales. No metáforas de adentro, sino de afuera; visiones antes que emociones; ideas antes que sentimientos; gimnasia intelectual y verbal, con esa agudeza y puntería típicas del crítico implacable y certero. Resulta, así, el viaje un pretexto para ensayar sus dardos. En la primera página ya lanza un venablo contra Augusto d'Halmar, el cuentista chileno que durante mucho tiempo fué un oscuro empleado en un humilde puerto peruano—Pacasmayo—oteando vidas y aprendiendo a paladear el gris. El viaje está salpicado de rápidos y diestros floretazos. Más que un desfile de paisajes parece un desenvolvimiento de observaciones. El paisaje representa un triunfo de lo objetivo, sometiendo a lo íntimo. El observador—lo dice Ortega—supera lo contemplado, inmunizándose hasta cierto punto contra ello.

La inquietud viajera vuelve a estar en boga. El viaje, sin embargo, obedece a móviles distintos. En las colecciones de viajeros clásicos, los hay que se trasladan con ánimo

(1) Editorial Nascimento.—Santiago de Chile—1931.

captador. Hasta en los rótulos de sus andanzas se desprendían emanaciones capitosas: «*Naufragios*» de Cabeza de Vaca, o algunos de esos títulos evocadores del Gran Mogol o el Gran Kan. En el siglo XIX, los viajes asumieron un carácter turístico. Gautier y Byron infundieron a sus vagabunderías pintoresquismo y pasión. Pasión arqueológica guía los pasos de Taine, por Italia, de Queiroz, por Tierra Santa. Repetían, sin celeste empeño, los errabundeos de Cyrano. Pero, hoy, el viaje tiene un acento netamente político o literario.

El turista cae en descrédito después de la guerra. Su último triunfo estuvo en la gira por las regiones devastadas, y el último *camelado* fué don Leopoldo Lugones. Desde entonces, el viaje convida a expandir el ánimo. Morand puebla de exotismo y quintaesencias literarias sus vagares. Panait Istrati, de contenida protesta, disuelta luego en sollozos a la sordina. Geo Londres en acuciosidad periodística, pero siempre tendenciosa y social. Waldo Frank en intentos de interpretación sinfónica, cateo de pueblos. Barbusse, John Reed, Trotsky, grandes viajeros, en vehículo de propaganda

Periclitaron los tiempos de Luis Barzini y el Duque de los Abruzos. Periclitaron las entrevistas de Soiza Reilly. En el periodismo reina un estilo nuevo, y la literatura de viajes huye de los preciosismos de Loti y Farrere, para convertirse en manifestación de dandysmo sumo, como en Morand; en bohemia trashumante y pasión implacable, como en

Cendrars, o en busca vehemente de justicia social, como en Frank, Barhuse, Hidalgo, Trotsky. Algo de esto último aparece en Latcham, pero en él prima el esteta intelectualista. Yo sé como es él de apasionado, pero un tipo de apasionado intelectual. Un raro *pathos* cerebral, y por consiguiente paradójico.

La inquietud viajera carece de itinerario. Se busca no ciudades sino almas, y más que almas, masas. Lo interesante para el viajero no es ya la catedral de Colonia, sino la condición del hombre en Colonia. En vez de la Giralda, nos obsede el sevillano. Y más que el flamenco, el sobrio catalán con sus problemas. Buscamos, buscamos algo que es preciso hallar en el mundo, y que se nos escapa de las manos apenas lo podemos acariciar trémulamente.

Pesquisadores de hombres y de pueblos, en desesperanzada empresa, el viajero olvida el cielo y el mar, meros comparsas de una tragedia suprema. Y una vez más, como antes, como en el Renacimiento, el hombre reocupa el puesto central del Universo. Nuestro antropocentrismo, carece, sin embargo, de ilusiones, y, a pesar del misticismo que a él nos lleva, sabemos de antemano las sorpresas y encrucijadas que nos aguardan en esta tremenda tarea de dar un itinerario a nuestra inquietud indómita.—*Luis Alberto Sánchez.*

NOVELA

«CUMBRES DE ESPANTO», por *C. F. Ramuz* (1).

Justo es agregar algo al margen de este libro valioso y de su au-

(1) Editorial Cénit, Madrid, 1930.

tor, tan tardíamente traducido al castellano.

Vive Ramuz la más frugal de las vidas en el cantón de Vaux. El valle y la montaña suizos no constituyen simples motivos para él, mantienen su razón de ser. Los campesinos valdenses poseen en el menos literato de sus literatos su expresión más fiel. Ramuz no sabe monologar ni refundir, ni cocinar; es pura expresión latente, regional. Escribe por necesidad, «no tanto de expresarse a sí propio cuanto a los seres, y sirviéndose de los seres, al ser simplemente, por medio de uno mismo». La tradición oral, que trae jugos naturales y calor de viejo moscatel, alienta su lenguaje, que es la transfusión total de su pueblo. Con mano de obra, con primor inclusive, un buen escritor logra semejante espontaneidad. Pero la paradoja se rompe en el autor de «Cumbres de espanto» y todo fluye verdaderamente. Ramuz es el cantón. Su emoción racial ha tenido un eco de gratitud en el corazón fresco de los suyos. No hace mucho, obtuvo el «Premio Romand»—400,000 francos—otorgado exprofeso por sus compatriotas y admiradores. Es lógica su singular influencia en la juventud proletaria francesa, tan positiva y sin fronteras.

Cada página de «Cumbres de espanto» atestigua y excava la solidaridad, el maridaje del hombre primordial con la naturaleza. Sus personajes son miméticos, cortados a pique. El medio ambiente, no el autor, los ubica y dirige. Hay momentos en que esta vida frugal tiene tanto vigor que Ramuz se anula

hasta desaparecer. ¿Quién escribió entonces aquellos pasajes? ¿Es una vertiente que se alza y modula sus secretos, o un instinto independizado que habla en su lenguaje directo? La comuna explota el valle y la montaña. Trepas y desciende, haciéndose como un hormiguero. Quiere dominar fecundando. Los hombres son motas negras en el blancor de las nieves. Sencillez del trabajo, sencillez de la producción, sencillez de la existencia y sus afanes. Simplicidad de la novela. La resultante del queso corresponde a un idilio del Vaux. En todo puede haber poesía.

Los animales suben la montaña, desprendiendo piedras con las pezuñas. Los trabajadores llevan polainas hasta el muslo y zapatos con puntas de latón. Bajo la lana gorda palpitan los senos redondos de las ordeñadoras. Desde la falda hasta los ventisqueros, el paisaje se transfigura. Brilla el filo azul del aire. Los techos pizarrosos se apretujan en el llano. Las vacas lucen coronas de flores mañaneras. Y todo porque el pasto amengua en el valle. Los más fuertes paisanos de la comuna guían el ganado hacia unos pastales perdidos en la cumbre. Allí se aposentan, inmutables, José, uno de ellos, ha dejado a Victorina, su novia, en el pueblo. Y aquí comienza el drama. En la cima habita el miedo, un miedo supersticioso, ineluctable. La leyenda de un cadáver putrefacto y algunos ruidos nocturnos hacen huir a uno de los muchachos. El miedo crece, se extiende en mil aventuras medrosas que la sabia sensibilidad de Ramuz agota. La altura incuba el espanto, que deviene una

realidad atroz. Es la peste, la muerte. El pueblo se acurruca, teme y cerca a los hombres de la cumbre que viven como sombras pestilentes. Por fin, el miedo tórnase un alud que cae sobre el poblado, inundando y matando a diestra y siniestra.

El alma de Victorina se abre de repente, como esas flores amarillas que despuntan entre la hierba cuando se derrite la nieve. Pero no logra supervivir.

Prolijo, insuperable, Ramuz estruja las sensaciones del pavor y la soledad. De noche, cuando la tierra se queda sola con lo que «no piensa, y los ventisqueros dan una semiclaridad, el desasosiego de sus montañas, hecho carne de naturaleza bruta, habla como si hablase la vena del agua.

«Cumbres de espanto» tiene una gran técnica impensada, por eso su realización es confusa, a veces, ininteligible. La traducción española no puede ser peor. En «Aline», Ramuz aparece como un técnico consciente, pero su vitalidad se atenúa. «Es que la montaña tiene sus ideas, es que la montaña tiene sus caprichos».—*Carlos Vattier B.*

LOS CONFIDENTES AUDACES, por *Pío Baroja*.

Don Eugenio de Aviraneta, nuestro amigo de diez y nueve libros, no ha muerto y parece que no lleva trazas de morir. Continúa deambulando a través de España y de Europa, guiado por su destino y por la imaginación de Pío Baroja, quien, urgido tal vez por sus exigencias editoriales, no lo deja ni a sol ni a sombra,

siguiéndolo o metiéndolo por entre los laberintos de la intriga política española del siglo XIX. Cada día es menor la cantidad de acción que en los libros de Baroja cabe a ese hombre de acción. En este libro (1), por ejemplo, Aviraneta es sólo un hombre que escucha, que oye las confidencias de Jesús López del Castillo, confidente audaz (*confidens audax*), quien le narra su vida y sus correrías por las trastiendas de la conspiración política, como también sus intimidades familiares y domésticas.

«En la cara afilada, la nariz de López del Castillo daba la impresión de ser traslúcida. Su fisonomía aguda parecía que por todos lados se veía de perfil. Con frecuencia pasaba el dedo anular por el borde de su nariz como si lo estuviera reconociendo. Iba bastante bien vestido, con un traje gris a la inglesa; llevaba zapatos y polainas. Su natural elegancia le daba aire de distinción... Se hubiera pensado que en aquel cuerpo pálido, delgado, no debía de haber una gota de sangre. Además de ser exangüe y sin nervios parecía tener aviesa intención, como un Pierrot malévolo o un pelele irónico endiablado.

Tal es el confidente audaz. Este y aquél señor pequeño, delgado, de tipo aguileño, con la mirada extrañada, vestido de negro, embozado en la clásica capa española y con sombrero alto y redondo.»

retrato en el que los lectores reconocerán a don Eugenio de Aviraneta, se entienden bien; ambos son confidentes audaces, aunque el primero sea un confidente activo y el segundo uno ya pasivo.

La vida de Jesús López del Castillo no es extraordinariamente inte-

resante y la narración de ella se oye con amabilidad o se lee con benevolencia. La cuenta Pío Baroja y esto es ya bastante. Con algunos libros de Baroja sucede eso: se leen más por ser él el autor que por el libro mismo y sus errores o su falta de interés se disculpan o no se echan de ver, gracias a la simpatía que el autor inspira. Por otra parte, al leer un libro suyo se le está viendo siempre, se recuerda su carácter, su fisonomía espiritual, sus súbitos apasionamientos, sus ironías, sus amarguras, y se espera que en cada página aparezca tal como se le quiere o tal como se le admira. A veces tarda mucho en aparecer, pero cuando lo hace, el lector da por bien gastado el tiempo: Pío Baroja continúa lo mismo. Es una personalidad que está por encima de la literatura.—
M. R.

ENSAYOS

LA EMOTIVIDAD EN LA VIDA Y EN EL ARTE, por *Juan Andueza L.*—Publicación de los «Anales de la Universidad de Chile».—Santiago, 1931.

El distinguido profesor de Medicina Legal del Curso Fiscal de Leyes de Valparaíso don Juan Andueza, en medio de sus tareas profesionales, ha tenido el tiempo necesario para dedicar algunas horas de estudio a los problemas que bajo el aspecto de la medicina legal, pueden presentar los caracteres de los artistas. Sin hacer una revisión prolija, con el propósito tan sólo de ilustrar a sus oyentes (se trata de una con-

(1) Espasa-Calpe. Madrid.—1931.

ferencia) el señor Andueza ha expuesto en algunas páginas breves y substanciales ciertos aspectos de la emotividad de que han padecido casi todos los artistas más calificados. Es claro que el tema a fuer de interesante puede tornarse peligroso. Entre tratar de las perturbaciones emotivas de los artistas y tratar de las perturbaciones funcionales hay sólo un trecho angosto y entonces caeríamos en todas las disquisiciones científicas, a que nos han acostumbrado Sergi, Nordau, Delmas y otros demoleedores del arte en nombre de la ciencia.

El autor ha oteado muy bien el peligro y no ha caído en él. Se limita tan sólo a resumir y exponer con sencilla y clara concisión, ciertos aspectos de la emotividad en la vida de los artistas, refiriéndose para esto a las propias memorias y al testimonio de los contemporáneos. Su conferencia es una especie de invitación al estudio hecha en forma atrayente, por quien ya ha estudiado su tema y tiene sobre el nociones precisas y claras. No podemos decir que verdaderas. Acaso en esta materia, como en todas las ramas del pensamiento humano, la verdad sólo sea una ilusión más de nuestros espíritus, eternos ilusionados.—A. V. A.

GOG, por *Giovanni Papini*.—Traducción y prólogo de Mario Verdguer (1).

Con el escritor italiano, pasa algo similar que con la figura del rey merovingio. Sólo se conserva en la memoria su actitud humilde en el

bautizo en que el oficiante le solicitó que quemara lo que había adorado y adorara lo que había quemado. Así Papini, en un perpetuo gesto de rebelión, de sumisión y también de independencia.

De sus tiempos de ateo completo y de demoleedor filosófico, quedan tantas muestras: *Hombre acabado*, *El crepúsculo de los filósofos*, *El piloto ciego* y toda la campaña del *Leonardo* en que junto con Prezzolini, puso una vibrante nota de inquietud en las ideas de la juventud italiana de comienzos de este siglo, amén de otros libros y folletos; de su ruidosa conversión católica, la *Historia de Cristo*, *San Agustín*; de este tiempo actual, su furibundo panfleto anti-actualista *Gog*.

Si quisiéramos caracterizar lo que mueve la pluma de Gog, ese monstruo, millonario, ridículo y a ratos genial, nos encontraríamos en el fondo con que sólo siente el más profundo, el más sincero desprecio por este instante en que vivimos. Se ha querido ver en Gog, una contraposición del espíritu humano que quiere progreso, mejoramiento, elevación, luz. Gog, representa la parte negativa, el resto de antropopitecus que llevamos en el fondo, la regresión bestial hacia un primitivismo decepcionado a fuerza de refinamientos y de desilusiones. En suma lo que los espíritus religiosos con acendrada buena fe llaman el Anticristo. Pero este Anticristo, negociante en Chicago, contrabandista, vicioso, fantástico y desprendido, no puede seducir a los hombres, ni puede aspirar, creemos muy firme-

(1) Editorial Apolo. Barcelona, 1931.

mente, al centro del espíritu humano. Para ello le falta una doctrina, una norma general que arrastre y que le suscite discípulos, seguidores, mártires. El mal como el bien necesita tener santos y mártires, y los sanatorios europeos por donde Gog pasea su neurosis, sólo pueden servirle para llenar las clínicas y los manicomios y no para sojuzgar a la humanidad. Por lo tanto, los católicos y Papini pueden dormir tranquilos; los hombres que andan «por el camino extraviado» no seguirán a Gog.... y—oh apostólica conclusión—puede ser que retornen algún día al «buen camino». ¿No se pregunta Gog, al final de la obra, si acaso el verdadero sentido de la vida no será el de la humildad, de la sinceridad, de la rectitud? Mirándose en los ojos de la aldeana de Arezzo que le ofrece pan y agua para saciar su hambre y su sed, Gog se acerca mucho a los manantiales católicos considerados por el autor, eternos, y los espíritus religiosos podrán mirar sin cuidado todos los gritos y los aspavientos de este fervoroso espíritu combativo, que en toda su obra atruena con sus actitudes feéricas que ya convencen muy poco y que sólo pueden meter «cuco» a los ingenuos.

Sin embargo, Gog, no es sólo una creación de un italiano rabioso y conceptista; es la revelación simbólica de la ineptitud del autor para situarse en el plano de la actualidad. En efecto, al entrevistar Gog, a los más salientes espíritus del mundo de estos días, Einstein, Ford, Shaw, Lenín, Bergson, Edison, y al tratar de convertir en polvo sus

doctrinas, sus ideas y sus actos, no revela sino la fundamental incompreensión que puede tener el Anticristo occidental, por las almas de quienes han puesto una nueva lumbrada en la historia del progreso humano. Puede ser que la obra de esos hombres no sea definitiva; puede ser que todas sus construcciones caigan por tierra y con el paso de los años se borren hasta de la memoria de los hombres, pero a pesar de los esfuerzos de Papini y de Gog, no podrá negarse nunca que algo han hecho, y que este algo ya los ha colocado en la inmortalidad.

Gog no cree esto. Se empeña en descubrir el aspecto paradójal y negativo de las creaciones de esos hombres, pero de su labor esos hombres salen agrandados y Gog queda un poco en ridículo.

El intento de Papini al componer su último libro ña sido, sin duda alguna, generoso. Pero el resultado en el ánimo del lector acaso no habrá coronado sus propósitos. Gog inspira un poco de risa y no mueve ni a la indignación ni al desenfreno, como acaso le correspondería a un auténtico Anticristo.

Lo único que lo redime es el estilo vehemente, lírico, vibrante del autor y en él reconocemos al Papini que hemos seguido desde hace algunos años y al que se lleva nuestra admiración entusiasta.—*Abel Valáés A.*

EL ESPÍRITU DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA, por *Francisco Contreras.*

Todo esfuerzo material y moral de la América Española, tendiente a la reconstitución de la «Magna Pa-

tria» de Bolívar, importa una afirmación de la personalidad nacional. En el dominio intelectual, Francisco Contreras, deseoso de cooperar a este acercamiento, ha pintado en *L'Esprit de l'Amérique Espagnola*, (1) una serie de retratos de escritores hispanoamericanos. Críticos, cronistas, poetas, novelistas, aparecen allí reunidos, formando un grupo de los más variados. Estos escritores, tan diferentes por el pensamiento y por el estilo, se mantienen unidos por la «sugestión de la raza, de la tierra, del ambiente». Sus obras traducen los aspectos particulares en la vida del Nuevo Mundo. Contreras, que posee vasta erudición, logra dar, en frases rápidas, nutridas de reflexiones pertinentes, una visión de conjunto de la literatura hispanoamericana, señalando sus principales tendencias.

La exposición de estos retratos comienza por el de Rubén Darío, poeta múltiple, que se inició en el periodismo a la edad de quince años y a quien Chile atraía. En esta tierra hospitalaria tuvo la revelación de su genio y también tomó contacto con la literatura francesa. «Nacido en medio de la naturaleza lujuriosa del Trópico, descendiente de español y de india, hijo de un mundo nuevo, Rubén Darío poseía una imaginación prodigiosa, un gusto artístico extraordinario, una alma abierta a todos los vientos de la vida». Algunos de sus poemas, desbordantes de fantasía, ¿no tienen cierto parecido

(1) Editions de La Nouvelle Revue Critique. Paris.

con los de Baudelaire y de Teófilo Gautier, orfebres del verbo francés? En «Nocturnos» ha expresado la angustia de las noches en que su alma sufría la obsesión de la muerte, impotente para expulsar las imágenes de la esclavitud interior. En su oda *A Roosevelt* encuentra acentos de indignación para vengar las injurias hechas a su patria. Y nunca es más elocuente, como en los momentos en que defiende el patrimonio intelectual de todo un pueblo; diríase que el alma de los antepasados renace, verdaderamente, en su persona. Juzgándolo sólo a la luz de los sentidos y del buen gusto, puede decirse que el poeta ha burilado con arte exquisito los retratos de Poe, Ibsen, Leconte de L'Isle, contemporáneos suyos. Cuidadoso de la forma, apasionado por los problemas estéticos, trabajó con igual acierto en todos los géneros literarios. Su genio tiene la impetuosidad del torrente y el hervor de la lava.

Con el trascurso del tiempo, José Enrique Rodó adquiere los contornos de un heraldo que anuncia el destino del nuevo mundo latino. En su opúsculo *Ariel*, se dirige a la juventud y la exhorta a afirmar su personalidad, a rechazar el utilitarismo angloamericano, a encontrar de nuevo las fuentes de lo bello por el estudio de las humanidades. Proclama la grandeza de la ley del Calvario, asociada al milagro griego. En política, sus preferencias, como las de Fustel de Coulanges, se inclinan en favor de una República aristocrá-

tica. En su folleto, *Liberalismo y Jacobinismo*, se levanta contra la falsa democracia fanática e intolerante. Inspirándose en los ejemplos heroicos de la América Española, Rodó, evoca la figura de Bolívar que, desde la soberana grandeza de su gloria inmortal, domina el conjunto de las glorias continentales! ¿Los primeros cimientos de las repúblicas sudamericanas no se construyeron en medio de la sangre y del sufrimiento? La historia, concluye la obra de la tierra y de las razas, y Rodó magnifica los gestos de los artesanos de la independencia, padres de la patria. ¿Quién es el gran poeta de la América latina que ha de trazar un paralelo entre la travesía de los Andes y el paso de los Alpes? San Martín y Bolívar, no podrían rivalizar con Napoleón! El curso de los siglos ha sido más rápido en América del Sur que en Europa. Un siglo vale por muchos. El nuevo mundo no ha necesitado cien años para conocer una Edad Media, un Renacimiento y una Epoca Moderna. Recordando los fastos de la historia, Rodó aconseja a sus discípulos que no rompan con la tradición greco-latina, hija de la experiencia, sino que, clarifiquen, a la luz de las disciplinas clásicas, los aportes extranjeros de su espíritu. La libertad sólo se obtiene por la fidelidad a los llamados de la raza y de la tierra! Los principios de Rodó, sus mensajes, encuentran eco en todos los corazones hispanoamericanos. Ha mostrado el camino, observa Contreras, «a un gran número de escritores; sus anhelos de unidad continental, sus aspiraciones a una literatura autóctona, son el

evangelio del movimiento literario que triunfa hoy día».

Saludemos en Leopoldo Lugones, poeta innovador, a un lírico de grande entonación. Canta en *Los Crepúsculos del Jardín*, «las feminidades modernas en sonetos o madrigales, de ejecución impecable, que recuerdan al lírico suntuoso del *Charriot d'or*. El novelista de la raza, Enrique Larreta, es conocido y muy estimado en Francia; Remy de Gourmont tradujo *La Gloria de don Ramiro*, sugestiva evocación de la España en tiempos de Felipe II. Mencionemos, particularmente a Manuel Ugarte que, como Maurras, ha renunciado a la carrera literaria, en la cual se había iniciado con brillo, para consagrarse a la defensa de una gran causa nacional. Ha planteado el problema de la América latina y de sus inquietudes vitales en *La Patria Grande*. Y expone en *El Porvenir de la América* un programa de política internacional salvadora. Las nuevas generaciones lo reconocen como el intérprete de sus aspiraciones legítimas. Si la América latina quiere conservar su independencia y entrar, resueltamente, en la vía nacionalista, ¿no debe esforzarse por afirmar su personalidad, por ser ella misma? Ser ella misma, implica la necesidad de respetar la tradición. La tragedia de Bolívar, ha escrito Víctor Andrés Belaunde, «¿no comenzó cuando el visionario y el soñador dominaron al realista?»

Del mosaico de escritores presentado por Contreras, destaquemos

algunas figuras chilenas. Federico Gana, «autor de simples croquis vividos u observados, hechos con un sentimiento muy profundo de la vida nacional, en sus rasgos característicos». Algunas de sus novelas cortas, como *En la montaña*, *La señora* y *La Maiga* figuran entre las más bellas que se han escrito en el continente. Contreras cita también con entusiasmo al poeta Magallanes Moure, «que, a través de su alma, interpreta la vida y el paisaje de su medio», y al poeta Pedro Prado «que ha querido coger la belleza visible del mundo, particularmente de su país, al mismo tiempo que esa belleza oculta que está en la esencia de las cosas.»

Sólo dos críticos, retienen la atención del ensayista: Alfonso Reyes, mejicano, «fiel intérprete del alma moderna» y Armando Donoso «que se entregó a su tarea con el entusiasmo de los escritores de imaginación». Después de consagrar su juventud al estudio de las letras y las ciencias, el ardor de su espíritu lo llevó a ejercer el magisterio de la crítica. Con motivo de la muerte de don Marcelino Menéndez y Pelayo, dió una conferencia, que publicó enseguida. Y Contreras que, en aquella circunstancia, señaló a los lectores del *Mercure de France* el mérito de esta obra, no deja de recordar ahora que fué buen profeta del porvenir literario de Donoso. Gracias a su labor, el mundo castellano y europeo, pudo apreciar en *Los Nuevos* el talento de algunos escritores nacionales. Hizo estudios en Alemania y consignó, después, el fruto de sus reflexiones en *La Sombra de Goethe*. En torno de *Goethe*, espíritu univer-

sal, hace surgir las figuras de los grandes autores románticos o modernos: Novalis, Hauptmann, Nietzsche, Peter Altenberg. Este libro fué una importante contribución al estudio de las letras alemanas. Después, solicitado por el atractivo de los problemas científicos y filosóficos, «tan ferviente del arte como curioso de la ciencia», hizo, en *La Senda Clara*, el análisis de las investigaciones biológicas de Félix Le Dantec, en quien reconoce a un «filósofo de la biología». Combate a Brunétiere, que nunca fué, ni siquiera en sus comienzos, «un hombre de ciencia, sino que un moralista y un moralista cristiano que vivía torturado por las profundas tragedias de la conciencia.» Reconociendo el descrédito de la obra de Brunétiere—cada época tiene su sistema—no creemos en la antinomia entre la ciencia y la fe. Pascal, Pasteur, Branly, son ejemplos ilustres. Debemos aún a Donoso, dos interesantes volúmenes de crítica literaria, *Dostoiewsky*, *Renan*, *Pérez Galdós* y *La otra América*. Anima, en *La otra América*, las figuras de la poetisa Gabriela Mistral, del novelista Eduardo Barrios y del historiador José Toribio Medina. Después de describir los múltiples aspectos de un espíritu fecundo en hallazgos felices, Contreras da un juicio, sobre el conjunto de los trabajos de Donoso, que citamos con agrado: «Yo desearía que desplegasen, particularmente, su actividad crítica en el terreno en que ya ha recogido bellos frutos, terreno virgen, donde todo está por hacer, el de la literatura de su país y de toda la América Española. Desearía, ade-

más, que en el dominio de las ideas, saiga del círculo del intelectualismo racionalista en que se mantienen todavía algunos profesores de Chile y Argentina; un espíritu como el suyo no puede permanecer indiferente al renacimiento del idealismo filosófico que comienza a iluminar el pensamiento occidental. Extendiendo sobre el mundo una mirada rápida y segura, Donoso ha sabido juzgar los hombres y las obras. Y si se considera que nació en 1887, uno se queda sorprendido de una labor tan amplia!».

En la antología de Contreras, los prosistas líricos y los poetas ocupan sitio privilegiado. Historiadores y oradores están ausentes. Si la América latina es el paraíso de los poetas—perfume de bosques, cielos azules, vientos que soplan desde el mar, amores violentos y contenidos de los corazones españoles, tantos temas, en fin, que hablan a la imaginación—no es menos la patria de los historiadores y de los oradores. Nos habría agradado que el autor mencionase la obra de Francisco García Calderón, a quien, Gabriela Mistral, en un artículo de *El Mercurio*, calificó de guía intelectual de la juventud hispanoamericana. Contreras omite también los nombres de Monseñor Crescente Errázuriz, notable historiador, y de José Toribio Medina, cuyo trabajos tienen autoridad en Europa. En cuanto a los oradores del Nuevo Mundo, han alcanzado tal grado de perfección, que sus discursos recuerdan las cé-

lebres arengas de Mirabeau—Atila de la elocuencia, según la expresión de Rivarol—de Mun y de Jaurés. A este respecto, recordamos una conversación con nuestro amigo y maestro Omer Emeth, en el curso de la cual éste evocaba el talento oratorio de numerosos hombres públicos chilenos. El arte de la elocuencia, ha ilustrado el púlpito, el foro, la tribuna parlamentaria. ¿Las obras maestras de Bossuet y de Massillon no están en todos los manuales de literatura francesa? Disponiendo de poco espacio, no hemos intentado un análisis racional del conjunto de las observaciones de Contreras. Lo que acaba de leerse, es tan solo una serie de notas puestas al margen de su libro. Sus ensayos representan una preciosa contribución en la historia de las letras hispanoamericanas. Precisan las nuevas orientaciones literarias y permiten distinguir el «clima intelectual» de los escritores, cuya personalidad y cuyo nacionalismo son testimonio de la unidad espiritual de la América Latina.—*Gallus*.

ANOTACIÓN A LA OBRA DISPERSA DE MAGDALENA PETIT.

Después de un largo y activo aislamiento, la personalidad de Magdalena Petit, sale al mundo literario, recomfortada de meditación, fuerte en cultura, conocedora de su propio problema.

¿Cuál es su obra? ¿Los estudios de Proust? ¿Reflexiones, Rosa Manheim, algún libro inédito, otros artículos interesantes? Sí y no. A pesar de la versión que ha hecho en un

conjunto de madurez, de la vida de su pensamiento, de sus horas, hoy nos interesa ella, únicamente. ¿Por qué? ¿Lleva una premeditada arbitrariedad el rumbo de nuestro juicio? Sí y no. Es que Magdalena Petit ha trabajado en sí misma durante años, como en un laboratorio. Ha comprendido su naturaleza, olvidando el sentido de su privilegio. La presentimos en una continua lucha con el exterior vano que, sin duda, pugna por llegar hasta el seno de su índole femenina, absorbida por la conciencia de una revolución presurosa.

Imaginamos su primer artículo como una traición a esa soledad honda, más valiosa que una fama justa. Es la primera vez—conociendo los casos de la mayoría de nuestras escritoras—que una mujer inteligente, de temperamento exquisito, desoye la atrayente publicidad, llevada por un ejemplar deseo de lograr ese vértice donde convergen la experiencia de una vida y una cultura. El vértice que es la base incommovible del mérito real de un escritor efectivo. Ahora que, la red de lo inédito se desfloca y nos entrega la luz que recataba, junto con agradecer, sentimos que se rompa esa trama de silencio, impregnada con la palabra clara e inaudible de Magdalena Petit. Lo sentimos por sus propósitos...

Galileo fué quien formuló un principio totalmente renovado para sostener su «ciencia nueva de asuntos antiquísimos». «Sólo es necesario medir lo que se puede medir y hacer mesurable lo que todavía no se puede medir». Este profundo sentido

de proporción y vastedad modernos, en todo orden, es la clave de los escritos de Magdalena Petit.

La autora de los agudos análisis de la obra de Proust, ha tenido también para Nietzsche una compenetración meridiana. Quizá intuyera más allá del límite hasta que es comprensible el gran filósofo alemán, limitado al fin de su vida por una locura específica. El fruto aparece en sus «Reflexiones» y en «Rosa Manheim».

Comprendemos la sensación de plenitud que experimentó Magdalena Petit al leer a Proust. Su análisis de los seres y de las cosas no es el «cualitativo» que caracteriza a los de la antigüedad y al del eterno femenino—hábil o inhábil—sino «cuantitativo», es decir, dinámico, intermediario. La vemos embebida frente a una mariposa o ante un caso humano, percibiendo el más leve matiz, escuchando extasiada el rumor del movimiento infinito que los genera. Magdalena Petit tiene derecho para desbrozar a un Proust y a un Debussy.

Su intensa cultura constituye el vigor de sus escritos. Se le ha vuelto orgánica. El pálpito reemplaza a la memoria.

Nos sorprende su amplia y equilibrada comprensión humana. Qué distantes están nuestras escritoras de su equidad sentimental, qué lejanas a su cabal realismo psicológico.

En ocasiones, sorprendemos la traición que el tono o el molde hacen a su plan ideológico. Pero cuando nos distanciamos de sus páginas, junto con el resurgimiento de nues-

tro sentido avizor, nos viene el placer de una sensación virgen, cuajada mientras leíamos.

Schiller escribía a Goethe, diciéndole que en su obra hallaba el fuerte apoyo del concepto, la luz; que él tan sólo se contentaba con crear formas. Y tan definitivas eran, que transmutaban las ideas adquiridas hasta el punto de valorizarlas doblemente. En general, la literatura femenina chilena no hace otra cosa. Con un poco de la fuerza y la franqueza de Schiller, algo alcanzarían en su planicie. Nos interesa la escritora que recién impulsa una obra integral, largamente detenida en una laboriosa y prolífica soledad.—*Carlos Vattier B.*

POESIA

LAS SEÑALES FURTIVAS, por *Enrique González Martínez* (1).

Ha alcanzado una segunda edición el pequeño libro del poeta mejicano, que ya tiene en su patria y en todos los países de habla española, la merecida consagración de ser uno de los más positivos valores líricos del idioma.

Las características principales de la poesía de González Martínez son conocidas. Es un poeta silencioso, cuyos versos recogidos, íntimos, llenos de sugerencias de un misticismo desconsolado y triste, han sido celebrados por dos generaciones. Las breves sentencias de una sabiduría humilde de que sus poemas nos dan tantas muestras, y la inquietud extraña por el significado personalísi-

(1) Calleja 1927.

mo de las más pequeñas emociones han hecho de este poeta, un lírico de selección que no alcanza una popularidad extensa, pero que ostenta un nombre prestigioso entre los círculos de aficionados a las bellas letras.

En el libro que nos ocupa, hay un rasgo del espíritu del poeta que creemos aparece por vez primera en su producción. En «*Silenter*», «*La hora inútil*» y tantas otras bellas cosechas de este sembrador infatigable, percibimos las cualidades que rápidamente ya hemos señalado. En este último libro, hay en no pocos de sus poemas una dosis apreciable de un humorismo muy personal, humorismo desconsolado y triste, como sus entusiasmos, como sus convicciones, como su obra.

En este espíritu para quien la pena hubo de disfrazar el grito de su desconsuelo en un llanto ahogado—«*llorar, si hay que llorar, como la fuente, escondida*»—y en el que la delicadeza aguda de su alma privilegiada puso un temblor de ansiedad en las angustias cotidianas de la vida, la burla, una pequeña burla a ras de suelo, realista y simple, le ha hecho dibujar en su espíritu una sonrisa humorística.

Veamos una muestra:

Trópico—papagayos—oferta en por-
[tugués—
cielo color añil—
comentario burgués
sobre la gran riqueza del Brasil...
Anteojos clavados en los indiferen-
[tes caseríos...
Allegro, ma non troppo—
engañosos desvíos
de mujer que se burla de un piropo...

Dama alemana con dos críos
y un tercer anuncio de maternidad...
Orgullo de dos señas que almacenan
dos ríos
capaces de nutrir a toda la ciudad...

En el viaje, un pequeño cuadro
vulgar ha servido al poeta para es-
bozar una ligerísima burla desvane-
cida.

Y junto con esta nota humorísti-
ca, el acierto pleno de las combina-
ciones verbales, de las dificultades
métricas buscadas para ser venci-
das, de las imágenes pletóricas de
sentido oculto y de novedad moder-
nísima.

El mar.

¿Qué me dejas al fin después de
veinte días
de bañarme en tus ondas, oh gran
lágrima azul?

Un testigo familiar de una trage-
dia íntima.

Este perro que a cada
tragedia de mi vida está presente,
me lame el corazón con la mirada...

El dolor fué imprevisto...
La lágrima corrió furtivamente...
pero mi perro... HA VISTO.

Poeta intenso, con absoluto do-
minio de la forma y animado por
un espíritu de soñador delicado y
profundo, cada obra de González
Martínez, marca un nuevo escalón
en la ascensión que tan justamente
desde sus primeras producciones, lo
ha llevado a la fama, a la nombra-
día, a la honrada valoración de to-
dos sus contemporáneos y de las ge-
neraciones posteriores.—*Abel Val-
dés A.*

LAS REVISTAS

SOBRE ARNOLD BENNET.

Con motivo del fallecimiento del celebrado escritor inglés Arnold Bennet, los diarios y revistas de todo el mundo han tejido más de un comentario en torno a su figura. Entre los publicados ultimamente, destaca el breve artículo que en la *Nouvelle Revue Française* de Mayo último, le ha dedicado André Gide:

La muerte de Arnold Bennet no afecta solamente a las letras inglesas. Aunque este gran novelista no haya tenido lugar de ocupar en nuestro país el puesto que merecía tener, Francia debe sentir especialmente este duelo. Bennet amaba Francia donde había vivido largas temporadas y donde los que habían tenido la felicidad de aproximarse a él, habíanse convertido muy luego en sus amigos. Tenía también por nuestra literatura que conocía admirablemente, una suerte de predilección que sus compatriotas le reprochaban. Flaubert y Maupassant fueron sus primeros maestros. Extraordinariamente bien impuesto y curioso de la producción contemporánea, nada que tuviera algún valor se le escapaba, y nuestros autores más jóvenes no tenían mejor juez ni mejor guía y consejero que él, aunque apenas solicitaran su crítica. Conociéndole desde hace tiempo, yo apreciaba cada día más las raras

cualidades de su espíritu y de su corazón. Mas aun que su inteligencia ávida y siempre al acecho, me gustaba en él cierta infatigable alegría de vivir y esta fuerza de simpatía que le dirigía siempre a otros, deseoso de ayudar, de socorrer, esta simpatía humildemente humana que llena sus mejores escritos.

El público francés aun no puede juzgarlo bien. Si son valiosas las novelas de Bennet, traducidas a nuestra lengua, están lejos de valer lo que *Old Wives Tales* que acaba de aparecer con el título aproximativo *Conte de Bonnes Femmes*. Es un gran libro, y cuando mi amigo Marcel de Coppet me preguntó lo que le aconsejaba traducir para ocupar los ocios escasos que le dejaba sus funciones de administrador en Africa Ecuatorial, no dudé un momento. Bennet mismo consideraba esta novela como su obra maestra. Me escribió cuando lo consulté con motivo de los derechos de traducción, que tenía ya contratados por todo el resto de su producción literaria, pero que había tenido cuidado de reservar este libro, que quería entrañablemente, de suerte que podía disponer de él para una traducción, de la cual yo le garantizaba la excelencia.

Antes de haber leído *Old Wives Tales*, mi admiración por la obra de Bennet tenía todavía algunas reservas. Nuestras relaciones eran muy estrechas y nuestro placer muy grande cuando hablábamos de las obras de otros, sobre las que siempre nos

entendíamos a maravilla. Ante *Conte de Bonnes Femmes*, todas mis reservas desaparecieron. Este libro merece colocarse al lado de los más importantes. Nada más simple que su intriga; nada más que lo banal, lo ordinario en el relato de la vida de dos hermanas, siempre muy unidas, que una mediocre aventura separa, que se juntan por fin en la pequeña ciudad donde habían transcurrido la infancia, y donde no les queda otra cosa que esperar morir. Pero qué profundidades de emoción sabe introducir la simpatía del autor, en la pintura minuciosa y paciente de estas existencias humildes. Qué sutil delicadeza en la elección del tema! Qué exactitud en el tono de los diálogos! Una especie de humor temperado sonríe a través de toda la obra y deja transparentar, a través de la tristeza, un confiado amor a la vida donde respira, a pesar de los tropiezos, el optimismo ferviente de Bennet. Yo encuentro todo esto en sus otras novelas, pero esa dispersa comprensión amorosa culmina en *Contes de Bonnes Femmes*, con una grandeza épica que Bennet en ninguna otra parte ha igualado.

Describe en seguida Gide el suceso que en Europa y América tuvieron siempre los libros de Bennet y al referirse a su muerte, termina su bello artículo con una referencia dolorida:

Volví a ver a Bennet en Enero último, en su último viaje a París. Nada hacía presentir su próximo fin. Esperaba con gran impaciencia la aparición de *Conte de Bonnes Femmes*. Murió algunos días antes de poder saborear esta alegría.

LOS DIEZ MEJORES LIBROS.

Estas encuestas jamás reflejan opiniones acertadas y sirven tan sólo para mostrar ignorancia, mala fe o

precipitación. Así la que hizo el profesor William Lamont de la Rutgers University, en la que confeccionó una lista de las «sesenta mejores novelas de todos los tiempos» y no incluyó ningún nombre español ni americano. Al respecto, las discusiones que se formaron inmediatamente aun no concluyen y para reflejar opiniones acertadas y conocedoras de la materia, acaso ninguna referencia tan interesante como el artículo que publica en el último número (Mayo de 1931) «Hispania», la magnífica revista que edita la Universidad de Stanford, California. El artículo debido a la pluma de Hymen Alpern, del Witt Clinton High School de Nueva York, se titula *Los diez mejores libros españoles*, y muestra las opiniones que al respecto formulan personalidades destacadas de las letras españolas, y que transcribimos a continuación:

RAFAEL ALTAMIRA.— Semejante lista es difícilísima de trazar. El gusto personal juega demasiado inevitablemente, en materia de literatura imaginativa. Por otra parte, el número de obras fijado estrecha considerablemente la elección.

En consecuencia estimo la lista que sigue como una propuesta sumamente relativa, en el sentido de que podrían sustituirse muy bien algunos de los títulos por otros, igualmente merecedores de preferencia: DUQUE DE RIVAS, *Don Alvaro*; ECHEGARAY, *El gran galeote*; TAMAYO, *El drama nuevo*; BENAVENTE, *Los intereses creados*; ALVAREZ QUINTERO, *Los galeotes*; ALAS, *La Regenta*; GALDÓS, *Fortunata y Jacinta*, *Gloria*; VALERA, *Pepita Jiménez*; PEREDA, *Sotileza*, *Peñas Arriba*; VALDÉS, *La alegría del capitán Ribot*.

AMÉRICO CASTRO.—Me parece desde luego inadmisibile que los autores españoles sean excluidos de un lista como esa. La literatura española representa un valor dentro de la cultura universal, y sería incompleta toda visión artística del mundo que prescindiera de lo que el genio español ha aportado a la civilización moderna. Teniendo que escoger diez libros, propondría los siguientes: *Don Quijote*; *La Celestina*; *Arcipreste de Hita*, *Libro de Buen Amor*; LUIS DE LEÓN, *Los nombres de Cristo*; SANTA TERESA, *Libro de su vida*; LOPE DE VEGA, *La Dorotea*; AZORIN, *Castilla*; BAROJA, *Aurora Roja*; ORTEGA Y GASSET, *El tema de nuestro tiempo*; UNAMUNO, *En torno al casticismo y el sentimiento trágico de la vida*; BENAVENTE, *Los intereses creados*.

CONCHA ESPINA.—Con propósito de contestar a la última pregunta de Ud., hago un esfuerzo para reducir el número de espléndidos libros españoles que me seducen y cuento sólo diez en un vuelo de la memoria, concretándome a la producción moderna y guardando en mis selecciones muchas más citas de selección.

Las obras literarias que debo enumerar pudieran ser: PEREDA, *Sotileza*; GALDÓS, *El abuelo*; BLASCO IBÁÑEZ, *La Barraca*; PARDO BAZÁN, *La Madre Naturaleza*; PADRE COLOMA, *Pequeñeces*; RICARDO LEÓN, *Alcalá de los Zegríes*; ESCALANTE, *Ave María Stella*; LARRETA, *La gloria de don Ramiro*; AMADO NERVO, *La amada inmóvil*.

JACINTO GRAU.—Me parece una fundamental falta de cultura literaria, prescindir de la literatura española, que hace solamente dos siglos ejerció una capital influencia en las literaturas europeas y alcanzó un siglo de oro de los grandes teatros del mundo, caótico, no bien determinado aún, pero un gran teatro, que influyó en SHAKESPEARE, en CORNEILLE, en MOLIÈRE, y en casi todo el teatro francés, y en

cuanto a la novela picaresca y a la misma *Celestina*, me parece inocente, ya que no puede achacarse a ignorancia, tratándose de un profesor de literatura.

En cuanto a la producción contemporánea de nuestra literatura, le ha de ser muy difícil a un extranjero que no vive aquí en tiempo determinado formar, juicio, porque los españoles como los griegos del siglo de PERICLES, aunque España esté muy lejos ay, de una época parecida, los españoles de ayer y de hoy se odian todos a sí mismos en el mundo literario, y la valoración hecha por los intelectuales de nuestro país, es a todas luces deficiente e injusta y como los tiempos actuales tan extraordinarios en adelantos científicos padecen una congestión de mecanismo y de barbarie, los públicos, faltos de minorías inteligentes directoras, y en plena crisis de una civilización occidental, cada día de peor gusto, menos respecto a la inteligencia pura, al gran arte y a la cultura desinteresada sin aplicaciones prácticas de la vida no bastan para crear una época normativa y de verdadero esplendor.

La lista que tiene Ud. la gentileza de pedirme de los diez libros más importantes en el idioma español: *La Celestina*; *Don Quijote*; QUEVEDO, *El gran tacaño*; CALDERÓN, *La vida es sueño*; CASTRO, *Las mocedades del Cid*; CALDERÓN, *El Alcalde de Zalamea*; TIRSO, *El burlador de Sevilla*; GALDÓS, *Fortunata y Jacinta*; JIMÉNEZ, *Platero y yo*; GALDÓS, *Las Torquemadas*.

ALBERTO INSÚA.—Todos tenemos no diez, veinte, treinta o más libros nacionales predilectos. Yo me vería muy apurado para reducirlos a diez. Sobre todo si se toma en cuenta de que el Dr. Alpern no fija límites cronológicos. Puede uno comenzar en el *Arcipreste* y concluir en Antonio Machado.

Es menos que imposible extraer de una literatura tan copiosa e insigne como la española, tan sólo diez

obras entre dramas y novelas. En honor de Ud. he hecho un esfuerzo, prescindiendo de los autores poéticos y dramáticos y de nuestros grandes místicos, y ahí va una lista de diez novelas españolas, cinco clásicas y cinco contemporáneas que son las que yo prefiero: CERVANTES, *Don Quijote y Las Novelas ejemplares*; QUEVEDO, *Vida del buscón*; ROJAS, *La Celestina*; HURTADO DE MENDOZA, *Lazarillo de Tormes*; PÉREZ GALDÓS, *Fortunata y Jacinta*; LEOPOLDO ALAS (Clarín), *Su único hijo*; BLASCO IBÁÑEZ, *La Barraca*; VALLE INCLÁN; *Las Sonatas* (las cuatro deben considerarse como una sola novela); MIGUEL DE UNAMUNO, *La niebla*.

RICARDO LEÓN.—Un solo auto de Calderón y no de los más insignes: *El gran teatro del mundo*, representado en estos días en Madrid, ha venido a revelar a los críticos todo un tesoro de teatro sobrenatural y de literatura «superrealista» que deja en mantillas a todas las farsas modernas de Lenormand y Pirandello.

Pero no solamente en los clásicos españoles del Siglo de Oro podemos hallar modelos que proponer a la admiración y al deleite de los lectores contemporáneos. Bastarían el *Don Juan Tenorio* de ZORRILLA, el *Don Alvaro* del DUQUE DE RIVAS, *Un drama nuevo* de TAMAYO; la *Sotileza* de PEREDA, *Fortunata y Jacinta* y *El abuelo* de GALDÓS, con otras obras del pretérito inmediato en número mayor de la «docena del fraile» para acreditar la perenne fecundidad y lozanía del ingenio español lo mismo hogaño que antaño.

ANTONIO y MANUEL MACHADO.—La omisión de obras españolas en la lista del Dr. Lamont sólo prueba la escasa cultura literaria del Dr. Lamont. Nos perdonará Ud. que no tomemos demasiado en serio a un catedrático de literatura que ignora o afecta ignorar la existencia de MIGUEL DE CERVANTES, autor de la

primera gran novela que se ha escrito en el mundo. ¿Qué pensarían Uds. de un catedrático español que, en una lista de cincuenta autores, omitiese el nombre de SHAKESPEARE? Sin duda que no merecería figurar en la más extensa lista de profesores de literatura

SALVADOR DE MADARIAGA.—El profesor Lamont se define a sí mismo dando una lista de sesenta novelas en la que no figura la primera novela en el tiempo y en la perfección que es el *Quijote*. Se le olvida también *La Celestina*, y claro está que no conoce la obra de GALDÓS, cuyo *Angel Guerra* vale más de la mitad de las que menciona. Pero yo no puedo aceptar la invitación que me hace para que designe a mi vez una lista de los diez libros más importantes en el idioma español. Creo el método equivocado y el esfuerzo inútil.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.—Los diez mejores libros españoles en mi humilde opinión: CERVANTES, *Don Quijote*; HURTADO DE MENDOZA, *Lazarillo de Tormes*; SANTA TERESA, *Historia de su vida*; MATEO ALEMÁN, *Aventuras de Guzmán de Alfarache*; PADRE JOSÉ FRANCISCO DE ISLA, *Fray Gerundio de Campazas*; JAIME BALMES, *El Criterio*; MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Obras Completas de Fígaro*; PÉREZ GALDÓS, *Doña Perfecta*; PEREDA, *Sotileza*; CLARÍN, Colección de sus artículos.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.—Las obras que yo señalaría como las mejores escritas en español son:

La Celestina.—Se le podría aplicar la calificación que AZORÍN da a su última obra: prenovela. Equivale a la pintura rupestre de la *Cueva de Altamira*: prepintura. Nuestros pintores altamiranos exploraron en los relieves de la roca—escultura natural—un cauce lineal; dentro del esquema o matriz escultórico engendraron la pintura. Con *La Celestina* dentro de

la matriz teatral, se engendra la novela.

Don Quijote.

De ALARCÓN, *El Escándalo*, y de VALERA, *Pepita Jiménez*. o *Las ilusiones del doctor FAUSTINO*.

De GALDÓS, *Fortunata y Jacinta*, *Misericordia*, *Halma*, *Nazarín*, *Lo Prohibido*, y tantas otras a elegir según la ecuación personal.

De PARDO BAZÁN, *Doña Milagros*, *Memorias de un solterón*, con su primera parte *Adán y Eva*, que en rigor componen una sola obra.

De PALACIOS VALDÉS, *La alegría del capitán Ribot*; de CLARÍN, *La Regenta y Su único hijo*; de BLASCO, *La Barraca*; de UNAMUNO, *Abel Sánchez*, *Niebla*; de AZORÍN, *doña Inés*; de MIRÓ, *El Obispo Leproso*.

Son más de diez ¿verdad? ¿Qué le vamos a hacer? Todas estas, y tantas más son bloques de escollera, firmes contra marejadas del futuro. Y quedan los hispanoamericanos por mencionar.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.—Conforme su deseo, le remito una lista de algunas de las novelas españolas más importantes desde la época romántica hasta ahora.

Se ha limitado esta lista a diez libros, para cuya selección se ha tenido en cuenta, sobre todo, el que dichos autores están traducidos a varios idiomas y, por tanto, pueden ser fácilmente leídos por todos.

Algunas de las novelas españolas más importantes desde la época romántica hasta 1930: PEREDA, *Sotileza*; VALERA, *Pepita Jiménez*; PÉREZ GALDÓS, *Misericordia*; PALACIO VALDÉS, *La Hermana San Sulpicio*; BLASCO IBÁÑEZ, *La Barraca*; MIGUEL DE UNAMUNO, *Niebla*; RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN, *Sonatas*; PÍO BAROJA, *El árbol de la ciencia*; RAMÓN PÉREZ DE AYALA, *Belarmino y Apolonio*; AZORÍN, *Doña Inés*.

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.— Me limitaré a nombrar autores de la época contemporánea, prescindiendo

de los más nuevos y que, por lo mismo, se hallan aún en estado de polémica actualista. He aquí mis diez candidatos: PEREDA, *Sotileza*; ALARCÓN, *El Escándalo*; GALDÓS, *Fortunata y Jacinta*; VALERA, *Pepita Jiménez*; BLASCO IBÁÑEZ, *La Barraca*; BENAVENTE, *Los Intereses creados*; LARRETA, *La gloria de don Ramiro*; BAROJA, *Zalacaín el Aventurero*; PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan*.

PEDRO SONDEREGUER.—CERVANTES, *Don Quijote*; CALDERÓN, *La vida es sueño*; GRACIÁN, *El héroe y el discreto*; DARÍO, *Prosas profanas*; SILVA, *Poesías*; RODÓ, *Jacobinismo y Catolicismo*; LARRETA, *La gloria de don Ramiro*; MARTÍ, *De la vida norteamericana*; PALMA, *Tradiciones Peruanas*; MONTALVO, *Siete tratados*.

EDUARDO ZAMACOIS.—Merecen desde luego todos mis elogios, los libros siguientes: De PÉREZ GALDÓS, *Doña Perfecta*, cuadro admirable de la vida pueblerina española, y *El abuelo*, novela de la que su autor hizo después un drama; de BLASCO IBÁÑEZ, *Cañas y Barro* y *La Barraca*; de JACINTO BENAVENTE, *La noche del Sábado* y *Los intereses creados*; de los famosísimos hermanos ALVAREZ QUINTERO, *Los galeotes*; de RAMÓN PÉREZ DE AYALA, *Tigre Juan*.

A estas ocho obras, verdaderamente excepcionales, permítame Ud. añadir mis dos últimas novelas tituladas: *Las raíces* y *Los vivos muertos*, continuación de la anterior.

Como se ve por las opiniones transcritas, el señor Alpern, ha obtenido de los literatos españoles más calificados, la mejor respuesta al señor Lamont, y en su artículo, del que las opiniones citadas es lo que más vale, ha demostrado que en las letras españolas hay algo más que diez obras imperecederas, descontada la opinión excesivamente modesta de Zamacois.—*Ariel*.

ATENEA

INDICE DEL TOMO XV,

N.ºs 71, 72 y 73-74. ENERO - ABRIL DE 1931

Año VIII

A

A. V. A.

El mijaón de los castúos, por Luis Chamizo. 72-285 (1).

Verso simple, por Rafael Jijena Sánchez. 72-286.

AGRELLA (Neftalí)

La influencia del mar en la poesía de Salvador Reyes. 73-74, 448.

ALFA

Asonancias y disonancias. 71-119, 72-261.

ARIEL

Las Revistas. 71-141, 72-291, 73-74, 494.

B

BAEZA (Ricardo)

Ver: Raúl Silva Castro.

BAROJA (Pío)

Ver: Alejandro Reyes.

BLANCO-FOMBONA (R.)

El proceso de la idea republicana en el alma de España. 73-74, 413.

Id.

Ver: Roberto Meza Fuentes: *Apología del espolique perfecto*.

C

CABRERA MÉNDEZ (R.)

Dos mujeres y un rey. 71-94.

Id.

La Familia, por F. Müller-Lyer. 72-278.

CENDRARS (Blaise)

Ver: Marta Vergara.

COSSIO DEL POMAR (F.)

Ver: Mariano Picón-Salas.

CH

CHAMIZO (Luis)

Ver: A. V. A.

CHOLOKOV (Miguel)

Ver: F. Ortúzar Vial.

D

DÉLANO (Luis Enrique)

Poemas. 73-74, 368.

DUMESNIL (René)

La música en Francia. 71-90.

E

E. G.

De regreso, por Erich María Remarque. 72-267.

Id.

Los seis grandes temas de la Metafísica occidental, por Heinz Heimsoeth. 72-280.

E. G. R.

Plotino, por Jorge Mehils. 73-74, 481.

(1) La primera cifra indica el número en que se publicó el artículo; la segunda, la página en que comienza.

ID.

El dinero en la política, por Richard Lewinsohn. 73-74, 490.

F

FALGAIROLLE (Adolphe de)

La evolución literaria de Francia en 1930. 72-161.

FERREYRA DE CASTRO

Ver: Salomón Wapnir.

G

GALANTE (Dr. Hipólito)

A propósito de *Andina*. 72-287.

GIACONE (Rosaura)

Ver: P. R.

GLAESER (Ernesto)

Ver: Domingo Melfi: *La novela de los hombres sin clase*.

GONZÁLEZ (Fernando)

Ver: M. Picón-Salas.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ (Enrique)

Ver: P. R.

GONZÁLEZ R. (Eugenio)

Ortega y Gasset y la Universidad. 72-237.

ID.

Ver: Ricardo A. Latcham.

GONZÁLEZ RUANO (César)

Ver: Manuel Seoane.

GUILLÉN (Alberto)

La nueva poesía brasilera. 73-74, 417.

H

HACKETT (Francis)

Ver: M. P. S.

HEIMSOETH (Heinz)

Ver: E. G.

HEYSEN (Luis E.)

Biología de Bélgica. (Valones y flamencos). 71-97.

HIDALGO (Alberto)

Arco para que pase Reverdy. 73-74, 464.

HUIZINGA (J.)

Ver: R. C. M.

I

IGLESIA (Celedonio de la)

Ver: R. C. M.

ISTRATI (Panait)

Ver: Manuel Rojas.

J

JIJENA SÁNCHEZ (Rafael)

Ver: A. V. A.

K

KIERKEGAARD (Sören)

Ver: R. C. M.

L

LABARCA (Amanda)

Meditaciones breves. Justicia. 73-74, 344.

LANOCITA (Arturo)

Ver: Abel Valdés A.

LASSERRE (Pierre)

Ver: E. Solar Correa.

LATCHAM (Ricardo A.)

Catalunya a les mars, por Gonzalo de Reparaz (fill). 71-123.

ID.

Más afuera, por Eugenio González. 71-135.

ID.

Historia del jesuíta, de Gaby y del millonario. 73-74, 346.

ID.

La tradición de América, por Enrique Ruiz Guiñazú. 73-74, 473.

ID.

Ver: Raúl Silva Castro.

LEWINSOHN (Richard)
Ver: E. G. R.

LILLO (Victoriano)
Ver: Raúl Silva Castro.

LÓPEZ VELARDE (Ramón)
Ver: Jaime Torres Bodet.

M

M. P. S.
Fouché, por Stefan Zweig. 73-74, 468.

Id.
El Rey Barba Azul. Enrique VIII y sus seis mujeres, por Francis Hackett. 73-74, 469.

M. R.
Sacco y Vanzetti. Un grave error judicial, por el Dr. José Agustín Martínez. 72-277.

Id.
El ángel azul, por Heinrich Mann. 73-74, 487.

MANN (Heinrich)
Ver: M. R.

MARSHALL (Enrique L.)
Racionalización. 73-74, 329.

MARTÍNEZ (José Agustín)
Ver: M. R.

MARTÍNEZ M. (Manuel)
Ver: R. C. M.

MAUROIS (André)
La biografía moderna. 73-74, 372.

MEHILS (Jorge)
Ver: E. G. R.

MELFI (Domingo)
La novela de los hombres sin clase. 72-252.

MEYER ABICH (Adolf)
Investigación y enseñanza. I. 71-13.

Id.
Investigación y enseñanza. II. 72-206.

MEZA FUENTES (Roberto)
Apología del espolique perfecto. 71-80.

MÜLLER-LYER (F.)
Ver: R. Cabrera Méndez.

O

ORTEGA Y GASSET (José)
Ver: Eugenio González R.

ORTÚZAR VIAL (F.)
Desvergüenzas literarias. El prólogo. 72-247.

Id.
Sobre el Don apacible, por Miguel Cholokhov. 72-266.

Id.
Eugenia de Guzmán, por el Marqués de Villa-Urrutia. 72-271.

P

P. R.
Glosa al cantar de los cantares, por Rosaura Giaccone. 73-74, 489.

Id.
Poesía (1909-1929), por Enrique González Martínez. 73-74, 489.

PEREYRA (Carlos)
Las islas de Robinson. 72-197.

Id.
Un libro genial. 73-74, 455.

PICÓN-SALAS (Mariano)
Pintura colonial, por F. Cossío del Pomar. 72-270.

Id.
El testimonio de Juan Peña, por Alfonso Reyes. 72-272.

Id.
Mi Simón Bolívar, por Fernando González. 73-74, 485.

PIGA (Arturo)
Ver: R. S. C.

R

R. C. M.
El Otoño de la Edad Media, por J. Huizinga. 71-127.

ID.
Cómo educa la nueva escuela chilena, por Manuel Martínez M. 71-134.

ID.
El concepto de la angustia, por Soren Kierkegaard. 71-139.

ID.
La censura por dentro, por Celestino de la Iglesia. 72-276.

ID.
La psicología del llanto, por Balduin Schwartz. 73-74, 471.

ID.
Leyendas polacas, reunidas por Susana Strowska. 73-74, 484.

R. S. C.
Esplendor y ocaso de los Romanof, por Ana Wyrubowa. 71-128.

ID.
Escuela para la adolescencia, por Arturo Piga. 73-74, 483.

REMARQUE (Erich María)
Ver: E. G.

REPARAZ (fill) Gonzalo de
Ver: Ricardo A. Latcham.

REVERDY (Pierre)
Ver: Alberto Hidalgo.

REYES (Alejandro)
El antiamericanismo de Pío Baroja. 73-74, 390.

REYES (Alfonso)
Ver: Mariano Picón-Salas.

REYES (Salvador)
Ver: Neftalí Agrella.

ROJAS (Manuel)
Imágenes de Buenos Aires. Barrio Boedo. 71-1.

ID.
La isla mágica, por W. B. Seabrook. 71-126.

ID.
Divagaciones alrededor de la poesía. VII. 72-257.

ID.
Mijail, por Panait Istrati. 72-265.

ID.
La familia y el matrimonio de compañía. 73-74, 428.

ID.
Ver: Salomón Wapnir: *La crisis de cultura en la literatura chilena.*

ROLLAND (Romain)
Europa, ¡ensánchate o mueres! 73-74, 317.

RUIZ GUIÑAZÚ (Enrique)
Ver: Ricardo A. Latcham.

S

SALAVERRÍA (J. M.)
Ver: Abel Valdés A.: *Bolívar desde España.*

SÁNCHEZ (Luis Alberto)
Indagación del espíritu incaico. I. 72-147.

ID.
Indagación del espíritu incaico. II. 73-74, 299.

SANTELICES (Augusto)
Ver: Raúl Silva Castro.

SCHWARTZ (Balduin)
Ver: R. C. M.

SCHOSTAKOWSKY (Paul)
Europa y Rusia. 72-183.

SEABROOK (W. B.)
Ver: Manuel Rojas.

SEOANE (Manuel)

El terror en América, por César González Ruano. 71-133.

Id.

El petróleo peruano. 72-230.

SERRANO (José)

La independencia económica de la América española. 72-172.

SILVA CASTRO (Raúl)

Fragmentos. 71-53.

Id.

Esquema de una situación económico-social de Ibero-América, por Augusto Santelices. 71-130.

Id.

Itinerario de la inquietud, por Ricardo A. Latcham. 72-282.

Id.

Lepira de oro, por Victoriano Lillo. 73-74, 476.

Id.

La isla de los santos, por Ricardo Baeza. 73-74, 488.

Id.

Ver: Salomón Wapnir: *La crisis de cultura en la literatura chilena.*

SOLAR CORREA (E.)

Lasserre y el Romanticismo. 71-38.

SOREL (Julián)

Notas al fascismo. 73-74, 459.

SOTO (Fausto)

Ver: Abel Valdés A.

STROWSKA (Susana)

Ver: R. C. M.

T

TORRES BODET (Jaime)

Cercanía de López Velarde. 71-63.

U

UGARTE (Manuel)

Espontáneos y librescos. 73-74, 434.

V

VALDÉS A. (Abel)

Bolívar desde España. 71-105.

Id.

El alba frágil, por Fausto Soto. 71-129.

Id.

Scrittore del tempo nostro, por Arturo Lanocita. 71-138.

VERGARA (Marta)

Blaise Cendrars. El hombre sin-copado en la literatura y en la vida. 72-227.

VILLANUEVA (Marta)

Maderas (grabados). 71, fuera de texto.

VILLA-URRUTIA (Marqués de)

Ver: F. Ortúzar Vial.

W

WAPNIR (Salomón)

La crisis de cultura en la literatura chilena. 71-113.

Id.

Emigrantes, por Ferreyra de Castro. 73-74, 479.

WYRUBOWA (Ana)

Ver: R. S. C.

Z

ZERVOS (Christian)

Importancia del objeto en la pintura de hoy. 73-74, 437.

ZÚÑIGA (Arturo)

Poemas. 71-32.

ZWEIG (Stefan)

Ver: M. P. S.

Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA

Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.

SANTIAGO DE CHILE

45000



DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago